

REVISTA DE
PSICOTERAPIA

LA PSICOTERAPIA EN LA ERA POSTMODERNA

Epoca II, Volumen X - 1er. trimestre 1999

Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ

37

Ψ

REVISTA DE PSICOTERAPIA

Director: MANUEL VILLEGAS BESORA

Consejo de Dirección: LLUIS CASADO ESQUIUS, ANA GIMENO-BAYON COBOS, LEONOR PANTINAT GINÉ, RAMON ROSAL CORTES.

Comité de Redacción: MAR GOMEZ MASANA, NEUS LÓPEZ CALATAYUD, SILVIA CASTILLO CUESTA, MARK-DANA MUSE, IGNACIO PRECIADO IGLESIAS, M^a JOSE PUBILL GONZALEZ, M^a ROSA TORRAS CHERTA.

Secretaria de Redacción: EMPAR TORRES AIXALÀ

Consejo Editorial: ALEJANDRO AVILA ESPADA, CRISTINA BOTELLA ARBONA, RENZO CARLI, ISABEL CAROGABALDA, LORETTA CORNEJO PAROLINI, GUILLEM FEIXAS I VIAPLANA, VITTORIO F. GUIDANO, JUAN LUIS LINARES, GIOVANNI LIOTTI, GIOVANNI P. LOMBARDO, FRANCESCO MANCINI, JOSE LUIS MARTORELL YPIENS, MAYTE MIRO BARRACHINA, BERNARDO MORENO JIMENEZ, JOSE NAVARRO GONGORA, LUIGI ONNIS, JAUME SEBASTIAN CAPO, ANTONIO SEMERARI.

Coordinador: LLUIS BOTELLA GARCIA DEL CID.

EDITA:

REVISTA DE PSIQUIATRIA Y PSICOLOGIA HUMANISTA, S.L.

APARTADO DE CORREOS, 90.097 - 08080 BARCELONA

Epoca II, Volumen X - N° 37 - 1er. trimestre 1999

Esta revista tuvo una época 1^a, desde 1981 hasta 1989, con el título de «Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista», con veintinueve números publicados, veinticinco de ellos monográficos. Ha sido desde sus comienzos un importante medio de difusión de aportaciones psicológicas y terapéuticas relacionadas con los principales modelos de orientación humanista, con un enfoque predominantemente integrador en lo terapéutico, y de fomento de rigor científico en lo teórico.

Los directores anteriores han sido; Andrés Senlle Szodo (1.981-1.984), fundador de la revista; Lluís Casado Esquiús (1.984-1.987), Ramón Rosal Cortés (1.987-1989)

Portada: Ana Gimeno-Bayón Cobos

Autoedición: Gabinete Velasco Tel.: 434 0550 BARCELONA

Impresión: OFFSET INFANTA, S.L.

Josep Taradellas, 101 - 08029 Barcelona - Tel.: (93) 430 23 09

ISSN 1130 - 5142

Depósito Legal: B. 26.892/1981

Precio de este ejemplar 1.800 pts. (incluido I.V.A.)

SUMARIO

EDITORIAL	3
PENSAMIENTO POSMODERNO CONSTRUCTIVO Y PSICOTERAPIA	7
Luis Botella, Meritxell Pacheco y Olga Herrero	
UN ENFOQUE POSTMODERNO Y CONSTRUCCIONISTA SOBRE LA SALUD MENTAL Y LA PSICOTERAPIA	31
Isabel Caro	
EL POSTMODERNISMO COMO UNA FORMA DE HUMANISMO	51
Kenneth J. Gergen	
¿UNA PSICOTERAPIA SIN FUNDAMENTOS? LA HERMENÉUTICA, EL DISCURSO Y EL FIN DE LA CERTIDUMBRE	63
John Stancombe, Susan White	
¿NO HABRA LLEGADO LA HORA DE DE-CONSTRUIR EL CONSTRUCTIVISMO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA?	85
Maureen O'Hara	
PSICOTERAPIA: ASPECTOS METODOLÓGICOS, CUESTIONES CLÍNICAS Y PROBLEMAS ABIERTOS DESDE UNA PERSPECTIVA POSTRACIONALISTA	97
Vittorio Guidano	
COMENTARIO DE LIBROS	109
Por Jaume Sebastián Capó	

REVISTA DE PSICOTERAPIA

Dirección y Redacción:

Apartado de Correos 90.097
08080 Barcelona
Tel. (93) 321 7532 (martes tarde)

Administración:

GRAO (SERVEIS PEDAGOGICS S. L.)
Revista de Psicoterapia
c/. Francesc Tàrraga, 32-34
08027 - Barcelona
Tel. (93) 408 0464 Fax: (93) 352 4337

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Fecha:

Deseo suscribirme a la **REVISTA DE PSICOTERAPIA** por el período de un año, renovable sucesivamente, hasta nuevo aviso.

Apellidos:

Nombre:

Teléfono: Profesión:

Dirección:

Ciudad: D.P.

Forma de pago: Domiciliación bancaria (Rellenar autorización adjunta)
 Adjunto cheque bancario núm.:
 Contrareembolso
 VISA
 MasterCard



Tarjeta N°:

Fecha caducidad: ____ / ____ / ____

Firma:

Precio de la suscripción anual para 1999
para España 5.000 pts.
para el extranjero 70 \$ USA

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Señores:

Les ruego que atiendan, con cargo a mi cuenta/libreta, y hasta nueva orden, el recibo que anualmente les presentará SERVEIS PEDAGOGICS S. A., para el pago de mi suscripción a la revista «REVISTA DE PSICOTERAPIA».

Nombre y apellidos:

Código de Cuenta del Cliente:

Entidad: Oficina: DC: Cuenta:

Banco/Caja Agencia n°:

Dirección

Ciudad D.P.

Fecha y Firma:



EDITORIAL

Este número monográfico de la REVISTA DE PSICOTERAPIA está dedicado a un tema que podríamos llamar *milenarista*, el bien o mal llamado “postmodernismo”. Ante el final de siglo y milenio se nos plantea hacer algún tipo de referencia a la condición histórica que, para bien o para mal, nos ha tocado vivir en esa época. Por fortuna no acompañan al concepto de postmodernismo connotaciones catastrofistas como las que pudieron presidir la conciencia histórica de nuestros antepasados medievales, aunque una característica propia de nuestra época es la desorientación que preside la conciencia de nuestro futuro. Tal vez por eso a esta época se le viene un concepto tan vago e impreciso como el de post(pos?)modernismo.

Postmodernismo es un concepto que en sí mismo dice mucho y no dice nada. Dice mucho respecto al *Zeitgeist* de una época que se define por venir después de otra, lo cual bien mirado no es gran cosa. Recuerda a aquellos capítulos del Quijote que tienen una numeración dada, precisamente porque se hallan después del anterior y antes del posterior. Si algún historiador se planteara con esta perspectiva la era sucesiva a la nuestra se encontraría en la perplejidad de tener que o bien prescindir de la referencia a una época tan imprecisa y falta de definición propia, o bien añadir un nuevo prefijo de posterioridad a una época que se define sólo por la sucesión de una anterior. Lo que sucede es que en la referencia a esta época anterior se halla el secreto del significado de postmodernismo, el cual sólo puede entenderse por referencia al modernismo.

El modernismo, nombre que en realidad se da a una concepción nueva del mundo, surgida en los albores del siglo XV, con sus antecedentes más próximos o remotos en todo el movimiento renacentista prematuro o tardío, se consolidó particularmente en el siglo de la Ilustración a partir de las bases que para el conocimiento establecía la “*nuova scienza*”, la cual cambió la mentalidad dogmática y jerarquizada de la sociedad, por una concepción empirista, positivista, realista y democrática del conocimiento y la sociedad. Característica de esta nueva concepción fue la emergencia del conocimiento y la razón, el *cogito* cartesiano, que constituye la base del individuo como sujeto moderno. No es que esta concepción haya llegado o invadido de forma homogénea todos los ámbitos de acción y conocimiento de la humanidad, ni mucho menos haya impregnado todas las sociedades, ni haya condicionado las formas de vida cotidiana en todas y cada una de las sociedades o culturas que configuran el mosaico de la humanidad en su conjunto. Pero sí que, de alguna manera, sus logros científicos y avances tecnológicos han impregnado y permeado hasta lo más recóndito de la praxis y el pensamiento de todos y cada uno de los habitantes del planeta, casi sin excepción. Igual que las nuevas técnicas del neolítico revolucionaron la vida del paleolítico, la revolución tecnológica actual ha transformado radicalmente la representación que la humanidad puede llegar a hacerse de sí misma.

En este contexto tecnológico y científico nació la psicoterapia a finales del siglo XIX y se expandió con fuerza durante todo el siglo XX, viniendo a suplir formas más arcaicas y primitivas de cura del alma, desde la magia a las religiones. En este contexto tecnológico la psicoterapia ha competido también con formas más “científicas” de acceder a la mente o al “alma”, a saber: las aplicaciones farmacológicas que tratan a la mente como cerebro, sin ninguna concesión a la capacidad de simbolización. En este contexto de lucha entra la psicoterapia en una nueva era, la era postmoderna, en la que se ponen a debate sus propios presupuestos y la posibilidad misma de su viabilidad.

Este número monográfico trata de estos temas. Nos hemos permitido, incluso, por su interés darle más espacio que el habitual para un número sencillo y por el mismo precio, llegando a las 112 páginas en lugar de las 96 que le corresponderían. Las posiciones de los autores no son unánimes, sino que invitan más bien al debate y a la discrepancia. Material más que suficiente e interesante se nos ofrece, a este propósito, en los dos primeros artículos. En el primero de los textos Lluís Botella y colaboradores nos ofrecen una panorámica bastante completa del estado de la cuestión en su trabajo titulado “*Pensamiento posmoderno constructivo y psicoterapia*”. Le sigue otro texto de Isabel Caro en el que se plantean ciertas paradojas derivadas de lo que la autora llama “*un enfoque postmoderno y construccionista sobre la salud mental y la psicoterapia*”.

Un autor clásico en este campo es Kenneth J. Gergen, a quien debemos una contribución muy interesante, titulada, “*El postmodernismo como una forma de humanismo*”, en la que se plantea los problemas derivados del postmodernismo en la concepción del humanismo clásico y el modo cómo pueden ser reabsorbidos en el humanismo postmoderno, evitando la amoralidad y la falta de compromiso tanto en la praxis individual, como profesional y social, características de una sociedad sin valores seguros ni referencias estables. John Stancombe y Susan White plantean en su artículo, titulado con interrogantes “*¿Una psicoterapia sin fundamentos? la hermenéutica, el discurso y el fin de la certidumbre*”, muchas de las cuestiones a las que se enfrenta la psicoterapia en la era postmoderna.

Los artículos siguientes corresponden a sendas conferencias pronunciadas por sus autores en contextos distintos, caracterizadas ambas, además de por su estilo directo, por su contundencia ideológica y posicionamiento clínico. La primera de Maureen O’Hara lleva por título “*¿No habrá llegado la hora de de-construir el constructivismo en psicología clínica?*”. La segunda, pronunciada por Vittorio Guidano en Siena con motivo del VI Congreso Internacional de Constructivismo en Psicoterapia, trata de algunos “*Aspectos metodológicos, cuestiones clínicas y problemas abiertos desde una perspectiva postracionalista*” para la psicoterapia.

Cierra la monografía un comentario de Jaume Sebastián sobre el libro de Kvale, S. (Ed.), *Psychology and Postmodernism*. Esperamos que el lector pueda disfrutar la monografía y entrenarse a navegar entre Escila y Caribdis, por el proceloso mar del postmodernismo que nos viene con el final y principio de milenio.

PENSAMIENTO POSMODERNO CONSTRUCTIVO Y PSICOTERAPIA

Luis Botella, Meritxell Pacheco y Olga Herrero
Facultat de Psicologia i Ciències de l'Educació Blanquerna
Universitat Ramon Llull
C/ Císter, 34, 08022 - Barcelona

In this article the influence of postmodernist conception on two main psychotherapeutic approaches, systemic and cognitive therapies, is considered in the context of contemporary cultural tendencies. The authors base their own position in the constructivist, constructionist, narrative and discursive tradition.

Key words: constructivism, constructionism, narratives, psychotherapy, discourse.

INTRODUCCIÓN

Las teorías de la psicoterapia así como sus formas de práctica, en cuanto que productos culturales, no son ni han sido ajenas a los debates y discursos prevalentes en cada momento de su ya centenaria historia. Como afirmábamos en otro trabajo relacionado con este (Botella y Figueras, 1995), la forma tradicional de presentar y evaluar los diferentes enfoques psicoterapéuticos se ha centrado en sus aspectos formales y teóricos, tales como conceptos básicos, estructura de la personalidad, visión de la psicopatología o concepción del cambio terapéutico. Dicha presentación fomenta la visión de los modelos psicoterapéuticos como si se tratara de descubrimientos objetivos sobre el ser humano, evaluables en cuanto a su contenido de verdad y aislados de su contexto cultural y socio-político. Sin embargo, y como correlato de la emergencia de la conciencia posmoderna, tanto las denominadas *ciencias duras* como la filosofía de la ciencia hace tiempo que reconocen la influencia del contexto social sobre sus teorías (véanse por ejemplo los trabajos clásicos de Kuhn (1970) o las propuestas aún más radicales de Feyerabend, 1976).

En la misma línea, Rennie (1995) afirma que tanto las *ciencias duras* como las ciencias sociales y humanas se sirven de mecanismos retóricos para justificar discursivamente sus argumentos, de lo que se deduce, por tanto, que «*todas las ciencias son retóricas*» (p. 325-326). Una forma alternativa de abordar los enfoques

psicoterapéuticos es atender a su naturaleza discursiva en cuanto que *construcciones sociales*, preguntándose por ejemplo en qué tipo de corriente filosófica, literaria y/o cultural pueden enmarcarse o cuál es el zeitgeist que explícita o tácitamente están revelando.

APROXIMACIÓN SINTÉTICA AL PENSAMIENTO POSMODERNO CONSTRUCTIVO

Polkinghorne (1992) define el pensamiento posmoderno como una reacción a los límites de la epistemología propia de la modernidad. Según Polkinghorne, la modernidad se alinea con una visión del mundo basada en la metáfora de un universo ordenado, regido por unas leyes matemáticas que a la larga podrán ser descubiertas por la ciencia empírica. El programa de la modernidad se originó en los trabajos de los filósofos del siglo XVII y de científicos como Descartes y Newton, quienes se esforzaron en contrarrestar el escepticismo de Montaigne y en encontrar un fundamento epistémico sólido para sus creencias metafísicas (véase Toulmin, 1990). La epistemología de la modernidad encontró su expresión más articulada tres siglos más tarde, en el programa del Círculo de Viena. Este grupo de filósofos y científicos contribuyó a renovar, mediante la incorporación de las nociones lógico-matemáticas desarrolladas por Russell y Whitehead, los fundamentos epistemológicos del positivismo del siglo XIX. Paradójicamente, los intentos del Círculo de Viena de elucidar la base epistemológica del conocimiento científico favorecieron el auge del postpositivismo, contribuyendo literalmente a socavar los fundamentos que buscaban. El tema subyacente al surgimiento de la conciencia posmoderna refleja las nociones de pérdida de fe (Polkinghorne, 1992), incredulidad (Lyotard, 1993), ambivalencia (Bauman, 1993), e increencia (*disbelief*) (Anderson, 1990) hacia el programa de la modernidad.

La pérdida de fe y la incredulidad llevaron a algunos autores posmodernos a una forma radical de relativismo que negaba cualquier posibilidad de conocimiento. La doctrina de la deconstrucción (véase Derrida, 1976) ha sido interpretada por algunos críticos (p.e., Melichar, 1988) como una *ideología de la desesperación*. El mismo término *deconstrucción* es un híbrido entre destrucción y construcción, que deja traslucir la idea que cualquier texto puede ser desmantelado y, en ocasiones, considerado como contradictorio. En otras palabras, analizar un texto es, desde esta postura, «*poner de manifiesto los discursos que operan en él o bien los mecanismos retóricos y lingüísticos utilizados en su construcción*» (Burr, 1997, pág. 173). Al crear un texto, su autor está-inevitablemente-seleccionando aquellos argumentos que sustentan la versión de los hechos que desea transmitir a su comunidad de interlocutores y dejando de lado aquéllos que no encajan con su relato. Deconstruir un texto es precisamente sacar a la luz este proceso de selección que se da en toda narración y revelar las contradicciones que aparecen de manera más o menos explícita en el mismo. De este modo deconstruir un texto implica leerlo tan

detenidamente (y tan críticamente) como para ser capaz de captar lo que se *esconde* en él o los elementos que están ausentes. Es llevar a cabo una tarea de *destrucción* partiendo de la premisa de que todo texto se sirve de intenciones justificativas. La práctica de la deconstrucción expresa la incredulidad posmoderna hacia las metanarrativas: ya que no existe un fundamento último en el que basar nuestro discurso, cualquier construcción no es más que una ficción caprichosa.

Un buen ejemplo de este método es la deconstrucción de los relatos autobiográficos de Freud y Jung llevada a cabo por Steele (1986). Steele concluyó que ambas biografías estaban llenas de inconsistencias, suavizaciones narrativas (*narrative smoothing*), omisiones, distorsiones, y sesgos ideológicos—algo que, por otro lado, puede encontrarse en mayor o menor medida en cualquier texto autobiográfico. Una omisión particularmente significativa es la exclusión de Antonia Wolff, la amante de Jung durante 30 años, de su autobiografía. Aparentemente, el apoyo de Wolff fue primordial para Jung durante su confrontación con Freud entre 1912 y 1915. Sin embargo, en el libro *Confrontations with the Unconscious* (véase Jaffe, 1973) Jung transformó a Antonia Wolff, mediante el uso conjunto de la omisión y la suavización narrativa, en una serie de figuras espirituales, sueños y fantasías que le guiaban y le introducían en los misterios del inconsciente y de los arquetipos (véase Steele, 1986). Además del trabajo con autobiografías, también se han deconstruido y revelado inconsistentes toda clase de textos, desde el *Walden Pond* de Thoreau hasta la Constitución Americana (véase Anderson, 1990). Como consecuencia de su radicalismo, la posición filosófica de Derrida ha sido denominada *posmodernismo eliminativo* (Griffin, 1996), y resumida irónicamente por Anderson (1990, pág. 87) como «*te equivocas pienses lo que pienses, a menos que pienses que estás equivocado, en cuyo caso podrías estar en lo cierto pero, de todos modos, no quieres decir lo que crees que quieres decir*».

La principal dificultad de esta forma de pensamiento posmoderno eliminativo proviene de su estancamiento en la celebración última de la incredulidad. El relativismo radical lleva al desencanto, a la falta de compromiso personal y a una especie de parálisis epistemológica, ya que cada manifestación o afirmación se considera como contradictoria en sí misma. Así, algunos enfoques posmodernos, como la deconstrucción, acaban cayendo en su propia trampa y «*se encuentran en la posición de afirmar (y desear) algo que a la vez afirman que es imposible alcanzar*» (Natoli and Hutcheon, 1993, pág. 200). La traducción de este callejón posmoderno sin salida a áreas como la psicoterapia o la educación podría fácilmente llevar a los psicoterapeutas y educadores posmodernos a ser incapaces de relacionarse significativamente con sus clientes—después de todo, ¿cuál es la utilidad de la psicoterapia o de la educación si cualquier construcción de la realidad es tan válida como cualquier otra?

Como afirma Griffin (1996) esta clase de pensamiento eliminativo posmoderno —si bien motivado en algunos casos por el loable interés en resistirse a sistemas

ideológicos totalitarios- deriva en el nihilismo. Este pensamiento podría denominarse *ultramodernismo*, en el sentido que lo que elimina proviene de llevar las premisas de la modernidad hasta sus últimas consecuencias lógicas. La clase de posicionamiento posmoderno que nosotros defendemos (véase Botella, 1995; 1998; Botella y Figueras, 1995) puede ser denominado, por contraste, *constructivo* (Anderson, 1995; Griffin, 1996). La tesis del pensamiento posmoderno constructivo no es la del *todo vale*, sino más bien la de que *todo es contingente*; no se trata de que no existan reglas válidas, sino de que las reglas que existen están «situadas histórica y culturalmente» (Gergen, 1985, pág. 273) y son eminentemente susceptibles de revisiones potencialmente interminables (más que verdades esenciales localizadas en un contexto metafísico). Desde esta perspectiva, no existe una naturaleza humana pre-existente que configura el mundo, y menos aún un conjunto de criterios objetivos para descubrir esa naturaleza. En efecto, esos criterios *explicativos* en sí mismos derivan y son explicados por la historia y la cultura que los configura. Todo conocimiento es condicional; todas las identidades son provisionales. Así, el pensamiento posmoderno constructivo no rechaza el conocimiento científico como tal; rechaza el cientifismo según el cual los datos de los discursos positivistas y objetivistas sobre la ciencia son los únicos autorizados a contribuir a la construcción de nuestra visión del mundo. El motivo de este rechazo no es tanto que las metodologías tradicionales de investigación (p.e. los diseños estadísticos) no aporten aspectos interesantes sobre los procesos psicológicos humanos, sino que -de mantenerse como las formas dominantes de investigación psicológica- pueden obstaculizar el desarrollo de metodologías más adecuadas para este fin.

Con anterioridad a la popularización del término *posmodernidad*, Perry (1970) señaló que, en el desarrollo intelectual durante el paso de la adolescencia a la edad adulta, el relativismo tenía un efecto paralizante a menos que fuera superado por lo que él denominaba compromiso (*commitment*), y definía como:

Una afirmación de valores personales u opciones personales en el relativismo. Un acto consciente de realización de la identidad y la responsabilidad. Un proceso de orientación del self en un mundo relativo. (Perry, 1970, pág. 258)

La noción de compromiso de Perry es especialmente relevante en este contexto pues se concibe como un avance frente al relativismo. En nuestra opinión, el compromiso tal como lo define Perry es un elemento esencial en el pensamiento posmoderno constructivo. También Efran y Clarfield (1992) sostienen una postura similar cuando afirman que:

En nuestra interpretación, el enfoque constructivista insiste en que (1) todos tenemos preferencias personales, (2) la gente tiene derecho a expresar tales preferencias y (3) dichas elecciones no deben disfrazarse como verdades o realidades objetivas. Para nosotros, una verdad es un conjunto de opiniones ampliamente compartidas. (pág. 201).

Dicho de otro modo, como afirma Gergen (1992) «*La verdad parece ser una cuestión de perspectivas, y éstas productos de intercambios y consensos sociales, es decir, construidas en los sistemas de comunicación social*» (pág. 20). A pesar de que no se puede olvidar que «*las verdades son ilusiones cuya naturaleza ilusoria se ha olvidado*» (Norris, 1988, pág. 14), cuando hacemos referencia al término *verdad* nos estamos refiriendo a las construcciones sobre las que existe un consenso entre aquellos que forman parte de la misma comunidad discursiva. Es decir, la *verdad* es el producto de un consenso social contingente a la comunidad discursiva en la que se considere como tal. De nuevo aparece la idea del conocimiento como local y contingente.

Efran y Clarfield (1992) lamentan que algunas nociones constructivistas (particularmente las del trabajo de Maturana y Varela) hayan sido ampliamente malinterpretadas por psicólogos posmodernos como una invitación a la mentalidad del *todo vale*. Maturana y Varela (1987), por ejemplo, afirman que la interacción instructiva es un mito del observador si se tiene en cuenta que los cambios viables en los estudiantes vienen determinados por su propia organización y estructura. Sin embargo, ello no implica que la educación sea una tarea imposible; Efran y Clarfield (1992) señalan acertadamente que «*dado que los estudiantes están estructurados de una forma similar y comparten comunidades en el lenguaje y herencia, también habrá puntos de intersección en sus experiencias*» (pág. 206). El hecho de que el constructivismo radical no implica una mentalidad del *todo vale* se hace evidente en la metáfora de Maturana y Varela (1987) de la odisea epistemológica como una travesía entre Escila (las rocas del dogma) y Caribdis (el remolino del solipsismo), metáfora ilustrativa de todas las teorías constructivistas.

La definición de Polkinghorne (1992) del pensamiento posmoderno difiere del nihilismo al incluir criterios neopragmáticos de elección entre las afirmaciones de conocimiento y constituye la base de nuestra comprensión del **pensamiento posmoderno constructivo**. Éste incluye los siguientes cuatro temas básicos:

- (a) ausencia de fundamento,
- (b) fragmentariedad,
- (c) constructivismo y
- (d) neopragmatismo.

La **ausencia de fundamento**, según Polkinghorne (1992), se refiere a la noción de que los seres humanos no pueden acceder directamente a la realidad, sino sólo al producto de sus propias construcciones, teniendo en cuenta que toda construcción está influida necesariamente por la propia actividad constructiva de quien la ha generado (Feixas y Villegas, 1990; Neimeyer y Mahoney, 1995). Así, el conocimiento humano es inevitablemente especulativo pues no disponemos de un fundamento epistemológico claro en el que basarlo.

La **fragmentariedad** hace referencia al énfasis posmoderno en lo local y situado, en lugar de en lo general y totalizante. De acuerdo con Polkinghorne (1992,

pág. 149), «*el conocimiento debe interesarse por estos acontecimientos locales y específicos, no por la búsqueda de leyes generales libres del contexto*». La noción del *self* como una narrativa polifónica es un buen ejemplo de este énfasis local. En este sentido todos estamos compuestos por varias voces en función de nuestra participación en diferentes procesos sociales; voces que si bien no son idénticas sí configuran una polifonía que contribuye a la belleza del producto final. En nuestra opinión, Odin (1996) acierta al postular un *self* social, múltiple y temporal; un *self* «*fluido, abierto, descentrado, variable y siempre cambiante en función del contexto*» (pág. 4) o, mejor dicho, en función de las relaciones que establece. En este sentido, se desafía la idea tradicional de continuidad del *self* para afirmar más bien su discontinuidad tal y como ya proponía Berger en 1963. Volviendo a Polkinghorne, de hecho la noción de leyes generales descontextualizadas carece de sentido en la epistemología posmoderna debido a la fuerte influencia postestructuralista.

El **constructivismo** entendido en el sentido en que Polkinghorne (1992) utiliza este término, está estrechamente relacionado con la ausencia de fundamento y hace referencia a la noción de que:

El conocimiento humano no es un reflejo especular de la realidad: ni de la de un caos superficial ni de la de (en caso de existir) estructuras universales. El conocimiento humano es una construcción erigida a partir de procesos cognitivos (que operan principalmente fuera de la conciencia) y de las interacciones corporalizadas con el mundo de los objetos materiales, de los otros y del self. (Polkinghorne, 1992, pág. 150).

Polkinghorne señala acertadamente que los tres temas de la *ausencia de fundamento*, la *fragmentariedad* y el *constructivismo* generan, de nuevo, una epistemología relativista. Hasta este punto, es posible afirmar que ningún conocimiento puede ser privilegiado, pero este relativismo nos deja incapaces de actuar sobre el mundo, de hacer elecciones, de tomar posiciones. De este modo, para evitar el solipsismo y el nihilismo hay que incluir un cuarto tema: el del *neopragmatismo*.

El **neopragmatismo**, de acuerdo con Polkinghorne (1992), se concentra de nuevo en el conocimiento local y aplicado. El énfasis de Polkinghorne en el conocimiento pragmático y situado es común a los demás autores que proponen una psicología posmoderna tales como Gergen (1992) y Kvale (1992c). La cuestión neopragmática no consiste en si una determinada proposición es cierta (es decir, si es una representación precisa de la realidad) sino en si el hecho de aceptarla como si fuera verdadera nos conduce a un resultado satisfactorio. Por ejemplo, como terapeutas podemos (de hecho, *debemos*) plantearnos a qué nos conduce aceptar las etiquetas diagnósticas psicopatológicas como si fueran ciertas e inmutables y, más aun, si esa aceptación conduce a un tipo de relación con nuestros clientes en que se abran el máximo de espacios posibles para el cambio.

El vínculo entre el neopragmatismo y el pragmatismo Americano (especialmente en la versión de William James) es obvio; James equiparaba la verdad con

la *satisfactoriedad* y la *satisfactoriedad* con la utilidad predictiva (véase Suckiel, 1982). Sin embargo, el neopragmatismo difiere del pragmatismo en que el primero no sostiene que el conocimiento pueda acumularse y progresar hacia un estado final; tal proposición resultaría inconsistente con la ausencia de fundamento, la fragmentariedad y el constructivismo posmodernos.

Esta forma de neopragmatismo podría también relacionarse con los planteamientos de Wittgenstein (1953) respecto a la naturaleza constitutiva (y no representativa) del lenguaje. Según esta línea de pensamiento, la función del lenguaje no es representar la realidad, sino constituir la en el seno de *juegos de lenguaje*. Wittgenstein se refiere a que las palabras obtienen su significado a través del sentido con que se las usa en las formas de relación social de una cultura. Por tanto, tales juegos de lenguaje pautan formas de vida (equiparables a estilos de relación social). Por ejemplo, dar órdenes y obedecerlas constituye una forma particular de juego de lenguaje, que da lugar a una forma de vida centrada en la autoridad y la obediencia. En este sentido, evaluar el conocimiento en función de su utilidad significa plantearse qué tipo de juegos de lenguaje y *formas de vida* posibilita, tanto desde su dimensión ética y política (por ejemplo, ¿contribuye a dar voz a los discursos oprimidos por otras formas de conocimiento?) como estéticas (por ejemplo, ¿contribuye a la constitución de formas de vida más bellas?)

Llegados a este punto, el siguiente apartado de este trabajo se centra en una reflexión sobre la influencia que los planteamientos posmodernos reseñados han ejercido en la terapia sistémica y en la terapia cognitiva.

Posmodernidad y Terapia Sistémica: de la Pragmática a la Semántica

Las distintas escuelas de Terapia Familiar Sistémica (TFS) se apoyan en una epistemología rica, aunque no siempre homogénea debido a que algunos de sus conceptos básicos provienen de ámbitos relativamente independientes. Esta epistemología se nutrió inicialmente de tres fuentes:

(a) la Teoría General de Sistemas (von Bertalanffy, 1954),

(b) la Cibernética (Wiener, 1948) y

(c) la Teoría de la Comunicación (Watzlawick, Beavin, y Jackson, 1967).

Además, los conceptos procedentes de enfoques evolutivos (p.e., Haley, 1981) y estructurales (p.e., Minuchin, 1974) resultan claves para la concepción sistémica de la familia. La resultante de estas aportaciones teóricas aplicadas a la psicoterapia familiar constituye el denominador común de la TFS.

El desarrollo y maduración de la epistemología sistémica en terapia familiar dio lugar a la emergencia de una tendencia que se manifiesta con fuerza creciente en publicaciones, congresos y prácticas psicoterapéuticas familiares: el *constructivismo*. El uso del término *constructivismo* (y su vinculación al interés por las narrativas en terapia familiar) arranca de las propias raíces de la terapia sistémica. Keeney y Ross (1985), por ejemplo, utilizan el término para referirse a

la afirmación de que «*el observador participa en la construcción de lo observado*» (pág. 24). Esta afirmación constituye el núcleo de los planteamientos de autores como Humberto Maturana, Francisco Varela, Heinz von Foerster, Ernst von Glasersfeld, Paul Watzlawick, o Gregory Bateson, quien ya en 1972 afirmaba que:

Creamos el mundo que percibimos, no porque no exista una realidad externa (...) sino porque seleccionamos y remodelamos la realidad que vemos para conformarla a nuestras creencias acerca de la clase de mundo en el que vivimos. (Bateson, 1972, pág. 7).

También la cibernética, especialmente la de segundo orden, se inspira en una postura epistemológica constructivista. Mientras la cibernética de primer orden se basaba en la premisa de que el sistema observado podía considerarse separado del observador la de segundo orden enfatiza el rol del observador en la construcción de la realidad observada. De ahí que la realidad no se conciba como independiente de los procesos de organización del observador. En este sentido, la coherencia epistemológica con los postulados del constructivismo es evidente (véase Botella, 1995, para una discusión de las bases epistemológicas constructivistas de diferentes teorías psicológicas contemporáneas).

El interés por el constructivismo en terapia sistémica ha sido documentado ampliamente. Por ejemplo, el monográfico de Marzo de 1982 de *Family Process* estuvo dedicado a una serie de críticas epistemológicas a la terapia familiar sistémica que invocaban el constructivismo de la obra de Bateson. El monográfico de Septiembre/Octubre de 1988 de *The Family Therapy Networker* llevaba el provocador lema de *¡Llegan los constructivistas!* y en él aparecían contribuciones de algunas figuras capitales del constructivismo en terapia familiar, tales como Karl Tomm, Steve de Shazer, Carlos Sluzki o Lynn Hoffman. Resulta significativo que una de las obras que marca la maduración del constructivismo como epistemología aplicada a la clínica (Neimeyer y Mahoney, 1995) incluya una sección sobre perspectivas sistémicas y psicosociales con contribuciones de Jay Efran, David Epston, Michael White y Guillem Feixas; precisamente este último ha sido uno de los pioneros de la exploración de la conexión entre constructivismo y sistémica en nuestro idioma (véase por ejemplo Feixas, 1991).

También uno de los monográficos de 1991 de la *Revista de Psicoterapia* (nº 6-7) dedicado a la terapia sistémica evidencia el giro constructivista en artículos de autores como Harlene Anderson, Harold Goolishian, Harry Procter o Valeria Ugazio. El trabajo de esta última es un excelente ejemplo de la tendencia que parece seguir la terapia familiar sistémica recientemente: la relativa desvinculación de la Teoría General de Sistemas y la adopción de conceptos basados en el construccionismo social (Gergen, 1994; para una revisión, véase Botella, 1995). En este sentido, el título de la obra de McNamee y Gergen (1992) resulta clarificador: *La Terapia como Construcción Social*. Esta perspectiva, asociada a posturas posmodernas en la práctica terapéutica y en la reflexión intelectual, implica la

redefinición de la psicoterapia como *la génesis intencional de significados y narrativas que puedan transformar la construcción de la experiencia de los clientes mediante un diálogo colaborativo* (Botella, en prensa; Kaye, 1995).

La reivindicación de la dimensión semántica en la comprensión de la interacción humana se puede considerar una reacción a la lectura excesivamente pragmática de la terapia sistémica en su primera época. Por otra parte, el rechazo de los conceptos mecanicistas subyacentes a la Teoría General de Sistemas y el re-descubrimiento de la importancia de la dimensión histórica, narrativa y lingüística en terapia sistémica responden quizá a las mismas causas. Este giro discursivo, semántico y narrativo es propio de toda la psicología contemporánea y, como documentábamos en otro lugar (Botella y Feixas, 1998), ha sido destacado por autores como Bruner (1990) en su denuncia al paradigma del procesamiento de la información por haber descuidado lo que es más característicamente humano de tal proceso; la atribución de significado a dicha información.

Como era de esperar, tal redefinición no ha despertado un entusiasmo unánime entre los terapeutas familiares, y algunos de ellos (por ejemplo Jay Haley o Salvador Minuchin) se oponen a la postura posmoderna constructivista/narrativa por lo que ellos entienden que tiene de excesivamente igualitaria en cuanto a la difusión del poder del terapeuta. En este sentido, como afirman Feixas y Miró (1993) citando a Anderson y Goolishian (1988), es posible que el modelo sistémico se encuentre. *”en una encrucijada entre aquellos que entienden la organización familiar en términos de alianzas de poder y conductas encadenadas funcionalmente y los que consideran la familia como un sistema de creencias compartido en el cual tiene sentido el síntoma”* (pág. 283).

POSTMODERNIDAD Y TERAPIA COGNITIVA: EL ASEDIO A LA FORTALEZA CARTESIANA

Las terapias cognitivas han experimentado su propia *evolución en la revolución* como consecuencia, en muchos casos, del asedio posmoderno a los planteamientos excesivamente simplistas, mecanicistas e intrapsíquicos que las caracterizaban en los años 70. En este trabajo tomaremos como ejemplo de este asedio las críticas, algo sobregeneralizadas pero demoledoras, de Kenneth Gergen desde su posicionamiento construccionista posmoderno a algunas de las bases de la psicología (y psicoterapia) cognitiva de las primeras generaciones. En concreto, consideraremos dos de las afirmaciones más populares en las primeras formulaciones del modelo cognitivo:

(a) no son los hechos los que nos afectan, sino el significado personal atribuido a ellos (Beck et al., 1979), y (b) el organismo humano está compuesto por una serie de subsistemas relacionados entre sí (afectivo, comportamental, fisiológico y cognitivo) y es el cognitivo el que regula los demás en función del significado personal que otorga a la información que recibe (Beck, Emery y Greenberg, 1985).

Siguiendo los argumentos de Gergen (1994), cabe plantearse lo siguiente en cuanto a la afirmación (a): si bien puede parecer una idea innegable y casi de sentido común, seguirla hasta sus últimas consecuencias lleva a una visión del mundo solipsista e irresponsable en extremo. Esta visión legitima afirmaciones tan monstruosamente ridículas como por ejemplo que, a las víctimas de la *limpieza étnica* serbia no es la violencia lo que le afecta, sino el significado que le atribuyen a ésta. Si seguimos la noción cognitiva de que lo que determina nuestras emociones y acciones no es el mundo, sino nuestras cogniciones sobre el mundo, el mundo en sí deja de ser objeto de interés-ni terapéutico, ni ético, ni político, ni social, ni científico. Es cierto que la crítica de Gergen se basa en un dualismo cognición/realidad muy poco posmoderno, pero se tiene que entender como reducción al absurdo del razonamiento cognitivo.

Obsérvese que dicha crítica no se aplica a los planteamientos constructivistas que consideran que la realidad y sus construcciones *son la misma cosa*. Por tanto, elegir como *objeto* de conocimiento las prácticas sociales que configuran (y son configuradas por) las prácticas discursivas de construcción de la realidad es *estudiar la realidad*. Dicho de otra forma, si se abandona el dualismo cognición/realidad, estudiar las prácticas sociales y discursivas de legitimación del uso de términos tales como *limpieza étnica* en lugar de lisa y llanamente genocidio (empleando el ejemplo anterior) es estudiar el *genocidio*, dado que, extendiendo los argumentos post-estructuralistas, se postula que el *estatus ontológico* del genocidio deriva de las prácticas discursivas que lo posibilitan y legitiman. En cierto sentido, hay muchas maneras de eliminar a un grupo étnico; las balas y las deportaciones masivas son una, pero la legitimación discursiva de su uso es casi igual de letal.

Por otra parte, la afirmación (b) que postula la *primacía cognitiva* nos lleva de inmediato a uno de los problemas que ha hecho verter ríos de tinta a psicólogos cognitivos y epistemólogos en general (véase, por ejemplo, Kornblith, 1985): *el problema del origen de la cognición* (¿de dónde provienen los esquemas, constructos, conceptos o como quiera llamárselos?, ¿cómo se pasa de ver un animal determinado a deducir que es *un perro*? ¿cómo pueden los términos que utilizamos tener un estatus ontológico ajeno a ellos mismos si la propia naturaleza de lo que llamamos *realidad* depende de su cognición?). Si se postula un *sujeto cognoscente* en una situación de soledad epistemológica, como es el caso cuando se concibe la cognición como un producto intrapsíquico individual, resulta imposible responder a tal interrogante. Afirmar que un concepto (por ejemplo, *perro*) proviene de un concepto evolutivamente anterior (por ejemplo, *guau-guau*) o lógicamente supraordenado (por ejemplo, *animal*) sólo nos lleva a un ciclo sin fin en el que la pregunta puede seguir planteándose *ad nauseam*. Dicho en otros términos, un niño abandonado en una isla desierta (en el improbable caso de que lograra sobrevivir) podría pasarse toda su vida contemplando una palmera y no llegar nunca a deducir que es *una palmera*. Gergen (1994) acierta al afirmar que el origen de la cognición

no puede entenderse ni explicarse sin hacer referencia a la cultura, la interacción y el lenguaje. Sin embargo, exagera el argumento cognitivo, pues psicólogos cognitivos como Nisbett y Ross (1988) aceptan el origen cultural de las teorías personales y el origen interaccional de ciertos *sesgos* de razonamiento.

Obsérvese, de nuevo, que esta crítica no se aplica a las posturas constructivistas más ajenas a los argumentos cognitivos ortodoxos. Tales posturas han incorporado tradicionalmente el reconocimiento del papel constitutivo del lenguaje, la cultura y la interacción en la construcción del conocimiento. Por citar dos ejemplos, Kelly (1969) reconoce la inspiración del trabajo de Korzybski (1933) sobre semántica general al afirmar que los términos que utilizamos para referirnos a las cosas expresan la estructura de nuestro pensamiento y, especialmente, que aquéllos referidos a nosotros mismos expresan la estructura de nuestra personalidad. El desarrollo de dichas *estructuras* depende de un proceso de validación inevitablemente intersubjetivo, es decir, de la compatibilidad percibida entre nuestras anticipaciones y el resultado de nuestras acciones. Justamente en esta intersubjetividad reside la dimensión social, discursiva y cultural de los constructos que utilizamos, aunque su uso pueda ser personal e incluso idiosincrásico. Estos constructos forman parte de narrativas y discursos pre-existentes en los que las personas se posicionan utilizándolos de tal forma que acaban sintiéndolos como suyos.

Por otra parte, si bien Maturana y Varela (1987) defienden la idea de que el establecimiento de una distinción es una operación del observador, también manifiestan que «*todo lo que se dice, se dice desde una tradición*» (Varela, 1979, pág. 268). En este sentido, el conocimiento no es ni subjetivo ni objetivo, sino *participativo*, es decir, producto de nuestra participación en comunidades lingüísticas unidas por una forma común de trazar distinciones.

Críticas como las antedichas han llevado a las psicoterapias cognitivas a superar su racionalismo cartesiano inicial y a buscar inspiración en la epistemología constructivista (aunque algunos autores prefieran denominarla *post-racionalista*). La confluencia en la evolución sistémica y cognitiva hacia posicionamientos discursivos, narrativos, constructivistas y/o construccionistas constituye un panorama enormemente fructífero para explorar posibilidades de integración entre enfoques compatibles. Una de tales posibilidades, que venimos desarrollando en el *Grupo de Investigación sobre Constructivismo y Procesos Discursivos de la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación Blanquerna (Universidad Ramon Llull)* es la que presentamos a continuación.

EL PROCESO PSICOTERAPÉUTICO DESDE UN POSICIONAMIENTO DISCURSIVO, RELACIONAL Y CONSTRUCTIVISTA

Nuestro interés en esta sección del trabajo es el de explorar con cierto detalle algunas implicaciones clínicas de la posición posmoderna constructivista y construccionista en psicoterapia, particularmente desde un marco narrativo y

relacional, así como exponer los principios fundamentales que guían nuestra práctica en este momento de nuestro desarrollo como terapeutas.

Aunque el surgimiento formal de la psicoterapia tuviera lugar durante la modernidad, los cambios en el concepto de *self* que se dan durante la posmodernidad requieren una transformación de la conceptualización y práctica de la psicoterapia. Partiendo de una comprensión de *self* como *self* narrativo, la identidad se construye a partir de las historias que explicamos sobre nosotros mismos. En este sentido, desde la conceptualización moderna del *self* se entiende a la persona como un *yo unificado* que se va fortaleciendo a lo largo del tiempo; en términos narrativos, como afirman Hermans y Kempen (1993) el *self* se consideraría un narrador omnisciente que percibe y organiza los acontecimientos desde una posición centralizada. Contrariamente, desde el posicionamiento dialógico mediante el cual contemplamos el *self fragmentado* que, según Gergen (1991) define a quienes vivimos en el contexto cultural posmoderno, se considera que la idea de *self unificado*, de narrador omnisciente, niega la diversificación y el conflicto personal que, una vez superado, facilita la extensión del campo fenoménico de la persona.

En consecuencia, la idea moderna de *self* autocontenido, integrado y autónomo lleva a prácticas psicoterapéuticas preferiblemente individuales y pretendidamente objetivas (libres de valoraciones éticas), basadas en el conocimiento científico y en la autoridad del terapeuta como portador de dicho conocimiento. El paso a una conceptualización posmoderna del *self* relacional, fragmentado y saturado (Gergen, 1991), como producto de la co-construcción y negociación de narrativas en un contexto interpersonal, posibilita la visión de la psicoterapia como un proceso conversacional de reconstrucción de narrativas (Botella y Pacheco, en prensa; McNamee y Gergen, 1992). En línea con la idea del proceso psicoterapéutico que planteamos en este trabajo, McLeod (1997, pág. 48) define la psicoterapia como «*un proceso en el cual cliente y terapeuta trabajan conjuntamente para descubrir la evaluación de los acontecimientos sociales que conforma las historias del cliente, y de esta manera llegar a una re-evaluación más satisfactoria de estos acontecimientos*». Con la creación conjunta de nuevos significados, el cliente es capaz de llegar a nuevas formas de acción. La narrativa, que constituye en sí misma una guía para la acción, aparece como una forma de proporcionar estructura y significación a la estrecha relación entre cultura y construcción de la identidad.

En esta línea, el punto inicial de nuestros planteamientos terapéuticos actuales es el siguiente: *los sistemas humanos se orientan proactivamente hacia la atribución de significado a la experiencia*. Consideramos imposible entender ningún proceso psicológico humano al margen del significado que se le atribuya de hecho, consideramos epistemológicamente indefendible la idea de que se pueda acceder a la realidad al margen de su significado. En este sentido, la inflación pragmática de algunas orientaciones sistémicas nos parece desafortunada, dado que se centra sólo

en la mitad de la imagen total. Ciertamente, las pautas de interacción de un sistema familiar pueden ser sumamente llamativas, pero no nos resulta claro cómo pueden ser entendidas por los terapeutas si éstos no tienen en cuenta la conexión entre acción y significado.

Adoptamos una visión discursiva, lingüística y contextual/relacional del significado. En otras palabras, entendemos por *atribuir significado a la experiencia* un proceso que implica posicionar dicha experiencia en los discursos culturalmente disponibles. La *experiencia* es, pues, una candidata al significado en un conjunto de afirmaciones (sostenidas relacionamente) que la constituyen como objeto del lenguaje. En este sentido, no hay experiencia si no hay conceptos previos con los que denominarla, o al menos con los que darse cuenta de que aquello ha sido *una experiencia*. En palabras de Gergen (1992), «*sin las formas del lenguaje no se podría afirmar que se tenga experiencia alguna*» (p. 149). Ésta se construye en función de los discursos en los que uno está inmerso (Botella y Pacheco, en prensa); es el resultado de los discursos en los que nos encontramos inmersos (Burr, 1997). Atribuir significado a la experiencia es un proceso que requiere, por tanto, posicionarla en discursos que se encuentran culturalmente disponibles; la forma de hacerlo es a través del lenguaje (White y Epston, 1993). De ello se deduce que los relatos son constitutivos, es decir, “*es en la ejecución de una expresión donde re-experimentamos, revivimos, recreamos, relatamos, reconstruimos y re-actualizamos nuestra cultura. La ejecución no libera un significado preexistente, que yacía dormido en el texto... Por el contrario, la ejecución misma es constitutiva*”. (Bruner, 1986, pág. 11).

En este sentido, el significado depende del lenguaje, concebido no como mecanismo de apropiación de un mundo externo, sino como el origen mismo del proceso de establecer distinciones que dan lugar a un mundo:

Creamos nuestras vidas en un acoplamiento lingüístico mutuo, no porque el lenguaje nos permita revelarnos sino porque estamos constituidos en él y en el continuo devenir al que damos lugar junto con los demás. Nos encontramos a nosotros mismos en este acoplamiento co-ontogénico, no como referencia preexistente ni en referencia a un origen, sino como transformación continua en el devenir del mundo lingüístico que construimos con los demás seres humanos. (Maturana y Varela, 1987, pág. 234-235).

Precisamente la dimensión relacional implícita en la afirmación anterior es la que nos lleva a concluir que el significado de cualquier categoría, concepto o experiencia sólo puede provenir de su posicionamiento relativo a otras categorías, conceptos o experiencias. En este sentido suscribimos la noción post-estructuralista del lenguaje como sistema autorreferencial en el que un significante conduce siempre a otros significantes (Derrida, 1976) de forma que no refleja una realidad social pre-existente, sino que la constituye. Nos encontramos, de este modo, con la característica autorreferente del lenguaje. Siempre que queremos explicar un

concepto necesitamos recurrir a otras palabras para hacerlo. Este proceso no sólo es infinito sino también circular; cada significante nos abre a otros significantes que, a su vez, nos remiten a otros significantes, y así sucesivamente (Sarup, 1988). De este modo, las palabras adquieren significado con relación a otras palabras, por ejemplo, la palabra *felicidad* se entiende en función de lo que no es, *infelicidad*. Pero, ¿podríamos entender el concepto felicidad sin el de *infelicidad*? La respuesta es negativa puesto que el significado de un término siempre depende de la diferencia que se establece entre éste y otros que se utilizan dentro del mismo sistema lingüístico (Gergen, 1992). Así, un discurso puede equipararse a un núcleo de inteligibilidad (Gergen, 1994), es decir, a un conjunto de proposiciones interrelacionadas que dotan a una comunidad de interlocutores de un sentido de descripción y/o explicación en un dominio determinado. Participar en dicha comunidad equivale a dar sentido a la experiencia de forma aceptable en su seno, a jugar al mismo «*juego lingüístico*» (Wittgenstein, 1953) como forma de acción conjunta (Shotter, 1993). Se trata de un concepto que, aplicado a la familia, resulta equiparable al de *Sistema de Constructos Familiares* (véase Feixas, 1995; Procter, 1981), sólo que enfatiza la implicación de que jugar un rol en un proceso social que incluye a otros implica no sólo disponer de un sistema de discriminaciones compartido, sino ser capaz de anticipar y/o compartir los *procesos* de atribución de significado de esos otros (véanse los corolarios de socialidad y comunalidad de la Teoría de los Constructos Personales; Kelly, 1955/1991; Botella y Feixas, 1998).

Nuestra definición de significado es, como puede deducirse de lo antedicho, sustancialmente relacional. Consideramos que *atribuir significado a una experiencia en el seno de una comunidad de interlocutores implica hacerla inteligible para dicha comunidad*. Es en este sentido que el lenguaje precede a la experiencia e inunda toda nuestra actividad como seres sociales. Piénsese si no en qué medida podríamos decir que algo tiene sentido si su inteligibilidad no fuese compartida por absolutamente nadie. Igualmente, sería difícil denominar *lenguaje* a un código totalmente privado que no permitiese la comunicación con ningún otro ser humano. En resumen, el significado depende de la inteligibilidad y esta es inextricablemente lingüística y, por tanto, relacional.

Equiparar la familia a *una comunidad de interlocutores que intentan activamente atribuir significado a su experiencia mediante la negociación de un conjunto de proposiciones interrelacionadas que les dotan de un sentido de descripción y/o explicación en un dominio determinado* implica alinearse con la visión de ésta como un sistema de creencias compartido (Anderson y Goolishian, 1988; Dallos, 1991, Feixas, 1995; Procter, 1981). Dicha visión tiene implicaciones importantes en cuanto a la concepción de los procesos de interacción familiar (especialmente de aquellos ligados al *poder*) en las que vale la pena detenerse.

Si bien, como comentábamos con anterioridad, la visión sistémica de la familia ha llevado a algunos autores (especialmente a los de orientaciones estratégicas y

estructurales) a centrarse en la *pragmática* de la comunicación, nuestra perspectiva lleva a centrarse en la retórica de ésta. Estamos de acuerdo con Gergen (1989) en que a todos nos motiva el deseo de que nuestra versión de los acontecimientos prevalezca sobre sus competidoras. Sin embargo, cada comunidad de discurso, cada núcleo de inteligibilidad, difiere potencialmente en cuanto a las reglas que garantizan la legitimidad de sus interlocutores. Se trata de un concepto similar al de «*forums de discusión*» de Toulmin (1982), en el sentido de que cada comunidad tiene sus propias preferencias en cuanto a qué constituye un razonamiento bien formado-normas que no tienen porque atenerse a la lógica formal aristotélica y, de hecho, en muchos casos se alejan sustancialmente de ellas.

El planteamiento esbozado en el párrafo anterior lleva a una visión del *poder* y la *autoridad* familiar diferente de la perspectiva estructural. Si bien para esta última el poder es consecuencia de alianzas, coaliciones y fronteras, desde nuestro punto de vista tales fronteras son resultado de las prácticas discursivas de la familia (y en algunos casos del terapeuta). Cuando la familia se concibe como un núcleo de inteligibilidad con unas reglas de legitimidad discursiva propias, el término *autoridad* refiere más a su raíz etimológica de autor que al ejercicio del poder como escaramuzas fronterizas. Así, como sugeríamos antes, la *autoridad* de un individuo en un sistema de creencias compartido deriva de hasta qué punto su versión de los hechos prevalece sobre las demás, es decir, hasta qué punto es autor de la versión que acaba por ser aceptada. Parafraseando a Wittgenstein, los límites de la familia son los límites de su discurso y de sus reglas de legitimidad y el *poder* dentro de tal sistema lingüístico depende de la posibilidad de hacer oír la propia voz.

En concordancia con lo antedicho, consideramos los procesos psicológicos, problemáticos o no, como formas discursivas. Los problemas existenciales sobre los que versan las conversaciones terapéuticas incorporan inevitablemente la dimensión temporal, precisamente porque la existencia implica temporalidad. En este sentido, Harré (en prensa) desde su perspectiva discursiva sobre la construcción de la identidad personal apunta que el sentido de unicidad y singularidad personal proviene de sentirse localizado en un espacio físico-relacional, de posicionarse moralmente en relación a otras personas, de tener determinado estatus social en relación a los demás y de vivenciar una trayectoria temporal mediante la que dar sentido al pasado, al presente y anticipar el futuro.

Tal como afirma Carr (1986), las narrativas existenciales se cuentan al ser vividas y se viven al ser contadas. Teniendo en cuenta la definición de narrativa como interconexión de al menos dos acontecimientos o situaciones en una secuencia temporal, concluimos que *los problemas humanos objeto de la psicoterapia se manifiestan en forma de discurso narrativo*. Si la experiencia narrada asume una estructura narrativa, la experiencia vivida asume una estructura de representación (*performance*). Es en este sentido que consideramos la función de la narración no como descriptiva, sino como performativa (Austin, 1962) dado que es en sí misma

una acción (o posicionamiento) en el mundo. El mundo al que hacemos referencia no es el mundo de la realidad física material, sino el mundo intersubjetivo de la ecología de narrativas en la que se sitúa cada una de ellas. Así, lo afortunado o desafortunado de una narrativa no puede ser evaluado en términos de su contraste con la realidad (como pretenden las terapias cognitivas racionalistas), sino según su inteligibilidad y coherencia con las formas de convención social en que se posiciona.

En una formulación reciente de una posición equivalente, Martin (1994) destaca como la mayoría de procesos psicológicos (a diferencia de los procesos físicos de la materia) no pueden ser descompuestos en *átomos* constituyentes con un referente último en la realidad tangible. El estudio de los procesos psicológicos es siempre (se acepte o no) el estudio de las formas de construcción de estos procesos. La psicología y la psicoterapia no acceden pues a la realidad en su esencia, sino a la forma en que individuos o comunidades dan sentido a su experiencia.

Ahora bien, el hecho de que los problemas objeto de la psicoterapia sean productos de la construcción discursiva no implica que sus efectos sean banales o *irreales*. Las construcciones de la experiencia están ancladas en convenciones sociales, culturales, lingüísticas, narrativas, históricas, relacionales y discursivas que, si bien es cierto que cambian, no lo hacen de la noche al día. Es en el seno de estas convenciones, no precisamente efímeras, donde tiene sentido el ejercicio de la psicoterapia.

Como afirmábamos con anterioridad, toda experiencia humana es candidata al significado en un número mayor o menor de discursos narrativos culturalmente disponibles, y uno de estos discursos es el de los *problemas psicológicos*. En este sentido, resulta imposible determinar qué experiencias pueden derivar en problemas, dado que potencialmente es el caso de cualquiera de ellas. Ante la omnipresencia del «*discurso del déficit*» (Gergen, 1994) en nuestro contexto cultural, cualquier conducta puede llegar a ser etiquetada de patológica (quien lo dude hará bien en consultar un manual de psicopatología o la sección de libros de *autoayuda* de cualquier librería especializada).

Sin embargo, desde nuestra perspectiva sí hay una dimensión del discurso narrativo relacional de las familias que presentan un motivo de demanda común a todas: su construcción de la situación como imposible de modificar. En otras palabras, «*las personas que acuden a terapia suelen sentirse incapaces de intervenir en una vida que les parece inmutable; están bloqueadas en su búsqueda de nuevas posibilidades y significados alternativos*» (White y Epston, 1990, pág. 50). A este respecto, las soluciones intentadas y fallidas les convencen aún más de que la situación es desesperada, hasta el extremo (como cantaban Simon y Garfunkel en *Wednesday Morning 3 A.M.*) de sentir que su vida parece irreal, como una escena mal escrita en la que deben actuar. En este punto, nuestra concepción actual es que *los problemas psicológicos se pueden concebir como resultado (a) del bloqueo en*

los procesos discursivos, narrativos y relacionales de construcción del significado de la experiencia y (b) del fracaso de las soluciones intentadas a dicho bloqueo.

Como afirmábamos con anterioridad, nuestra concepción de la psicoterapia es la de *la génesis intencional de significados y narrativas que puedan transformar la construcción de la experiencia de los clientes mediante un diálogo colaborativo* (véase Kaye, 1995). Teniendo en cuenta la concepción de los problemas psicológicos que presentábamos en la sección anterior, nuestros principales objetivos terapéuticos al trabajar con nuestros clientes son: **(a)** ayudarles a introducir cambios significativos en cualquier dimensión de sus narrativas de forma que éstas reaviven su función de marcos relacionales para la búsqueda de nuevas posibilidades y significados alternativos que amplíen sus posibilidades de elección, y **(b)** ayudarles a hacerse conscientes de la propia naturaleza discursiva, narrativa y relacional de la experiencia humana, con la finalidad última de fomentar no una «sustitución» sino una «*trascendencia narrativa*» (Gergen y Kaye, 1992). Tales objetivos se resumen en la afirmación de Mook (1992) de que las familias que acuden a terapia necesitan dos cosas: *inteligibilidad y transformación*.

Más concretamente, el proceso que seguimos consta de siete fases no necesariamente secuenciales (véase también Fruggeri, 1992; Sluzki, 1992). Las describimos a continuación no sin advertir que lo que consideramos fundamental es su objetivo, no la forma concreta de intentar alcanzarlo. Así, hemos incluido algunos detalles sobre algunas de las técnicas que empleamos más a menudo, pero todas ellas podrían ser reemplazadas por otras que cumplan la misma función, tanto si se han descrito en la literatura como si responden a la creatividad del terapeuta.

(1) Co-construcción de la alianza terapéutica: Básicamente se trata de la fase inicial de la relación terapéutica, en la que resulta fundamental negociar un acuerdo sobre las metas y las tareas implícitas en la terapia, así como desarrollar un buen vínculo emocional con la familia.

(2) Elicitación de las narrativas dominantes mediante el diálogo terapéutico o técnicas como la autocaracterización (Botella y Feixas, 1998; Feixas, Procter, & Neimeyer, 1993; Kelly, 1955/1991), las preguntas circulares (Selvini-Palazzoli, Boscolo, Cecchin, y Prata, 1980), el uso de metáforas o documentos escritos tales como cartas, diarios o autobiografías (White & Epston, 1990) o algunas variantes de Rejilla de constructos personales adaptadas a su uso con familias (Feixas, Procter, & Neimeyer, 1993). En este punto encontramos útiles algunas formas de conceptualización desarrolladas por autores sistémicos, y especialmente la de Green (1988) que implica evaluar cuál es el problema de la familia y la meta de la terapia, cuál es la explicación o teoría personal de los miembros del sistema familiar sobre a qué se debe éste, en qué fase del ciclo vital de la familia aparece, cuál es el patrón interaccional en que se sitúa, cuáles son las alianzas y coaliciones entre miembros del sistema familiar, y cuál es la función sistémica del problema.

(3) Deconstrucción de las narrativas dominantes en cuanto a sus dimensio-

nes de relevancia terapéutica susceptibles de transformación. En la actualidad consideramos un conjunto de diez de tales dimensiones (véase Sluzki, 1992, para un sistema alternativo compatible): meta narrativa, argumento, tema, personajes, causalidad, iniciativa, relevancia, coherencia, forma narrativa, nivel de conciencia narrativa y apertura a alternativas.

(4) Fomento de la emergencia de narrativas subdominantes: Afortunadamente, como se afirma desde el construccionismo social, ningún discurso es del todo monolítico. Dicho de otra forma, para cada narrativa dominante de la familia existen otras voces y otros discursos subyacentes, acallados, minusvalorados, subyugados, sometidos, desacreditados, menoscabados o subdominantes. Son las voces discordantes de las excepciones, del desacuerdo; son las pequeñas grietas que, debidamente ensanchadas en el diálogo terapéutico, pueden permitir la entrada de aire fresco en el ambiente viciado de la narrativa dominante estancada. Encontramos que la forma más significativa para las familias de dar voz a esas narrativas subdominantes es que nazcan de su propio seno. En este sentido, utilizamos formas de conducción de la conversación terapéutica tales como centrarnos en soluciones (de Shazer, 1985; Hudson O'Hanlon & Weiner-Davis, 1989), la externalización del problema y la identificación y exploración detallada de los acontecimientos extraordinarios (White y Epston, 1990), estrategias de aflojamiento o rigidificación narrativa y de inducción del rol de observador (Botella y Feixas, 1998) y en general cualquier estrategia que conduzca a la deconstrucción y reconstrucción de los discursos narrativos dominantes de la familia. En algún caso, también el papel del equipo de supervisión resulta clave en cuanto a la génesis de narrativas alternativas, especialmente si se utilizan recursos técnicos como el equipo reflexivo (Andersen, 1991) o el uso de material escrito como forma de comunicación con la familia.

(5) Validación de las narrativas alternativas: Tras haber accedido a dichas narrativas subdominantes y haberlas convertido en figura (en lugar de fondo) prestándoles la atención que merecen, el proceso continúa mediante su validación en contextos diferentes y más amplios que el original. Este es un punto delicado y vital; en demasiadas ocasiones hemos visto como terapeutas inexpertos desaprovechaban la oportunidad de validar una visión alternativa a la narrativa dominante de sus clientes por estar prestando más atención al problema que a las excepciones. En principio, mediante la co-construcción fomentada por el diálogo terapéutico y el uso de instrumentos tales como *la técnica de la moviola* (véase Guidano, 1995), *la técnica de la pregunta curiosa* (White y Epston, 1990), o las estrategias de cambio propuestas desde la Teoría de los Constructos Personales (Botella y Feixas, 1998) intentamos resaltar los aspectos de la narrativa subdominante más ligados, entre otras cosas, a la iniciativa activa, forma narrativa progresiva, nivel de conciencia narrativo reflexivo y/o elevada apertura a alternativas.

(6) Práctica de las narrativas alternativas mediante el uso de tareas o prescripciones post-sesión. La finalidad de esta fase es la de resaltar la utilidad de

la nueva narrativa no sólo como marco de comprensión del pasado, sino como fuente de acciones futuras.

(7) **Fomento de la reflexividad:** Esta fase coincide con la que en terapia familiar estratégica se denomina finalización y reconocimiento de méritos. Nuestra intención es que la familia se haga consciente de hasta qué punto han sido capaces de reavivar sus procesos discursivos de atribución de significado a la experiencia precisamente al hacerse conscientes de su propia discursividad. En esta fase acostumbramos a pedir a los clientes o familias que redacten una narrativa sobre su historia en la terapia, dado que ello contribuye a externalizar su capacidad de cambio y los factores que han contribuido a ella. Por otra parte, dado que no planteamos el cese de la relación terapéutica desde la metáfora del duelo, sino desde la del ritual de paso (véase Epston y White, 1995), tales narrativas nos resultan sumamente útiles en cuanto a la especificación de los logros de nuestros clientes como consecuencia de dicho «tránsito».

Reflexiones Finales

A partir de lo que se ha planteado en este trabajo llegamos a concluir que, desde esta perspectiva, todas las formas de psicoterapia podrían considerarse terapias narrativas o, más propiamente, discursivas. El cliente (o clientes en el caso de una familia) explica las historias que ha construido sobre sí mismo a partir de su participación en las formas de discurso culturalmente disponibles y, durante su participación en otro proceso discursivo-el proceso psicoterapéutico se produce una transformación de dichas historias. Gonçalves (1995) equipara la función del terapeuta con la del crítico literario: interpretar narraciones preexistentes y co-crear historias alternativas. La terapia se convierte en un escenario para el ensayo de narrativas alternativas. Como el mismo Gonçalves (1995, pág. 199) apunta: *«la psicoterapia es un escenario bien establecido para explicar y fabricar historias. Como Narciso, los clientes comienzan a reconocerse a sí mismos en el espejo de sus historias, siendo simultáneamente objetos, sujetos, y proyectos de sí mismos. En la protección del nicho terapéutico, pretenden conquistar la versatilidad de un texto»*.

Los terapeutas pueden ayudar de diferentes formas a sus clientes a crear nuevas historias y/o re-narrar las antiguas, por ejemplo animándoles a experimentar con su propio comportamiento -el *role-playing* o la *terapia de rol fijo* podrían ser útiles en este sentido. La forma de favorecer la re-narración de historias dependerá del aspecto por el cual la narración pre-existente ha dejado de ser útil; si, por ejemplo, es demasiado flexible o demasiado rígida, demasiado concreta o demasiado abstracta (Viney, 1990). Según Viney (1990) las historias terapéuticas deberían proporcionar integración pero nunca llegar a la inflexibilidad; ser internamente consistentes, pero sólo lo suficiente para permitir predicciones viables; integrar los acontecimientos en el tiempo para conseguir una visión coherente del pasado, presente y futuro, así como contener elecciones viables para los clientes. También

es aconsejable que otorguen un sentido de poder y esperanza a los clientes en terapia. Se pretende una aproximación a un nuevo juego de lenguaje que permita el acceso a maneras alternativas de reconstruir la narración actual del cliente.

La psicoterapia empieza allí donde se plantea la cuestión de la comprensión del sujeto; allí donde no se pretende la supresión del significante, sino la construcción de nuevos significados; allí donde el concepto de curación es sustituido por el de cambio, que implica, como criterio, la dimensión temporal y evolutiva. Ya no se trata, por ejemplo, de combatir las ideas absurdas del paciente o de modificar o corregir sus hábitos disfuncionales, sino de entender el sentido de la acción humana, la cual es fundamentalmente discursiva y se desarrolla a partir de la propia historia como una estructura narrativa. (Villegas, 1995, pág. 3).

UNA HISTORIA A MODO DE EPÍLOGO (Luis Botella)

Mi hijo Nacho, a sus tres años, tenía una mascota de peluche de la que era inseparable: su loro *Paco*. Dormía con él, lo llevaba de viaje, le servía para consolarse de la ajetreada vida propia de su edad. Desgraciadamente, un día se cumplió el vaticinio budista de que todo lo que existe es impermanente y *Paco* desapareció olvidado en la oficina de una entidad bancaria. Salvamos la noche (relativamente) explicándole a Nacho que *Paco* se había quedado a dormir en casa de un amigo suyo. A la mañana siguiente recorrí Barcelona entera (¡lo juro!) buscando un loro de peluche igual que *Paco* que, por desgracia, provenía de una tienda de Tenerife. Imposible. Puedo asegurar que vi animales de peluche con los que nunca hubiese imaginado que un niño se pudiese encariñar, desde dobermans con aspecto de asesinos en serie hasta peludas tarántulas amazónicas... pero nada de alegres loros multicolores con la forma y el tamaño de *Paco*. De hecho, yo mismo empezaba a experimentar síntomas de duelo por el loro. A base de tanto buscarlo su pérdida parecía más irreparable de lo que había imaginado. Cuando ya desesperaba y regresaba abatido y preparado para contener el llanto amargo del doliente Nacho, encontré en una juguetería al lado de casa un *pingüino* con la misma forma y tamaño que *Paco* sólo que, claro, blanco y negro. Lo compré, lo escondí bajo un almohadón y le expliqué a Nacho que su lorito había ido a ver a unos primos del Polo Norte y se había quedado a dormir allí. *Paco* había rechazado irreflexivamente una manta que le ofrecían para dormir en el iglú, y de tanto frío como había pasado había perdido sus colores tropicales y se había quedado todo blanco. Ahora había vuelto a casa, pero le daba tanta vergüenza que Nacho lo viese de color blanco que se había escondido bajo el almohadón. Al levantarlo, Nacho estalló en risas de sorpresa y alegría al encontrar a *Paco* transmutado en pingüino. Desde entonces, según la perspectiva de Nacho, *Paco* pertenece a una especie ornitológica peculiar: los *loropingus*.

Cada vez que rememoro en esta experiencia le descubro nuevos significados

e implicaciones, pero en este caso quiero resaltar dos: (1) en la vida no nos basta con *un nuevo peluche*, necesitamos *una nueva historia*, y (2) la credibilidad de algunas historias no depende sólo de su verosimilitud, sino *del amor con que se narran*. Puede ser que la condición posmoderna nos haya hecho conscientes de la transitoriedad de nuestros «peluches» favoritos, pero también nos ha revelado el poder constitutivo de las narrativas de las que éstos forman parte. Así mismo, puede que nos haya hecho ver que el fundamento de nuestras creencias no reside en una Verdad Absoluta que las garantice, despertándonos del sueño de la razón ilustrada (el que, según Goethe, «produce monstruos»). Con todo, nos ha resituado en el dominio de lo que es más esencialmente humano: las relaciones que constituimos entre nosotros y las realidades (con minúscula) contingentes a nuestras prácticas discursivas.

Este artículo trata de la influencia que han ejercido los planteamientos posmodernos propios del contexto cultural contemporáneo sobre las dos orientaciones psicoterapéuticas en las que parecen haber tenido más eco: las terapias sistémicas y las terapias cognitivas. Presenta, asimismo, el posicionamiento de los autores, enmarcado en las tradiciones constructivista, construccionista, narrativa y discursiva.

Palabras clave: *constructivismo, construccionismo, narrativas, psicoterapia, discurso.*

Referencias bibliográficas:

- ANDERSEN, T. (Ed). (1991). *The reflecting team: Dialogues and dialogues about the dialogues*. New York: Norton.
- ANDERSON, H., & Goolishian, H. (1988). Los sistemas humanos como sistemas lingüísticos: Implicaciones para la teoría clínica y la terapia familiar. *Revista de Psicoterapia*, 2, 41-72.
- ANDERSON, W.T. (1990). *Reality isn't what it used to be*. San Francisco: Harper and Row.
- ANDERSON, W.T. (1995). Four different ways to be absolutely right. In W.T. Anderson (Ed.) *The truth about the truth*. (pp. 110-117). New York: Tarcher Putnam.
- AUSTIN, J.L. (1962). *How to do things with words*. London: Oxford University Press.
- BATESON, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantine.
- BAUMAN, Z., (1993). Postmodernity, or living with ambivalence. In J. Natoli & L. Hutcheon (Eds.), *A postmodern reader* (pp. 9-24). Albany, NY: State University of New York Press.
- BECK, A.T., RUSH, J., SHAW, B., & EMERY, G. (1979). *Cognitive therapy of depression*. New York: Guilford Press.
- BECK, A.T., EMERY, G., & GREENBERG, R.L. (1985). *Anxiety disorders and phobias: A cognitive perspective*. New York: Basic Books.
- BOTELLA, L. (1995). Personal construct psychology, constructivism, and postmodern thought. In R.A. Neimeyer & G.J. Neimeyer (Eds.), *Advances in Personal Construct Psychology* (Vol. 3) (pp. 3-36). Greenwich, CN: JAI Press.

- BOTELLA, L. (1998). Clinical psychology, psychotherapy, and mental health: Contemporary issues and future dilemmas. *International Journal of Psychotherapy*, 3, 255-263.
- BOTELLA, L. (en prensa). Constructivismo y construccionismo en terapia familiar: Pragmática, semántica y retórica. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*.
- BOTELLA, L., & FEIXAS, G. (1998). *Teoría de los constructos personales: Aplicaciones a la práctica psicológica*. Barcelona: Laertes.
- BOTELLA, L., & FIGUERAS, S. (1995). Cien años de psicoterapia: ¿El porvenir de una ilusión o un porvenir ilusorio? *Revista de Psicoterapia*, 24, 13-28.
- BOTELLA, L., & PACHECO, M. (en prensa). Terapia familiar constructivista: Una aproximación narrativa relacional. En C. Pérez (Ed.), *La familia: Nuevas aportaciones*.
- BRUNER, J. (1986). *Actual minds, possible worlds*. Cambridge, MA: Harvard University Press
- BRUNER, J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- BURR, V. (1995). *An introduction to social constructionism*. London: Routledge.
- CARR, D. (1986). *Time, narrative, and history*. Bloomington: Indiana Press.
- DALLOS, R. (1991). *Family belief systems: Therapy and change*. London: Open University Press.
- DE SHAZER, S. (1985). *Keys to solution in brief therapy*. New York: Norton.
- DERRIDA, J. (1976). *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- EFRAN, J.S., & CLARFIELD, L.E. (1992). Constructionist therapy: Sense and nonsense. In S. McNamee & K.J. Gergen (Eds.), *Therapy as social construction* (pp. 200-217). London: Sage.
- EPSTON, D., & WHITE, M. (1995). Termination as a rite of passage: Questioning strategies for a therapy of inclusion. In R.A. Neimeyer & M.J. Mahoney, (Eds.), *Constructivism in psychotherapy*. Washington DC: APA.
- FEIXAS, G. (1991). Del individuo al sistema: La perspectiva constructivista como marco integrador. *Revista de Psicoterapia*, 2, 91-120.
- FEIXAS, G. (1995). Personal constructs in systemic practice. In R.A. Neimeyer & M.J. MAHONEY, (Eds.), *Constructivism in psychotherapy*. Washington DC: APA.
- FEIXAS, G., & MIRÓ, M.T. (1993). *Aproximaciones a la psicoterapia: Una introducción a los tratamientos psicológicos*. Barcelona: Paidós.
- FEIXAS, G., PROCTER, H.G., & NEIMEYER, G.J. (1993). Convergent lines of assessment: Systemic and constructivist contributions. In G.J. Neimeyer (Ed.), *Constructivist assessment*. London: Sage.
- FEIXAS, G., & VILLEGAS, M. (1990). *Constructivismo y psicoterapia*. Barcelona: PPU.
- FEYERABEND, P.K. (1976). *Against method*. New York: Humanities Press.
- FRUGGERI, L. (1992). Therapeutic process as the social construction of change. In S. McNamee & K.J. Gergen (Eds.), *Therapy as social construction*. London: Sage.
- GERGEN, K.J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- GERGEN, K.J. (1989). Warranting voice and the elaboration of the self. In J. Shotter & K.J. Gergen (Eds.) *Texts of identity*. London: Sage.
- GERGEN, K.J. (1991). *The saturated self*. New York: Basic Books.
- GERGEN, K.J. (1992). Toward a postmodern psychology. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 17-30). London: Sage.
- GERGEN, K.J., (1994). *Realities and relationships*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- GERGEN, K.J., & KAYE, J. (1992). Beyond narrative in the negotiation of therapeutic meaning. In S. McNamee, & K.J. Gergen (Eds.), *Therapy as social construction*. London: Sage.
- GRIFFIN, D.R. (1996). Introduction to SUNY series in constructive postmodern thought. In S. Odin, *The social self in zen and American pragmatism*. New York: SUNY Press.
- GUIDANO, V.F. (1995). Self-Observation in constructivist psychotherapy. In R.A. NEIMEYER, R.J., & M.J. MAHONEY, M.J. (Eds.), *Constructivism in psychotherapy*. Washington DC: APA.
- HALEY, J. (1981). *Uncommon therapy*. New York: Norton.
- HARRÉ, R. (in press). *The rediscovery of the human mind. Proceedings of the 50th anniversary conference of the Korean Psychological Association*. Seoul: Uichol Kim, Psychology Department, Chung-ang University.
- HERMANS, H.J.M., & KEMPEN, H.J.G. (1993). *The dialogical self: Meaning as movement*. San Diego, CA: Academic Press.
- HUDSON O'HANLON, W., & WEINER-DAVIS, M. (1989). *In search of solutions: A new direction in psychotherapy*. New York: Norton.

- JAFFE, A. (Ed.) (1973). *Memories, dreams, reflections*. New York: Pantheon.
- KAYE, J. (1995). Postfoundationalism and the language of psychotherapy research. In J. Siegfried (Ed.), *Therapeutic and everyday discourse as behavior change: towards a micro-analysis in psychotherapy process research* (pp. 29-59). Norwood, NJ, US: Ablex Publishing Corporation.
- KEENEY, B.P., & ROSS, J. (1985). *Mind in therapy: Constructing systemic family therapies*. New York: Basic Books.
- KELLY, G.A. (1955/1991). *The psychology of personal constructs* (Vols. 1 and 2). London: Routledge.
- KELLY, G.A. (1969). The autobiography of a theory. In B.A. Maher (Ed.), *Clinical psychology and personality: The selected papers of George Kelly* (pp. 46-65). New York: Krieger.
- KORNBLITH, H. (Ed.) (1985). *Naturalizing epistemology*. Cambridge, MA: MIT Press.
- KORZYBSKI, A. (1933). *Science and sanity: An introduction to non-aristotelian systems and general semantics*. Lancaster, PA: Science Press.
- KUHN, T.S. (1970). *The structure of scientific revolutions* (2nd ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- KVALE, S. (1992). Postmodern psychology: A contradiction in terms? In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 31-57). London: Sage.
- LYOTARD, J.F. (1993). Excerpts from «the postmodern condition: A report on knowledge». In J. Natoli & L. Hutcheon (Eds.), *A postmodern reader* (pp. 71-90). Albany, NY: State University of New York Press.
- MARTIN, J. (1994). *The construction and understanding of psychotherapeutic change*. New York: Teachers College Press.
- MATURANA, H., & VARELA, F. (1987). *The tree of knowledge: The biological roots of understanding*. Boston: New Science Library.
- MCLEOD, J. (1997). *Narrative and Psychotherapy*. London: Sage.
- MCNAMEE, S., & GERGEN, K.J. (Eds.) (1992). *Therapy as social construction*. London: Sage.
- MELICHAR, K.E. (1988). Deconstruction: Critical theory or ideology of despair. *Humanity and Society*, 12, 366-385.
- MINUCHIN, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- MOOK, B. (1992). Intersubjetividad y estructura narrativa en la terapia familiar. *Revista de Psicoterapia*, 10-11, 13-22.
- NATOLI, J., & HUTCHEON, L. (1993). Representing the postmodern. In J. Natoli & L. Hutcheon (Eds.), *A postmodern reader* (pp. 193-202). Albany, NY: State University of New York Press.
- NEIMEYER, R.A., & MAHONEY, M.J., (1995). *Constructivism in psychotherapy*. Washington DC: APA.
- NISBETT, R., & ROSS, L. (1985). Judgmental heuristics and knowledge structures. In H. Kornblith, (Ed.), *Naturalizing epistemology*. Cambridge, MA: MIT Press.
- NORRIS, C. (1988). *The deconstructive turn: Essays in the rhetoric of philosophy*. London: Open University Press.
- ODIN, S. (1996). *The social self in zen and American pragmatism*. New York: SUNY Press.
- PERRY, W.G. (1970). *Forms of intellectual and ethical development in the college years: A scheme*. New York: Rinehart & Winston.
- POLKINGHORNE, D.E. (1992). Postmodern epistemology of practice. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 146-165). London: Sage.
- PROCTER, H.G. (1981). Family construct psychology: An approach to understanding and treating families. In S. Walrond-Skinner (Ed.), *Developments in family therapy*. London: Routledge.
- RENNIE, D.L. (1995). On the rhetorics of social science: Let's not conflate natural science and human science. *The Humanistic Psychologist*, 23, 321-332.
- SARUP, M. (1988). An introductory guide to post-structuralism and postmodernism. Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead.
- SELVINI-PALAZZOLI, M., BOSCOLO, L., CECCHIN, G., & PRATA, G. (1980). Hypothesizing-circularity-neutrality: Three guidelines for the conductor of the session. *Family Process*, 19, 3-12.
- SHOTTER, J. (1993). *Conversational realities*. London: Sage.
- SHOTTER, J. (1993). *Conversational realities*. London: Sage.
- SLUZKI, C.E. (1992). Transformaciones: Una propuesta para cambios narrativos en psicoterapia. *Revista de Psicoterapia*, 22-23, 53-70.
- STEELE, R.S. (1986). Deconstructing histories: Toward a systematic criticism of psychological narratives. In T.R. Sarbin (Ed.), *Narrative psychology* (pp. 256-275). New York: Praeger.
- SUCKIEL, E.K. (1982). *The pragmatic philosophy of William James*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.

- TOULMIN, S. (1982). *The return to cosmology: Postmodern science and the teology of nature*. Berkeley: University of California Press.
- TOULMIN, S. (1982). *The return to cosmology: Postmodern science and the teology of nature*. Berkeley: University of California Press.
- TOULMIN, S. (1990). *Cosmopolis: The hidden agenda of modernity*. New York: The Free Press.
- VILLEGAS, M. (1995). Editorial. *Revista de psicoterapia*, 22-23, 3- 4.
- VINEY, L.L. (1990). Psychotherapy as shared reconstruction. *International Journal of personal Construct Psychology*, 3, 437- 456.
- VON BERTALANFFY, L. (1954). *General systems theory*. New York: George Brazillier.
- WATZLAWICK, P., BEAVIN, J., & JACKSON, D. (1967). *Pragmatics of human communication*. New York: Norton.
- WHITE, M., & EPSTON, D. (1990). *Narrative means to therapeutic ends*. New York: Norton.
- WHITE, M., & EPSTON, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- WIENER, N. (1948). *Cybernetics*. New York: Wiley.
- WITTGENSTEIN, L. (1953). *Philosophical investigations*. New York: Macmillan.

UN ENFOQUE POSTMODERNO Y CONSTRUCCIONISTA SOBRE LA SALUD MENTAL Y LA PSICOTERAPIA

Isabel Caro

Facultat de Psicologia, Universitat de València
Avda. Blasco Ibáñez 21, 46010 - València

This article focuses on the new perspectives and therapeutic practices proposed by some authors that from a postmodernist point of view criticize values and assumptions of traditional psychology and the way in which they affect psychological diagnosis, evaluation and treatment. With this purpose the main aspects of the social constructionist theory regarding therapeutic practice are considered.

Key words: postmodernism, constructionism, psychotherapy, diagnostic criteria, social psychology.

INTRODUCCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LO NORMAL Y LO ANORMAL

La aplicación clínica del enfoque construccionista social está ofreciendo explicaciones diferentes a las tradicionales sobre la enfermedad mental, su diagnóstico y sus formas de tratamiento. Además, podemos considerar que el uso clínico que están haciendo algunos autores de los principios construccionistas sociales se englobaría dentro de planteamientos postmodernos.

Ya analizamos en un trabajo anterior (Caro, 1996) en qué consistía la psicoterapia practicada en una sociedad postmoderna por lo que no vamos a entrar en ello de nuevo. Sin embargo, convendría resaltar lo siguiente.

Las nuevas prácticas terapéuticas defendidas por algunos autores pretenden romper con lo establecido, criticando de lleno los valores y supuestos de la psicología tradicional de corte modernista (Fox y Prilleltensky, 1997; Prilleltensky, 1989) y el modo cómo se refleja en el diagnóstico, evaluación y tratamiento psicológico (Hare-Mustin y Marecek, 1997; cf. McNamee y Gergen, 1992a).

En este artículo nos centraremos en estos planteamientos para lo que comenzaremos exponiendo, brevemente, en qué consiste la teoría construccionista social,

a partir de lo cual podremos entrar en algunas consideraciones construccionistas sociales sobre temas importantes que pueden afectar a la visión tradicional sobre nuestro trabajo terapéutico.

De forma general podemos considerar que a estos cambios contribuyeron las explicaciones etnomédicas aparecidas en los 80 sobre cómo la gente produce teorías de sentido común sobre la disfunción somática y psicológica, integradas en un paradigma de ciencia social. Esta perspectiva destaca la estructura semántica del discurso y los procesos de enfermedad mediante los que tanto el paciente como el clínico construyen las realidades de la enfermedad a través de sus interpretaciones de los modelos médicos (Good y Good, 1982, citados en Higginbotham *et al.*, 1988). Existirían una serie de supuestos básicos, tal como se hallan recogidos en Higginbotham, West y Forsyth (1988).

En primer lugar, tenemos que el lenguaje, es decir la semántica, adscribe un significado fundamental a la enfermedad y a los síntomas psiquiátricos. Sean cuales sean los procesos fisiológicos y psicológicos que afectan a la enfermedad y a los síndromes psiquiátricos, éstos entran en la experiencia humana y se convierten en objetos de la acción humana sólo cuando se les otorga significado.

En segundo lugar, la enfermedad se construye desde el discurso de subculturas médicas populares ya que el que sufre se basa en teorías y redes de significado para interpretar y comunicar un hecho sintomático concreto. Cada subcultura médica ofrece explicaciones diferentes de la enfermedad y construye modelos sobre la fisiología y la personalidad humanas, así como cuáles deben ser las formas de tratamiento. Cada modelo está basado en un punto de vista particular del mundo, una epistemología y un grupo de valores. Cada categoría de enfermedad es un producto cultural y agrupa a un conjunto específico de palabras e imágenes. La enfermedad, desde un punto de vista individual, es algo muy complejo, una combinación de traumas personales, estresores vitales, reacciones de los demás, significados y metáforas sobre ello en nuestra cultura, etc. Estas redes de significado se deben comprender para poder entender una enfermedad en concreto.

Finalmente, partiendo de estas nociones sobre la enfermedad, cualquier práctica clínica va a ser de tipo interpretativo. El clínico, con independencia del modelo teórico que le ampare, da significado a los síntomas, experiencias, conductas, etc. de un paciente. Unos datos serán considerados centrales, otros no. Se harán abstracciones y el clínico estará continuamente implicado en un proceso de traducción a lo largo de sistemas de significado. Semejante tarea alcanza, también, al cliente. Este interpreta el discurso, los significados aportados por el clínico que le permitan construir nuevos significados de su disfunción.

Antes de exponer la lectura clínica que del modelo construccionista social han hecho diversos autores conviene que nos detengamos, brevemente, en exponer el núcleo de dicha teoría.

LA TEORÍA DEL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL

Berger y Luckmann (1966) desarrollan con la teoría del construccionismo social un enfoque no positivista cuya tesis fundamental es que la realidad se construye socialmente y que la sociología del conocimiento debe analizar los procesos por los cuales esto se produce.

Su trabajo tiene implicaciones no sólo para la sociología del conocimiento, sino para la sociología del lenguaje, la teoría de la acción y de las instituciones sociales y la sociología de la religión. Combinan las teorías de Weber y Durkheim con Mead y Marx. En su opinión la sociología debía moverse en un diálogo continuo entre la historia y la filosofía (Berger y Luckman, 1966). Su meta está en desentrañar el *cómo* de los fenómenos sociales en lugar del *qué* o el *por qué* (Eberle, 1993).

En el primer apartado de su libro de 1966, Berger y Luckmann plantean como meta de la sociología del conocimiento ocuparse de analizar la construcción social de la realidad. Dos son los términos básicos que debemos definir: «realidad» y «conocimiento». Definen la *realidad* «como una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos «hacerlos desaparecer»)» (pág. 13) y el *conocimiento* como «la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas» (pág. 13). El mensaje central de Berger y Luckman se puede sintetizar en tres supuestos básicos:

- La sociedad es un producto humano.
- La sociedad es una realidad objetiva.
- El ser humano es un producto social.

Berger y Luckman sustentan su propuesta haciendo un análisis de diversos niveles de la vida humana, todos ellos con un origen social. Comienzan analizando la realidad de la vida cotidiana, que es nuestra realidad por excelencia que se organiza en el aquí y ahora y en la relación con los otros, y en la que el lenguaje cobra un papel fundamental como objetivador de nuestras experiencias y productor del acopio social de conocimiento.

Los seres humanos no sólo experimentan como realidad su vida cotidiana, sino la sociedad, a su vez como realidad objetiva y subjetiva. Para que la sociedad se convierta en realidad objetiva se necesitan dos procesos: el de institucionalización que sería el primero y más básico y el de legitimación más relacionado con aspectos simbólicos y conceptuales.

Finalmente, la sociedad se experimenta como realidad subjetiva. Para ello es necesario que se internalice mediante procesos de socialización. Además, y en función del proceso dialéctico entre el individuo y la sociedad, y el organismo y la sociedad se desarrolla nuestra identidad como personas. En definitiva, Berger y Luckman plantean que somos lo que somos y conocemos como conocemos por procesos de interacción social, mediados y objetivados por el lenguaje. La importancia del lenguaje es grande en la teoría y cerramos esta breve introducción con algunas consideraciones que sobre éste hacen Berger y Luckmann (1966):

1) Por su enorme complejidad el lenguaje nos permite separarnos de la situación «cara a cara» siempre que queramos, hablar de cosas que nunca hemos experimentado y quizá no experimentemos y se convierte así en un depósito de amplias acumulaciones de significado y experiencia que se transmite a través del tiempo.

2) El lenguaje nos permite hacer accesible objetiva y continuamente nuestros propios significados, estableciendo contacto, y obteniendo así acceso a nuestro propio ser. El lenguaje cristaliza y estabiliza nuestra subjetividad.

3) El lenguaje como sistema de signos posee la cualidad de la objetividad, por lo que se presenta como una facticidad externa a nosotros mismos, teniendo efectos coercitivos sobre nosotros (por ejemplo, al hablar en español debemos seguir las reglas de la gramática española).

4) El lenguaje tiende puentes, puede trascender dimensiones espaciales, temporales y sociales. A consecuencia de ello, el lenguaje «hace presente» aquello que está ausente. Manejamos entonces *símbolos*. La religión, la filosofía, el arte y la ciencia son los sistemas de símbolos de mayor importancia histórica.

5) El lenguaje constituye campos semánticos o zonas de significado lingüísticamente circunscritos. Toda la gramática, la sintaxis y el vocabulario contribuyen a ello. Es decir, el lenguaje elabora esquemas clasificadores para diferenciar objetos según el género, hay predicados de acción que son opuestos a predicados de ser, formas de denominar el grado de intimidad entre las personas (por ejemplo, en los idiomas que diferencian el «tú» del «usted»), y campos semánticos que se relacionan con nuestras actividades y rutinas diarias (por ejemplo, el significado del papel del profesor y las actividades que se le suponen implícitas).

LA TEORÍA DEL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL EN LA PSICOLOGÍA

En psicología, el autor al que debemos el interés actual por la teoría construccionista social es Gergen, que a través de diversos trabajos (por ejemplo, Gergen, 1982, 1985) se ha preocupado de desarrollar una nueva propuesta, denominada por él *socio-racionalista*. No es la finalidad de este trabajo entrar en detalle en la teoría de Gergen, pero conviene que resaltemos algunos elementos importantes de forma que podamos situar mejor lo que supondría adoptar este enfoque construccionista social en el campo de la salud.

Tal y como plantea Gergen (1985), el construccionismo social mina los cimientos de la psicología tal y como se la entiende desde el punto de vista occidental, tradicional, y eso explica el que no tenga una amplia difusión. De hecho la mayoría de los psicólogos ni siquiera reconocen a la teoría como una psicología (Wilkinson, 1997). No obstante, es posible aislar una serie de importantes derivaciones del construccionismo social que ejemplifican sus posibilidades y el desafío que supone para la psicología tal y como comentábamos en la introducción (Gergen, 1982, 1985; Cortéz, *et al.*, 1994):

1. Se ponen en cuestión los conceptos de experiencia y datos de los sentidos. El significado y la comprensión del mundo dependen de la interacción y del contexto social. El conocimiento no se puede ver como un «reflejo» de lo que hay ahí, sino como una «transformación» de la experiencia en una ontología lingüística.

2. No se ofrecen criterios alternativos de verdad, ni se ofrecen reglas fundacionales. En este sentido el construccionismo es una teoría relativista.

3. Este relativismo no significa que *valga todo*. Existen reglas normativas, estabilidad, pero sin llegar al fundacionalismo. Estas normas son determinadas histórica y culturalmente, y por tanto, están sujetas a crítica y transformación. Además a diferencia del relativismo moral, el construccionismo social reafirma la relevancia de los criterios morales para la práctica científica. Entonces, se considera que es posible valorar el trabajo del psicólogo en términos de su bondad o no.

4. No se puede probar empíricamente: la inducción en la ciencia está mal concebida, los hechos que analizamos raramente son estables y los datos sobre hechos son negociables. Debemos reevaluar el trabajo empírico en las ciencias.

5. No hay criterios de veracidad: su éxito depende de la posibilidad del analista de lograr invitar, estimular o deleitar a la audiencia.

6. No hay verdad a través del método: se necesita establecer criterios alternativos para evaluar las alegaciones del conocimiento

7. Base lingüística: el lenguaje es el medio básico de transmisión de los significados y de aquello que comprendemos. Algún tipo de lenguaje o la comprensión no traducida a palabras precede al inicio de la mayoría de actos significativos.

8. Considera los orígenes sociales de la mayoría de los supuestos dados sobre los procesos psicológicos, que difieren en gran medida de una cultura a otra.

Si trasparamos todo ello al campo médico, como hace Radley (1994) e igualmente, al psicológico, partiríamos de dos premisas básicas como introducción:

1) Tener una enfermedad es algo social, a causa de la experiencia compartida que tenemos de nuestros cuerpos, tanto cuando estamos bien como cuando estamos enfermos; estas son las características generales de la enfermedad.

2) Tener una enfermedad es algo social a causa de cómo refleja la relación entre el individuo enfermo y el contexto cultural. Para cualquier persona en concreto y en un momento en concreto, estas son características especiales.

El conocimiento profesional desde la perspectiva del construccionismo social, no se considera como una progresión incremental hacia un mejor conocimiento, sino como una serie de construcciones relativas que dependen del momento particular socio-histórico que se renegocian constantemente. La medicina y la psicología producen un conocimiento que cambia en tiempo y lugar. El poder no viene de arriba, sino de la multiplicidad de intereses y grupos de poder, proviene de cada individuo que vía la socialización acepta ciertos valores y normas de conducta (Lupton, 1994).

Finalmente, y a pesar de todo lo anterior, es conveniente que nos refiramos a

la respuesta que Berger y Luckmann dan al uso de su teoría. En la revisión que del tema hace Eberle (1993) y citando comentarios de los propios autores, queda clara la postura de rechazo de Berger y Luckmann. La teoría fue interpretada en USA y Europa con un sesgo especial. Tal y como señala Lemert (1992, citado en Eberle, 1993), la teoría fue empleada por muchos viejos liberales de izquierda para dar sentido a la vida y la sociología, al señalar la arbitrariedad de las construcciones sociales. Uno de los campos en los que esto es más evidente es el del feminismo académico (véase al respecto, y en psicología, Hare-Mustin y Marecek, 1990; cf. Lorber y Farrell, 1991).

Citados en Eberle (1993), Luckmann asegura en 1992: «siempre que alguien habla hoy por hoy de *constructivismo* o incluso de *construccionismo social* me pongo a reparo». Mientras que Berger considera, en 1992, a la literatura constructivista como «un cocedero ideológico con el que no tengo nada en común».

Puestas así las cosas se debe dar un sentido especial al uso clínico de la teoría y dejar para un trabajo posterior y más extenso, las reflexiones sobre las interpretaciones hechas por parte de relevantes autores a la teoría del construccionismo social. No cabe duda del interés que tiene entender en qué medida se ha mantenido el espíritu original de Berger y Luckmann y en qué medida éste se ha visto solapado con otros modelos o nuevas tendencias aparecidas en la psicología. Una disección de ello nos permitiría comprender el rechazo de Berger y Luckmann ya comentado, y la heterodoxia u ortodoxia de los modelos construccionistas sociales en psicología respecto a la sociología empírica del conocimiento defendida por Berger y Luckmann en su teoría del construccionismo social.

Hecha esta importante salvedad pasaremos a ejemplificar la aplicación clínica del construccionismo social haciendo, en primer lugar, algunas consideraciones sobre la enfermedad mental.

ENFERMEDAD MENTAL Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Diversos autores (Frank y Frank, 1991; Hare-Mustin y Marecek, 1997; Horwitz, 1982; Laungani, 1992), afirman que los diagnósticos psicológicos son productos de su tiempo y lugar. Las categorías diagnósticas no son etiquetas simplemente neutrales.

Según Pardeck y Murphy (1993) el punto de vista tradicional sobre la enfermedad mental reproduce el dualismo mente-alma. Este dualismo se manifiesta de diversas maneras: apariencia y realidad; hecho y valor; mente y cuerpo; subjetividad y objetividad. Este dualismo entre hechos y valores, propio de la ideología modernista, facilita la defensa de un conocimiento objetivo, veraz, sobre las cosas. El modelo de enfermedad tradicional sigue un esquema ahistórico para describir la conducta. En lugar de entender cómo se concibe la vida social se buscan las causas subyacentes, se genera un conocimiento de expertos que pertenece sólo a un grupo reducido de personas.

En su lugar, para la teoría del construccionismo social aplicada clínicamente, lo normal y lo anormal son categorías definidas políticamente. El punto de vista dominante no es el único que hay o puede haber. Puntos de vista alternativos deben ser incluidos: como por ejemplo los de las mujeres, las personas de clase baja, las minorías. La psicología, se ha construido a imagen y semejanza del varón, de la raza blanca y de la clase dominante (Hare-Mustin y Marecek, 1997).

Cuando se diagnostica se *sitúa* a la persona. Se le da un lugar y una serie de conductas y experiencias definidas para ella. Y esto varía en función de la raza, el género, la clase, etc. (Parker, *et al.*, 1995). Como señalan Hare-Mustin y Marecek (1997, pág. 109):

«Finalmente, la decisión de considerar cualquier serie de conductas o experiencias como un trastorno psicológico -y no como un trastorno médico, una excentricidad, un acto criminal, o una respuesta a un ambiente opresivo e intolerante- no es y no puede ser una decisión de tipo científico. Es una decisión moral y política, un juicio basado sobre perspectivas culturales en relación a qué conductas son aceptables o no aceptables».

Las revisiones históricas de los abusos cometidos gracias a las etiquetas diagnósticas en el pasado, por ejemplo, con la *drapetomanía*¹, o el trastorno que tenían los esclavos que huían de sus amos, han hecho poner un especial cuidado en el uso actual de las etiquetas diagnósticas. Este tema ha sido especialmente señalado por las autoras feministas en relación a los abusos que se cometen a la hora del diagnóstico en función del género, y en cualquier campo diagnóstico: la histeria (Hare-Mustin y Marecek, 1997), la agorafobia (Bekker, 1996; Wolfe, 1984), la depresión (Cox y Radloff, 1984), los trastornos de personalidad (Wakefield, 1992), etc.

Parker *et al.* (1995) utilizan el trabajo de Chesler de 1973, *Mujeres y locura*, para abordar esta cuestión desde la perspectiva del género. La mujer está sometida a una especie de doble vínculo. Por un lado, el papel femenino clásico supone una serie de conductas, que juzgadas frente a una norma no basada en el género, las convierte en neuróticas clínicamente. Por otro lado, la resistencia contra esta norma se interpreta como una desviación. Puestas así las cosas, se vea desde el punto de vista que sea, la psicología femenina es «psicología anormal». Veamos algunos ejemplos que ejemplifican esta consideración socio-cultural.

Por ejemplo, la *cleptomanía* surgió como categoría diagnóstica paralela a la apertura de grandes almacenes en las principales ciudades europeas. El anonimato de estos establecimientos favorecía el robo por parte de las clientas, de toda clase y condición. Pero las autoridades diferenciaban entre tipos y «causas» del robo en función de la condición social de la «cliente». Si ésta pertenecía a la clase baja era considerada una ladrona, si pertenecía a la clase alta se consideraba el robo la consecuencia de un *trastorno mental* y recibía la etiqueta de cleptómana, la familia era advertida, la cliente volvía a casa y se reembolsaba o se devolvía el producto

robado.

Otro ejemplo de ello, lo tenemos en el reanálisis que hacen Hare-Mustin y Marecek (1988, 1997) del famoso caso freudiano de Dora, una adolescente que presentaba tos persistente y dolores de cabeza. Deconstruyendo el caso, estas autoras destacan cómo los significados de la cultura dominante (masculina, patriarcal) se hacen aquí patentes. Lo que para Freud era un deseo sexual no reconocido (de Dora hacia Herr K. el amigo de su padre), una conducta vengativa y una terapia fracasada (al rechazar Dora la construcción que del caso hizo Freud), ahora se observa como la respuesta lógica (rechazo y asco) por parte de una adolescente de 14 años ante las atenciones sexuales de un hombre mucho mayor y casado. En honor a la verdad los adultos implicados en esta historia reconocieron lo cierto de las afirmaciones de Dora algún tiempo después.

Finalmente, otro campo en donde se aprecia la no neutralidad de las categorías diagnósticas, es el de las adicciones. En su revisión del tema, Efran, Heffner y Lukens (1987) señalan que en el siglo XIX el «alcohólico» era condenado como una persona «maligna», sin más esperanza en el futuro que una profunda conversión religiosa. El paso a la concepción del alcoholismo como una enfermedad implicó una valoración diferente. El establecimiento de lugares adecuados de tratamiento, la protección de sus derechos civiles, investigación sobre las causas, etc. Esto representa una forma de hablar, de exponer, de etiquetar a los «alcohólicos» diferente, pero que tampoco está al margen de cuestiones valorativas. Es decir, esta conceptualización del alcoholismo como una enfermedad no está libre de elementos morales. Ahora los valores morales no tienen nada que ver con la condena del alcohólico, sino que representan un lenguaje basado en la jerga moderna, médica, psiquiátrica, psicológica y sociológica. A pesar de ello, buena parte de las enseñanzas de los Alcohólicos Anónimos, por ejemplo, sigue teniendo un cierto tono moral, a juzgar por la gran cantidad de conceptos religiosos y semi-religiosos que hay en sus programas (Marlatt, 1985 citado en Efran, Heffner y Lukens, 1987).

La consideración cultural nos aparece, además, si entendemos que un uso extenso y continuo del alcohol es una enfermedad (*alcoholismo*); un uso semejante de la cocaína o la heroína es una adicción o una desviación social o moral, mientras que si fumas mucho o de forma continua, es sólo un *hábito* (Wiener, 1989).

HACIA UNA NUEVA VISIÓN DE LAS CATEGORÍAS DIAGNÓSTICAS

Aunque no es nuestra intención entrar de lleno en los pros y los contras de las categorías al uso², como el DSM y el ICD deberíamos destacar algunas de las características y críticas que se hacen al concepto de «enfermedad» desde una perspectiva postmoderna y construccionista.

Según Wiener y Marcus (1994) la «enfermedad» es un constructo social, relacionado con lo siguiente:

1. La mayoría de los argumentos empleados son sobre supuestos y metáforas

y no sobre «hechos».

2. Las metáforas subyacentes sobre la «desviación» o la «psicopatología» han diferido en distintos momentos históricos.

3. La aceptación o no de algunas patologías ha sido una cuestión histórica (por ejemplo, la histeria, la neurastenia, la homosexualidad).

4. Los criterios definitorios de las categorías cambian con frecuencia para lograr asegurar el consenso entre los jueces, en lugar de considerarlos como cambios que elaboran una perspectiva dada o que sirven para identificar criterios más *precisos*.

Como afirman Parker *et al.* (1995) los diagnósticos al uso en las categorías diagnósticas reflejan la naturaleza contradictoria de nuestra cultura. Esto es:

1. Las cifras ofrecidas reflejan sólo aquellas personas más en contacto con los servicios de salud. Los hombres experimentan niveles semejantes de malestar aunque parece ser más conveniente para la mujer reconocerlo, mientras el hombre busca otras vías de escape (alcohol, por ejemplo) (Brodsky y Steinberg, 1995; Eisler y Blalock, 1991; McCreary *et al.*, 1996; Radley, 1994; Sprock y Yoder, 1997) por lo que presenta otros diagnósticos a causa de los discursos patriarcales dominantes sobre lo que se considera una conducta masculina apropiada.

2. Debemos plantearnos, en función de lo anterior, si el uso de tales categorías diagnósticas refleja experiencias *diferentes* de hombres y mujeres, o bien si las categorías diagnósticas no son más que un sistema de conocimiento que refleja preocupaciones actuales de nuestra cultura.

Pero no sólo es problemática la naturaleza y el uso de estas categorías diagnósticas, sino su proliferación que facilita que cualquier conducta sea escrutada y regulada. Al tener etiquetas para denominar las cosas, las cosas cobran entidad, se les da visos de realidad, puesto que el lenguaje facilita esta consecuencia (cf. Caro, 1990).

Por ejemplo, sorprende cómo se agrupan las distintas características (por ejemplo, «robos en tiendas», «mala conducción» y «sexo casual») que entran dentro del trastorno límite de la personalidad. Además sorprende que aunque se presentan como categorías puras los clínicos saben que esto no es así. Y finalmente, no está claro que su uso diagnóstico trascienda al puramente administrativo (Parker, Georgaca, Harper, McLaughlin y Stowell-Smith, 1995).

Por tanto, estas categorías no son descriptivas de la realidad, sino que son *constitutivas*. Su existencia crea los problemas. Y además son *complejos discursivos*. Es decir, formas de discurso donde un sistema de enunciados construye un objeto. En el primer caso, la argumentación de Parker *et al.* (op. cit.) se basa en los trabajos sobre anorexia nerviosa de Hepworth y Griffin de 1990 en el que se señala que el «descubrimiento» de la anorexia nerviosa en el siglo XIX, se debió a un intento de medicalizar la auto-inanición, presentándola como una condición típicamente femenina y consecuencia natural de la irracionalidad femenina. En el segundo caso

los diagnósticos establecen lugares en los que se emplaza la gente, o se los emplaza por parte de otros. En cualquier caso lo anormal siempre está en relación a lo que consideramos normal.

Creemos que este ejemplo nos puede servir para hacer una importante puntualización. Lo que no se niega en estas perspectivas es que por ejemplo, la inanición «exista», ni que pesar 30 kilos por parte de una adolescente sea peligroso para su salud y pueda conducirla a la muerte. Desde un punto de vista postmoderno se asume que la fisiología no existe *sui generis*. Por ejemplo, tomemos el caso de la trisomía en el cromosoma 21, o síndrome de Down. Hasta muy recientemente poco se esperaba de estos niños, pero las expectativas sobre su funcionamiento han ido variando, y se ha visto que estos individuos empiezan a vivir más años, a rendir mejor en los tests y a progresar más en la escuela (Pardeck y Murphy, 1993).

Entonces, categorías como la depresión y la ansiedad, por ejemplo, definen cada una serie concreta de *transacciones psicosociales*, como luego ampliaremos. Además, estas transacciones se consideran psicopatológicas en unos contextos y no en otros. Finalmente, ciertas transacciones se consideran, en según que momentos históricos como evidencia de un mérito especial (por ejemplo, Juana de Arco), y como patológicas en otros (Wiener, 1989; Wiener y Marcus, 1994).

En definitiva, lo que aportan las diversas perspectivas postmodernas es un punto de vista que se focaliza en los componentes sociopolíticos, de negociación y construcción social que conforman y constituyen nuestra existencia. Con ellos vamos evidentemente *más allá* del estudio de la salud tal y como se ha hecho tradicionalmente. Observarlos y tenerlos en cuenta introduce aspectos importantes en los que entramos a continuación.

UNA RELECTURA DE LAS CATEGORÍAS DIAGNÓSTICAS

Desde el punto de vista postmodernista el modelo de enfermedad constituye una metanarrativa. Lo que sabemos está totalmente unido al lenguaje. De hecho, el conocimiento subsiste en el campo lingüístico. La relación simple entre variables, «A lleva a B» es una ilusión, puesto que son los actos lingüísticos los que dan significado a las variables mientras que las asociaciones causales parten de supuestos aceptados sobre la realidad. Las interpretaciones que hagamos serán entonces básicas para situar la enfermedad, la importancia de los síntomas y el pronóstico de un tratamiento de éxito (Pardeck y Murphy, 1993).

Además, las categorías diagnósticas sitúan las causas de los problemas en el individuo y consecuentemente el foco de tratamiento radica en la identidad personal, el control, la autonomía, etc. Sin que podamos negar la importancia de estos trabajos modernistas para el desarrollo de la psicología y su asentamiento como disciplina científica, y de las explicaciones encontradas, lo que se está planteando en la actualidad es la necesidad de un cambio que supone, como ya se ha comentado, en explorar los significados adscritos, las evaluaciones morales y las

consecuencias que están inseparablemente vinculados a las diversas circunstancias culturales sociales e históricas que rodean a lo que se ha denominado *enfermedad mental* (Hare-Mustin y Marecek, 1997).

Con este apartado queremos ofrecer algunos ejemplos de este punto de vista diferente, radical, sobre la enfermedad y la salud mental. Comenzaremos por el estudio de la ansiedad.

Ansiedad

Vivimos en un mundo en el que gracias a la ciencia y a la tecnología ha aumentado la necesidad de seguridad de los seres humanos. La angustia y el miedo se relacionan directamente con estar protegido o expuesto a lo desconocido (Gadamer, 1993). Además, vivimos en una cultura *panóptica* (Foucault, 1975) que regula nuestra conducta y la de los demás.

Siguiendo el trabajo construccionista de Hallam (1994), se destaca el contexto ideológico de la ansiedad con el papel que juega en un sistema social como el nuestro basado en la *autorregulación*, la idea de que debemos aprender a afrontar los acontecimientos de la vida, más que a buscar el cambio político. Además, esto se hace mucho más evidente en el caso de las mujeres que en el de los hombres.

De hecho la mayoría de los modelos tradicionales de tratamiento de los problemas de ansiedad (por ejemplo, Botella y Ballester, 1997; Beck, Emery y Greenberg, 1985; Nezu, Nezu, Deaner, D'Zurilla, 1997) ven la búsqueda de control como un elemento que está deteriorado y que debe restaurarse, en lugar de considerar que la búsqueda de control es algo problemático y que es una categoría socialmente construida. Incluso algunos modelos actuales de tratamiento más cercanos a la perspectiva postmoderna, como por ejemplo, los modelos cognitivos construccionistas (véase al respecto, Caro, 1997), integran esta búsqueda de control como un elemento básico explicativo de la ansiedad y exploran formas diferentes de abordarla, pero sin discutir la base política de ella (Guidano, 1987; Mahoney, 1985).

Depresión

Desde esta perspectiva, síntomas depresivos como la desesperanza, la impotencia y la pérdida de valor forman parte de una transacción social (Wiener, 1989; Wiener y Marcus, 1994). En la misma línea que en el caso de la ansiedad, la depresión cumple una serie de funciones sociales, más evidentes en el caso de las mujeres, como son ver los acontecimientos de nuestra vida no como pertenecientes a la esfera pública, sino a nuestra psique, animar la autorregulación interna y lo que es más grave, destacar la responsabilidad personal más que la necesidad de un cambio social.

La depresión se ve como un atributo a pesar de la evidencia (revisada en Wiener, 1989) que demuestra que:

1. Hay un gran nivel de variabilidad en los patrones conductuales incluidos bajo la etiqueta de depresión dentro de las poblaciones clínicas.
2. Hay diferencias en los patrones conductuales que se etiquetan como depresión, para subgrupos dentro de una cultura.
3. Hay evidencia de diferencias notables en el *tipo* de conductas consideradas como depresivas en diferentes culturas.

Problemas alimentarios

Este grupo de trastornos son aquellos que mejor representan la mitificación que se hace de la vinculación entre cultura y la relación de las mujeres con sus cuerpos y la naturaleza cultural de estos trastornos (Boskind-White, 1985; Ibáñez, 1994; Mesa, Rodríguez y Blanco, 1989). La naturaleza de género de la anorexia y la bulimia se ve como incidental más que como esencial y fundamental. «El discurso de la feminidad nos puede mostrar los supuestos que se hacen sobre la construcción de la feminidad cuando vemos que ciertas categorías psiquiátricas se asignan sobre todo a mujeres. Este discurso nos puede decir mucho sobre la construcción de la masculinidad» (Hepworth, 1994, citado en Parker et al., 1995).

Para analizar la alta tasa de trastornos alimentarios las psicólogas feministas exploran las relaciones entre los puntos de vista sociales y culturales de las mujeres, el cuerpo y el deseo heterosexual. Siguiendo la revisión de Hare-Mustin y Marecek (1997), debemos destacar, en primer lugar, una serie de trabajos que se centran en cómo la delgadez se ha convertido en un estandar social de belleza. En segundo lugar, otra serie de trabajos señalan cómo los cuerpos de las mujeres se convierten en la manifestación de la riqueza y el poder social de los hombres con los que están conectados (significa la pertenencia o las aspiraciones a una clase social superior por parte del marido o del padre). Otros trabajos plantean el punto de vista equivocado que relaciona el peso con la voluntad individual y el autocontrol. Esto hace que las mujeres estén implicadas en un proceso continuo de vigilancia, de suprimir, regular, controlar sus apetitos, en vez de disfrutarlos. Este énfasis en la autonegación está relacionado con virtudes consideradas tradicionalmente como femeninas, como el sacrificio por los demás, la modestia y la restricción sexual.

Asumiendo estas consideraciones y enmarcándolas en un contexto de tratamiento diferente de la psicoterapia entendida a la manera modernista, algunos autores buscan y defienden un cambio importante en la forma de estructurar y practicar la psicoterapia en el que entramos a continuación.

EL GRUPO DE LOS DESCONTENTOS

McNamee y Gergen (1992b) en la introducción a su libro *La terapia como una construcción social* recogen los diversos proponentes de este punto de vista alternativo que ellos llaman el grupo de los *terapeutas descontentos*.

Entre los *terapeutas descontentos* se encuentran los siguientes (en McNamee

y Gergen, 1992b, págs., 2-3):

1. Los *terapeutas críticos* que señalan los fuertes sesgos de las teorías y las prácticas terapéuticas. Señalan a la terapia como una práctica valorativa que sostiene ciertos valores, disposiciones políticas y jerarquías de privilegio.

2. Los *terapeutas familiares* que en lugar de considerar la patología como algo individual la ven como una manifestación local de problemas inherentes al funcionamiento de las unidades familiares.

3. Los *psicólogos comunitarios* que no separan la «patología individual» de los procesos comunitarios, y por ello intentan incluir y trabajar con diversos aspectos de la vida comunitaria, las instituciones educativas, las condiciones económicas, los ambientes físicos, etc.

4. Las *feministas* que critican las prácticas de salud mental tradicional que oprimen a la mujer, representando y manteniendo la sociedad patriarcal.

5. Los *fenomenólogos* cuando intentan olvidarse de las ideas previas de los terapeutas sobre la disfunción psicológica de forma que entiendan el problema del paciente en sus propios términos.

6. Los *constructivistas* cuando desafían la separación tradicional entre el que conoce y lo conocido argumentando que los procesos inherentes en el organismo determinan lo que se toma por «real».

7. Los *hermenéutas* cuando argumentan que el punto de vista tradicional sobre el terapeuta como analista objetivo de los estados mentales es totalmente equivocado.

8. Los *grupos de ex-pacientes mentales* que se organizan contra la profesión psiquiátrica, argumentando que los sistemas clasificatorios son opresivos, objetivadores y sirven sólo a las profesiones en salud mental.

¿Cómo sería la práctica terapéutica desde la perspectiva postmoderna?

Desde nuestro punto de vista hacer terapia desde esta perspectiva, acabaría con la terapia tal y como la entendemos. Supondría una ruptura radical con lo establecido. Por lo complejo del tema, vemos aspectos positivos y negativos.

Por ejemplo, es importante reconocer que las teorías terapéuticas contienen supuestos explícitos sobre (Gergen y Kaye, 1992):

1. La causa o la base de la patología.
2. Sitúan esta causa en los clientes o en sus relaciones.
3. Los medios para diagnosticar tales problemas.
4. Los medios para eliminarlos.

Desde esta perspectiva el terapeuta siempre ha entrado en terapia como un experto, el que domina estos cuatro puntos anteriores, poniendo en marcha un ritual donde él es el fuerte y el cliente es el débil. Lo que no podemos dudar es que esta visión clásica, de corte modernista, funciona, o ha funcionado, pero también que presenta problemas y desventajas (Gergen y Kaye, 1992) como son:

1. No tener en cuenta las tendencias patologizantes de la profesión.
2. Es criticable su conocimiento sobre la patología y la cura.
3. Nunca se pone en duda o se amenaza la postura del terapeuta. La narrativa del cliente es reemplazada por otra que ya está determinada antes de que éste entre en terapia. Y no olvidemos que las terapias tienen tendencias hegemónicas, puesto que aunque se produzcan modificaciones, no se modifican sus planteamientos centrales, es decir, su epistemología de base.
4. La narrativa del terapeuta es una formalización abstracta, separada de las circunstancias particulares, culturales e históricas.

La sociedad postmoderna, por contra, destruye la noción modernista de autoridad y la hace llegar al campo terapéutico (Caro, 1996) siendo éste uno de los rasgos básicos que delimitan la práctica postmoderna y construccionista de la psicoterapia.

Creemos que las reflexiones que establecen los autores que se mueven en este campo son muy relevantes y afectan a la epistemología y a la praxis clínica. Es decir, desde la perspectiva postmoderna y construccionista se nos hace reflexionar sobre nuestra forma de abordar los problemas clínicos y nuestro papel en todo el proceso (Loewenthal, 1996). Por su propia naturaleza estos enfoques tienen un alto grado de diversidad, pero podemos considerar que los enfoques terapéuticos que incorporan las ideas construccionistas suelen tener en común tres aspectos básicos (Biever, de las Fuentes, Cashion y Franklin, 1998):

1. La adopción en terapia de un estilo colaborador entre paciente y terapeuta.
2. El empleo de las narrativas y de las historias
3. El reflejo, la búsqueda y el desarrollo de significados y descripciones alternativas.

Veamos, a continuación, algunos ejemplos que surgen en los grupos de los *descontentos* anteriores para hacernos una idea del alcance de sus propuestas.

Comencemos por la dificultad que supondría este cambio. Por ejemplo, una terapeuta construccionista social Hoffman (1992) plantea la dificultad de trasladar las reflexiones construccionistas a la práctica. La salida la encuentra en la idea de Andersen sobre el Equipo Reflexivo. Este consiste en pedirle a la familia que escuche al equipo hablar sobre ella, para que luego comente lo que le sugiere. En su opinión esto supuso para ella un cambio total en su trabajo. El profesional deja así de ser una «especie protegida», observando familias patológicas detrás de una pantalla o en la privacidad de su despacho y su posición superior desaparece por completo.

Hare-Mustin y Marecek (1988) recogen los esfuerzos de algunos terapeutas familiares por analizar la metáfora de la *armonía familiar* aclarando la jerarquía familiar y como esa supuesta armonía se logra a costa de la aquiescencia y acomodación de la mujer. Si se analiza la metáfora de la *lealtad familiar*, el terapeuta presta atención a cómo las necesidades de algunos miembros de la familia

están subordinadas, como una cuestión de lealtad, a los que dominan la familia. Otros trabajos en terapia familiar prestan atención a los marcos de significado que aportan las culturas específicas, latinas, afroamericanas, etc., de la familia en cuestión.

Otros autores defienden modelos psicoeducativos en los que el cliente o la familia se convierten en colaboradores y no en parte del problema, anulando con ello la tradicional relación cliente-experto. Otros siguen la estela de la psicología comunitaria y redoblan sus esfuerzos por la prevención: estrategias de intervención temprana como educación familiar y cuidado de los niños, junto acciones políticas y organización de la comunidad con vistas a disminuir el riesgo de trastornos mentales (Hare-Mustin y Marecek, 1997).

Lo que es evidente es el cambio radical de esta propuesta construccionista. Por ejemplo, Wiener y Marcus (1994) proponen que el terapeuta deje de atender a los síntomas y escuche a sus clientes de forma diferente, buscando los temas y guiones que subyacen a sus problemas. En su opinión se deben entender todas las acciones humanas en su contexto y en función de las matrices socioculturales en las que se ven inmersas. Se propone, también, que el terapeuta sea un tanto *irreverente* según Cecchin (1992) y se plantee en primer lugar que relaciones muy distintas (i.e., la relación terapéutica, las condiciones institucionales, culturales e históricas) han contribuido a construir al terapeuta como un moralista, un controlador social, etc. El terapeuta debe recordar que su posición, construida en un momento complejo interactivo, es una *co-construcción*. Nada hay al margen de un contexto. Finalmente, el terapeuta debe ser responsable de sus propias acciones y opiniones. El terapeuta se atreve a usar sus propios recursos para intervenir, construir rituales, reenmarcar situaciones, conductas, ideas, etc., pero debe mantener siempre una cierta ironía. Tanto es así que Cecchin (1992, pág. 93) llega a aconsejar que el terapeuta siga a diversos líderes en diversos momentos, pero que nunca obedezca a un modelo o teoría de terapia en concreto.

Un último ejemplo lo tenemos en el siguiente párrafo que describe la terminación de Cecchin (1992) a una sesión de terapia (resumido de Cecchin, 1992, págs. 92-93):

«No puedo evitar pensar que muchos de los problemas de tu familia se deben a un patrón patriarcal que oprime a la mujer. Algunas de las historias que me habeis contado me lo sugieren, por lo que voy a daros algunas instrucciones para romper este patrón. Pero debo deciros que algunos colegas (que están tras el espejo) no están de acuerdo con ello. He discutido con ellos al respecto y hemos llegado a la conclusión de que siga con lo que pienso sólo durante cinco sesiones, puesto que no puedo evitar deciros lo que creo que es correcto».

Según Cecchin (op. cit.) con este ejemplo el terapeuta se hace responsable de sus acciones, las pone en un contexto cultural, ofrece una interpretación alternativa

(lealtad a patrones patriarcales), establece una estructura temporal para su convicción (cinco sesiones) y deja claro que lo que dice no es independiente del observador ni del contexto, sino la consecuencia de estándares éticos, que surgen de la historia personal del terapeuta, del contexto cultural y de la orientación teórica.

Conclusión

Debemos reconocer el desafío que suponen para la psicología estas nuevas propuestas. La psicología como disciplina científica no ha estado exenta de polémica desde su inicio (Koch, 1985; Miller, 1985). A los dos frentes tradicionales de la psicología científica, le ha aparecido un tercero, que podría corresponder a la propuesta postmoderna (Pinillos, 1994, 1997; Seoane, 1997; Caro, 1998). El futuro efecto de este planteamiento está por ver y aquí nos hemos limitado a introducirlo en el campo de la salud y la psicoterapia.

Ahora bien, las dudas surgen cuando nos preguntamos *cómo* podemos aplicar los comentarios anteriores sobre algunas categorías diagnósticas, o *cómo* podemos practicar la psicoterapia desde esta perspectiva. En este sentido, nuestra sensación es que hay más dudas que respuestas, más preguntas abiertas que respuestas dadas, más sugerencias que afirmaciones, más arranques que desarrollos completos, etc.

Pero de lo que estamos seguros es que nuestros viejos criterios empleados para juzgar la práctica clínica tradicional no pueden ser empleados en este contexto. Creemos que nos movemos en un contexto más amplio, en un contexto, como ya hemos dicho, que implica una forma radicalmente diferente de entender la psicología como disciplina científica, en primer lugar, y en segundo lugar, de articular las diversas disciplinas psicológicas. De todo ello se derivaría, y en tercer lugar, un marco distinto de trabajo y un rol profesional también diferente. A todo ello vale la pena prestarle atención, y como muy bien comenta Dowd (1998) en su introducción a un monográfico sobre el construccionismo social en terapia: «en mi vida he encontrado que al final he aprendido más de aquellos con los que estoy en desacuerdo que de aquellos con los que estoy de acuerdo» (p. 134).

En este artículo nos centraremos en los planteamientos y las nuevas prácticas terapéuticas defendidas por algunos autores que desde una postura posmodernista, critican de lleno los valores y supuestos de la psicología tradicional y el modo cómo se refleja en el diagnóstico, evaluación y tratamiento psicológicos. Con este fin se expondrá, brevemente, la teoría construccionista social, entrando en algunas consideraciones sobre temas importantes que pueden afectar a la visión sobre nuestro trabajo terapéutico.

Palabras clave: *postmodernismo, construccionismo, psicoterapia, criterios diagnósticos, psicología social.*

- 1) Los diccionarios médicos la definen como una «afición morbosa al vagabundeo» y proviene del griego *drapeteúein*, huir o escaparse (Diccionario Terminológico de Ciencias Médica, 1974).
- 2) Un autor constructivista que se acoge a la perspectiva postmoderna es Guidano. Este en uno de sus libros recientes, *El sí mismo en proceso* (Guidano, 1991) hace toda una crítica a la nosología psiquiátrica. Brevemente, las categorías diagnósticas se ven como vestidos que se quitan y se ponen, absolutamente vacías de contenido y de orientación para la clínica. En su lugar, Guidano postula una orientación hacia los procesos que explique la dinámica y el paso de la normalidad a la neurosis y a la psicosis.

Referencias bibliográficas:

- BECK, A.T., EMERY, G., & GREENBERG, R.L. (1985). *Anxiety disorders and phobias. A cognitive perspective*. Nueva York: Basic Books.
- BEKKER, M.H.J. (1996). Agoraphobia and gender: A review. *Clinical Psychology Review*, 16, 129-146.
- BERGER, P., & LUCKMANN, T. (1966). *The social construction of reality*. Garden City: Doubleday. (Trad. cast., Amorrotu, 1968).
- BIEVER, J.L., DE LAS FUENTES, C., CASHION, L., & FRANKLIN, C. (1998). The social construction of gender: a comparison of feminist and postmodern approaches. *Counselling Psychology Quarterly*, 11 (2), 163-180.
- BOSKIND-WHITE, M. (1985). Bulimarexia: A sociocultural perspective. En S.W. Emmett (Comp.), *Theory and treatment of anorexia nervosa and bulimia* (pp. 113-126). Nueva York: Brunner/Mazel.
- BOTELLA, C., & BALLESTER, R. (1997). *Trastorno de pánico: Evaluación y tratamiento*. Barcelona: Martínez Roca.
- BRODSKY, A.M., & STEINBERG, S.L. (1995). Psychotherapy with women in theory and practice. En B. Bongar & L.E. Beutler (Comps.), *Comprehensive textbook of psychotherapy* (pp. 295-310). Oxford: Oxford University Press.
- CARO, I. (1990) (Comp.). *Psicología y semántica general*. Valencia: Promolibro. (Colección de Psicología Teórica).
- CARO, I. (1996). La psicoterapia en una sociedad postmoderna. *Revista de Psicoterapia*, 24, 29-44.
- CARO, I. (1997). Las psicoterapias cognitivas: modelos básicos. En I. Caro (Comp.), *Manual de psicoterapias cognitivas* (pp. 37-52). Barcelona: Paidós.
- CARO, I. (1998). De la modernidad a la postmodernidad en psicología. *Boletín de Psicología*, Septiembre.
- CECCHIN, G. (1992). Constructing therapeutic possibilities. En S. McNamee & K.J. Gergen (Comps.), *Therapy as social construction* (pp. 86-95). Londres: Sage. (Trad. cast., Barcelona: Paidós, 1996).
- CORTÉZ GONZÁLEZ, R., BIEVER, J.L., GARDNER, G.T. (1994). The multicultural perspective in therapy: A social constructionist approach. *Psychotherapy*, 31, 515-524.
- COX, S. & RADLOFF, L. (1984). Depression in relation to sex roles: differences in learned susceptibility and precipitating factors. En C. Spatz Widom (Comp.), *Sex roles and psychopathology* (pp. 123-144). Nueva York: Plenum Press.
- Diccionario terminológico de ciencias médicas* (1974). Madrid: Salvat.
- DOWD, T.S. (1998). Social construction in counselling psychology. *Counselling Psychology Quarterly*, 11, 2, 133-134.
- EBERLE, T.S. (1993). Social psychology and the sociology of knowledge. *Revista de Psicología Social*, 8, 5-14.

- EISLER, R.M. & BLALOCK, J.A. (1991). Masculine gender role stress: Implications for the assessment of men. *Clinical Psychology Review*, 11, 45-60.
- EFRAN, J.S., LUKENS, M.D., & LUKENS, R.J. (1990). *Language, structure and change*. Nueva York: W.W. Norton.
- FOUCAULT, M. (1975). *Surveiller et punir*. París: Gallimard. (Trad. cast., Madrid: Siglo XXI, 25ª edición, 1996).
- FOX, D., & PRILLELTENSKY, I. (1997) (Comps). *Critical psychology. An introduction*. Londres: Sage.
- FRANK, J.D., & FRANK, J.B. (1991). *Persuasion and healing. A comparative study of psychotherapy*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- GADAMER, H-G. (1993). *Über die Verborgenheit der Gesundheit*. Frankfurt: Suhrkamp Verlag. (Trad. cast., Barcelona: Gedisa, 1996).
- GERGEN, K.J. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. Londres: Sage (Edición de 1994).
- GERGEN, K.J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- GERGEN, K.J. & KAYE, J. (1992). Beyond narrative in the negotiation of therapeutic meaning. En S. McNamee & K.G. Gergen (Comps.), *Therapy as a social construction* (pp. 166-185). Londres: Sage. (Trad. cast., Barcelona: Paidós, 1996).
- GUIDANO, V. (1987). *Complexity of the self. A developmental approach to psychopathology and therapy*. Nueva York: Guildford Press.
- GUIDANO, V. (1991). *The self in process*. Nueva York: Guildford Press. (Trad. cast., Barcelona: *El sí-mismo en proceso*. Paidós, 1994).
- HALLAM, R.S. (1994). Some constructionist observations on “anxiety” and its history. En T.R. Sarbin & J.I. Kitsuse (comps.), *Constructing the social* (pp. 139-156). Londres: Sage.
- HARE-MUSTIN, R. & MARECEK, J. (1988). The meaning of difference. Gender theory, postmodernism and psychology. *American Psychologist*, 43, 455-464.
- HARE-MUSTIN, R., & MARECEK, J. (1990). Gender and the meaning of difference: Postmodernism and psychology. En R. Hare-Mustin & J. Marecek (comps.), *Making a difference. Psychology and the construction of gender* (pp. 22-64). New Haven: Yale University Press. (Trad. cast., Barcelona: Ed. Herder, 1994).
- HARE-MUSTIN, R. & MARECEK, J. (1997). Abnormal and clinical psychology: The politics of madness. En D. Fox e I. Prilleltensky (comps.) *Critical Psychology. An introduction* (pp. 104-120). Londres: Sage.
- HIGGINBOTHAM, H.N., WEST, S.G., & FORSYTH, D.R. (1988). *Psychotherapy and behavior change. Social, cultural and methodological perspectives*. Nueva York: Pergamon Press.
- HOFFMAN, L. (1992). A reflexive stance for family therapy. En S. McNamee & K.J. Gergen (Comps.), *Therapy as social construction* (pp. 7-24). Londres: Sage. (Trad. cast., Barcelona: Paidós, 1996).
- HORWITZ, A.V. (1982). *The social control of mental illness*. Nueva York: Academic Press.
- IBÁÑEZ, E. (1994). *Psicología y obesidad*. En F.J.C. Soriquer Escofet (Comp.). *La obesidad* (pp. 149-158). Madrid: Díaz de Santos.
- KOCH, S. (1985). The nature and limits of psychological knowledge. Lessons of a century qua “science”. En S. Koch & D.E. Leary (Comps.), *A century of psychology as science* (pp. 75-99). Nueva York: McGraw-Hill.
- LAUNGANI, P. (1992). Cultural variations in the understanding and treatment of psychiatric disorders: India and England. *Counselling Psychology Quarterly*, 5, 231-244.
- LOEWENTHAL, D. (1996). The postmodern counsellor. *Counselling Psychology Quarterly*, 9, 373-382.
- LORBER, J., & FARRELL, S.A. (1991) (Comps.). *The social construction of gender*. Londres: Sage.
- LUPTON, D. (1994). *Medicine as culture. Illness, disease, and the body in Western societies*. Londres: Sage.
- MAHONEY, M.J. (1985). Psychotherapy and human change processes. En M.J. Mahoney, & A. Freeman (Comps.), *Cognition and psychotherapy* (pp. 1-48). Nueva York: Plenum Press. (Trad. cast., Barcelona: Paidós, 1988).
- MCCREARY, D.R., WONG, F.Y., WIENER, W., CARPENTER, K.M., ENGLE, A., NELSON, P. (1996). The relationship between masculine gender role stress and psychological adjustment: A question of construct validity? *Sex Roles*, 34, 507-516.
- MCNAMEE, S., & GERGEN, K.J. (1992a) (Comps). *Therapy as a social construction*. Londres: Sage.
- MCNAMEE, S., & GERGEN, K.J. (1992b). Introduction. En S. McNamee & K.J. Gergen (comps.), *Therapy as social construction* (pp. 1-6). Londres: Sage. (Trad. cast., Barcelona: Paidós, 1996).
- MESA, P., RODRÍGUEZ, J.M., & BLANCO, A. (1989). Planteamientos clínicos y modelos explicativos de la anorexia nerviosa. *Boletín de Psicología*, 25, 75-102.

- MILLER, G.A. (1985). The constitutive problem of psychology. En S. Koch & D. Leary (Comps.), *A century of psychology as science* (pp. 40-45). Nueva York: McGraw-Hill.
- NEZU, A.M., NEZU, C.M., DEANER, S.L. & D'ZURILLA, T.J. (1997). El estado de la cuestión de los enfoques en resolución de problemas. En I. Caro (Comp.), *Manual de psicoterapias cognitivas. Estado de la cuestión y procesos psicoterapéuticos* (pp. 171-179). Barcelona: Paidós.
- PARDECK, J.T., & MURPHY, J.W. (1993). Postmodernism and clinical practice: A critical analysis of the disease model. *Psychological Reports*, 72, 1187-1194.
- PARKER, I., GEORGACA, E., HARPER, D., MCLAUGHLIN, T., & STOWELL-SMITH, M. (1995). *Deconstructing psychopathology*. Londres: Sage.
- PINILLOS, J.L. (1994). El segundo frente de la psicología científica. *Papeles del Colegio*, 59.
- PINILLOS, J.L. (1997). *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*. Madrid: Espasa Calpe.
- PRILLELTENSKY, I. (1989). Psychology and the status quo. *American Psychologist*, 44, 795-802.
- RADLEY, A. (1994). *Making sense of illness. The social psychology of health and disease*. Londres: Sage. (edición de 1995).
- SEOANE, J. (1997). Prólogo. El escenario postmoderno de la psicología social. En G. COLLIER, H.L. MINTON & G. REYNOLDS (Comps.), *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Ed. Tecnos. (Original, 1991).
- SPROCK, J., & YODER, C. (1997). Women and depression: An update on the report of the APA Task Force. *Sex Roles*, 36, 269-303.
- WAKEFIELD, J.C. (1992). The concept of mental disorder. On the boundary between biological facts and social values. *American Psychologist*, 47, 373-388.
- WIENER, M. (1989). Psychopathology reconsidered: Depressions interpreted as psychosocial transactions. *Clinical Psychology Review*, 9, 295-321.
- WIENER, M., MARCUS, D. (1994). A sociocultural construction of "depressions". En T.R. Sarbin & J.I. Kitsuse (Comps.), *Constructing the social* (pp. 213-231). Londres: Sage.
- WILKINSON, S. (1997). Feminist psychology. En D. Fox e I. Prilleltensky (Comps.), *Critical psychology. An introduction* (pp. 247-264). Londres: Sage.
- WOLFE, B. E. (1984). Gender ideology and phobias in women. En C. Spatz Widom (Comp.), *Sex roles and psychopathology* (pp. 51-73). Nueva York: Plenum Press.

ASOCIACION ESPAÑOLA DE PSICOTERAPIAS COGNITIVAS (ASEPCO)

La Asociación Española de Psicoterapias Cognitivas (ASEPCO) agrupa a profesionales de la Psicoterapia y a psicólogos en formación de orientación cognitiva. En la actualidad subsisten diferentes modalidades psicoterapéuticas que pueden ser denominadas genéricamente como Psicoterapias Cognitivas. La necesidad de facilitarles un marco institucional y asociativo en nuestro país ha dado origen a nuestra Asociación, que en fecha 27 de octubre de 1992 ha sido reconocida por el Ministerio del Interior e inscrita con el número 113.710 en el registro de Asociaciones.

Socios:

ASEPCO cuenta con una sección integrada por psicoterapeutas acreditados de acuerdo con los criterios establecidos por la FEAP (Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas) y admite como socios adherentes a todos aquellos que se hallen en periodo de formación. Para formar parte de la Asociación se requiere presentar una solicitud de ingreso, acompañada de la siguiente documentación:

- a) Titulación (fotocopia del original),
- b) Curriculum personal, profesional y académico documentado,
- c) Justificante de haber satisfecho la cuota de ingreso.

Objetivos:

- Fomentar la investigación y el estudio en psicoterapia cognitiva.
- Promover la formación permanente de los miembros acreditados y posibilitar la acreditación de los miembros adherentes.
- Organizar actividades de divulgación científica tales como conferencias y congresos.
- Colaborar con entidades afines y establecer lazos institucionales con asociaciones homólogas de ámbito internacional.

Información e inscripciones:

- Para inscribirse como socio de ASEPCO enviar la documentación requerida y la cuota de ingreso mediante un talón a nombre de ASEPCO (ASOCIACION ESPAÑOLA DE PSICOTERAPIAS COGNITIVAS) por el importe de 5.000 pts.

Dirigir toda la correspondencia a:

**ASEPCO. C./ Numancia 52, 2º 2ª 08029 - BARCELONA
Tel.: (93) 321.75.32**

EL POSTMODERNISMO COMO UNA FORMA DE HUMANISMO

Kenneth J. Gergen

Psychology Department, Swarthmore College,
Swarthmore, PA 19081 USA

The impact of postmodern thought on traditional humanistic psychology is examined, and the conclusion is reached that the effect of the postmodern argument is to undermine the grounding principles for a moral, human and generative society. However, by revisiting such concepts as agency and experience in terms of the primacy of relationship, postmodernism urges us to create multiple ways of generating integrative conversation, in a way that is congenial with the deepest hopes of the humanistic tradition.

En los mejores días del existencialismo francés se estaba gestando un importante movimiento entre muchos pensadores humanistas franceses. Las teorías existencialistas parecían plasmar ideas muy populares entre los humanistas. La base de la teoría existencialista era la agentividad individual; se trataba, por lo tanto, de una teoría eminentemente defensora de la subjetividad humana y la libertad. Pero la corriente existencialista parecía estar falta de un componente muy especial: un sentido moral o una dirección ética. Parecía que los existencialistas sacrificaban demasiado a menudo la sensibilidad ética por el “acto gratuito” – la acción espontánea y completamente libre de cargas comunes, históricas o institucionales que representaba la expresión por excelencia de la verdadera libertad. La obra de Sartre *Existencialismo y Humanismo* (1977) quería ser, a la vez, una réplica a las críticas que había recibido y un intento de demostrar que la teoría existencialista establecía una base moral.

A pesar de las debilidades de las argumentaciones de Sartre, el presente artículo pretende seguir los ecos de la defensa de Sartre –pero esta vez en el contexto del pensamiento postmoderno. Porque, de acuerdo con mi punto de vista, en la medida en que la escuela postmoderna se ha desarrollado, creciendo en importancia y enlazándose con las humanidades y las ciencias sociales, durante un tiempo pareció ser una franca aliada del humanismo. El pensamiento postmoderno, con su

crítica de la obsesión de las ciencias del comportamiento por reducir la acción humana a escalas de medición, impulsos biológicos, potenciales de respuesta, mecanismos mentales y a otras metáforas devastadoras, mediante las que se pretende colonizar a la humanidad, ha añadido un importante arsenal de argumentos. En este sentido, el postmodernismo jugó un papel paralelo al existencialismo de las décadas anteriores, contribuyendo decisivamente al humanismo. Pero, mientras se ha ido desarrollando este diálogo, los humanistas han empezado a encontrar fallos en el postmodernismo. Si hacemos un análisis más detallado, vemos que muchas concepciones y muchos valores de la tradición humanista han sido aparentemente abandonados o destruidos por el pensamiento postmoderno. Se dice que el postmodernismo, con su relativismo endémico, carece de cualquier compromiso moral o ético; parece no ofrecer ninguna razón para rechazar los actos más viles e inhumanos. Su mentalidad según la cual “todo vale” parece moralmente deficiente, incluso repulsiva.

En este artículo, mis intenciones son, en primer lugar, analizar las implicaciones críticas del pensamiento postmoderno en la tradición humanista y, en segundo lugar, explorar las potencialidades de dicho pensamiento para engendrar formas de vida cultural. En este artículo se afirma que los humanistas han subestimado, de forma general, las implicaciones críticas del postmodernismo para su proyecto. “El relativismo creciente” es sólo el principio de lo que se puede entender como una tendencia a gran escala hacia una desesperación humanista. Sin embargo, como intentaré demostrar más adelante, podemos introducir en medio de toda la panoplia de escritos postmodernos una horizonte alternativo de comprensión. Y si ponemos en juego los potenciales de este particular discurso, nos enfrentaremos a la posibilidad de redefinir el humanismo. Distinguiremos una nueva y significativa forma de hacer realidad la visión humanista del bien general.

POSTMODERNISMO: UNA RELACIÓN DE LOS PROBLEMAS CAUSADOS AL HUMANISMO.

De entrada, quiero exponer que, según mi parecer, las formas de argumentación derivadas de los diálogos postmodernos son potencialmente letales. Es decir, tienen la capacidad de destruir, invalidar o volver sospechosa –incluso vacía de sentido– cualquier forma de defensa, declaración, autoridad o protesta –incluidas las propias. El tipo de argumentaciones desarrolladas bajo los auspicios de la crítica ideológica (p.ej. marxismo, feminismo, movimiento gay, movimiento afro-americano), de la teoría literaria post-estructural (p. ej. teoría deconstruccionista, teoría de la respuesta del lector) y de la teoría construccionista social, son “las peores armas” de la generación actual de pensadores. Si se me permite la expresión, no queda nada que decir –o hacer. Para no desviarnos del tema de este artículo, analizaremos sólo algunos de los potenciales de la crítica postmoderna, aquellos que, en este caso, mantienen alguna relación con las hipótesis principales de la

tradición humanista. Ninguna de las críticas que aparecen en este artículo son citas de ningún autor postmoderno en particular (lo que sería problemático en vista de la postmoderna “muerte del autor”) pero el lector relacionará sin duda algunas teorías con sus autores. Por ejemplo: Richard Rorty (1989), Jacques Derrida (1976), Michael Foucault (1979), Alasdair MacIntyre (1981), Judith Butler (1990), Ed Sampson (1988), John Shotter (1993) Ted Sarbin (1984), Rachael Hare-Mustin (1988) y algunas de mis hipótesis sobre construccionismo social (Gergen, 1994).

La experiencia subjetiva

En la tradición humanista la experiencia subjetiva individual es de una importancia primordial. Mi experiencia consciente es inseparable de mi identidad como ser humano (por ejemplo, una persona que ha sufrido un accidente de tráfico y que nunca recuperará la consciencia y vive gracias a una máquina adquiere de inmediato un valor marginal al perder la identidad). Honrar la subjetividad única de cada individuo es hacer viable el proyecto de humanidad. ¿Pero se pregunta la crítica postmoderna cuál es la base de nuestra fe en la experiencia privada, según la cual la experiencia interior se opone a la realidad exterior, y la psicología a la realidad material? Este binomio sujeto-objeto no puede sustentarse gracias a “lo que hay”; no existen justificaciones filosóficas viables para hacer ninguna distinción. ¿No es este compromiso metafísico, pues, el producto de una situación histórica y cultural única? ¿No existen millares de formas más de definir la consciencia humana? Y, por lo tanto, ¿no existen en el mundo múltiples caracterizaciones de la acción humana que no mencionan la consciencia humana? Y si el concepto de la subjetividad humana es opcional, un producto fabricado por nosotros desde nuestra cultura, ¿qué podemos decir a favor de nuestra objetivización colectiva de este concepto? ¿No es este concepto un mecanismo de justificación de una tradición basada en el individualismo independiente, en la que el estado de la subjetividad adquiere una importancia primordial y en la que el narcisismo se convierte en un pasatiempo cultural?

La agentividad humana

El concepto de agentividad humana está estrechamente relacionado con el de subjetividad individual. Y es dentro de los límites de la consciencia individual donde se sitúan la deliberación y la elección. Y es la elección deliberada la que da a la consciencia su carácter diferencial. Sin embargo, esta concepción de la agentividad humana añade una nueva e importante dimensión al proyecto humanista tradicional, ya que sitúa los orígenes de la acción, y por lo tanto de la sociedad positiva, en el individuo. La agentividad nos permite acabar con los patrones de conducta perjudiciales para el bienestar del hombre, y dirigirnos hacia un futuro más prometedor. Pero es en este punto donde el postmodernismo vuelve a entrar en acción. En este caso ya había abundantes antecedentes: el concepto de agentividad

ya se había visto gravemente perjudicado por la ciencia del siglo XX, que sostiene la teoría de que el término acción individual debe ser entendido teniendo en cuenta las condiciones que lo hicieron posible, y que el concepto de agentividad es un vestigio indeseable de la metafísica medieval oscurantista. Pero los argumentos postmodernistas nos confunden todavía más. Con el postmodernismo vemos como el concepto de agentividad pierde peso a causa de la precedente decostrucción de la consciencia. Pero los conceptos de agentividad y de consciencia son tan inseparables que prescindir de uno significa prácticamente prescindir del otro. (No podemos tolerar fácilmente, por ejemplo, la idea de que la agentividad personal escape al control consciente). Es más, siguiendo con las cuestiones del postmodernismo, ¿por qué tenemos que suponer que existe una fuerza oculta (una cripto-voz o Doppelganger) que mueve los hilos de la acción externa? No sólo no existen razones de peso para suponer tal cosa, sino que el solo hecho de querer avanzar en esta dirección conlleva una problemática doble: la de explicar las propias acciones públicas y, además, la fuerza que se supone que las controla. Lo que sería casi lo mismo que admitir que existe un dios que dirige los movimientos de las nubes, o las erupciones de los volcanes; lo que generaría, a su vez, un enigma doble: sobre el carácter natural del tiempo y sobre los sentimientos de la supuesta fuerza sobrenatural. Y esto no es todo, porque ¿cómo sería posible la deliberación libre e ilimitada? ¿Cómo podríamos tomar decisiones morales propias, más allá de la influencia de los demás? Si suprimiésemos el lenguaje cultural –el lenguaje de la justicia, del valor moral, de la igualdad, etc., ¿en qué nos basaríamos para deliberar? Si le quitamos a un individuo la cultura, dejándole completamente libre de escoger ¿no nos arriesgamos a dejarlo vacío, sin tan siquiera poder comprender qué significa “escoger”?

La libertad individual

Para muchos humanistas, el concepto de libertad es uno de los principales componentes de la tradición. Estos pensadores subrayan el hecho de que debemos respetar la libertad de todos y cada uno de los individuos –dotados como están de una subjetividad única y de la capacidad de llevar a cabo acciones libres y responsables. Y es en este principio en el que se basa la idea de los derechos inalienables del hombre, los derechos a la acción individual libre – sin la interferencia del control de los demás. Sin embargo, con la experiencia subjetiva puesta en duda por los postmodernos, y por lo tanto también el concepto de agentividad individual, ¿cómo vamos a entender el concepto de libertad? Si la deliberación consciente se convierte en un producto cultural, al igual que el principio de agentividad humana, ¿no estamos menospreciando el concepto de libertad y, de paso, nuestro compromiso con los derechos fundamentales del hombre? Y, como sugieren muchas feministas, habría que prestar mucha atención a la cómoda expresión “derechos del hombre”. Porque, ¿no tuvo la valoración de la libertad unos

orígenes claramente androcéntricos? ¿No fue un intento de justificar la libertad del varón, particularmente, de los compromisos, de la familia, de todas las formas de interdependencia?

Evidentemente, se puede refutar la consideración del concepto de libertad como fundacional. Podemos adoptar un enfoque más instrumental, bajo cuya influencia se utilizan las palabras “libertad” y afines (“derechos”, “independencia”, “justicia”) básicamente para condenar situaciones opresivas. La libertad, en este caso, sirve tanto para realizar una evaluación moral como para reivindicar la emancipación. Esta es, sin duda, una réplica razonable, pero no profundiza lo suficiente. Porque en un mundo de moralidades pluralistas las opresiones se pueden entender desde muchos puntos de vista, y la emancipación de un grupo significa la esclavización de otro. Creo que tendríamos que tener presente el drástico incremento de las “reivindicaciones de derechos” durante la última década. Estas reivindicaciones son tan poderosas o injuriosas que los autores suspicaces, sino insensibles, empiezan a hablar de la “verborrea de los derechos”. Es evidente que no basta con una libertad como una forma de retórica.

La responsabilidad moral

Como hemos insinuado antes, los conceptos de subjetividad y agentividad están estrechamente relacionados con el principio de responsabilidad moral. A pesar de que el individuo es, en principio, libre para escoger, la elección va siempre acompañada de una responsabilidad de acción basada en el principio de no perjuicio o coacción injustificada a los demás. Todos los individuos son, por lo tanto, responsables de sus actos, y pueden verse penalizados o premiados en virtud de su comportamiento hacia los demás. Cualquier sociedad humana o ética se sustenta sobre la responsabilidad moral de los individuos que la componen. Pero, al igual que como pasaba con la problemática de la consciencia, la agentividad individual y la libertad, la justificación de la responsabilidad moral se está desvaneciendo rápidamente. ¿Pero cómo vamos a ser responsables de nosotros mismos, si no contamos con una guía propia y no cultural? O, por poner un ejemplo más concreto, ¿cómo podría el héroe moralmente avanzado de Kohlberg generar una serie de principios morales individuales si no es gracias a los recursos que le ofrece la cultura que tiene a su disposición? Y si escuchamos los consejos de nuestra cultura, ¿a cuál de sus múltiples voces haremos caso? Porque ¿no somos todos, como diría Bakhtin, algo parecido a una novela polifónica, que se hace eco de muchas voces y refleja muchas tradiciones? Y, si es verdad que heredamos un sistema moral plural, ¿en qué nos basaremos para escoger, si no es también en otra herencia cultural? Y, finalmente, si la deliberación moral es intrínsecamente cultural, ¿cómo justificaremos el hecho de responsabilizar a los individuos de lo que ocurre en la sociedad? ¿No es la culpa individual una mistificación provocada por nuestra condición de interdependencia? En breve volveremos a tratar este tema.

DEL HUMANISMO INDIVIDUAL AL HUMANISMO RELACIONAL

Lo que hemos expuesto hasta ahora (que es común a todos los diálogos postmodernos) erosiona los fundamentos del humanismo tradicional, los principios básicos en los que muchos de nosotros hemos depositado nuestra fe, en búsqueda de una sociedad moral, humana y creativa. Además, no es fácil refutar sus teorías (sin dejarse llevar por antipatías irracionales) por cuanto las refutaciones también pueden ser invalidadas partiendo del punto de vista ideológico, retórico, de estas teorías. Y, si sucumbimos por un momento ante la fuerza de los argumentos deconstructivos, y hacemos que se vuelquen contra ellos mismos, básicamente “deconstruyendo” la deconstrucción, entonces se acaba la discusión. Se acaba el diálogo. Pero no nos gustaría concluir este artículo de una forma tan lamentable. Porque, de hecho, el sentido de este nihilismo se puede justificar sólo desde la propia perspectiva tradicional. Si logramos contextualizar por un momento esta perspectiva, es decir, considerarla como una de las muchas perspectivas posibles, entonces podremos preguntarnos, en primer lugar, cuál es el potencial del pensamiento humanista para engendrar una sociedad humana y, en segundo lugar, cuáles son los potenciales positivos del discurso postmoderno.

Respondiendo a la primera cuestión, no está muy claro que acogernos a nuestro legado humanista sea la mejor solución. No hay muchas evidencias de que nuestra fe en la agentividad individual, la libertad y la deliberación moral –tan importantes para la tradición occidental por lo menos desde la Ilustración hasta la actualidad– haya contribuido al trato humano de las personas. La aniquilación masiva de pueblos enteros no ha disminuido desde el siglo XVII (esta época se identifica muy a menudo precisamente con los orígenes del pensamiento humanista).

Es más, a medida que vamos avanzando hacia la globalización, resulta cada vez menos evidente que los principios humanistas nos sirvan para respetar la diversidad – a los que no tiene los mismos valores y creencias que nosotros. El humanismo no sólo evita las metafísicas contrarias (incluido el postmodernismo), sino que favorece una concepción del individuo como un ser básicamente aislado, solo ante su experiencia subjetiva, tomando sus propias decisiones sin la influencia molesta de la opinión social. Lo mejor que se puede esperar de una perspectiva de este tipo es que la situación futura del mundo permita la coexistencia pacífica, en la que cada individuo sea independiente de los demás (con cada individuo y cada cultura persistiendo en sus propias convicciones). Sin embargo, la situación del mundo ya no nos permite vivir en este estado de independencia; estamos descubriendo nuestra vida en común en un mundo que tiene muchas probabilidades de naufragar. Bajo tales condiciones, reivindicar la supremacía del individuo es favorecer un devastador conflicto de pueblos que buscan, por encima de todo, su propia supervivencia.

Llegados a este punto, me gustaría dirigir la discusión hacia un terreno más positivo. Más que descalificar y menospreciar los argumentos del postmodernismo,

deberíamos considerarlos más seriamente. Exploremos, por lo tanto, las múltiples implicaciones de sus principios para comprender mejor sus potenciales. Si hacemos un análisis más serio, ¿encontraremos indicios que nos sirvan para la creación de una sociedad humana? Evidentemente, hay muchas tendencias distintas dentro de la argumentación postmoderna, con substanciales diferencias entre sus respectivas implicaciones. Sin embargo, en mi opinión, existe un dominio del discurso que resulta muy prometedor para la mejora de las relaciones humanas en un mundo a punto de naufragar. Nos centraremos en primer lugar en la emergente red de teorías del lenguaje entrelazadas. Los pensadores postmodernos tienden a rechazar la idea de que el lenguaje que usamos para referirnos al mundo (o a nosotros mismos) funcione como un espejo o como un esquema, o, lo que es lo mismo, que mantenga necesariamente una clara relación con una serie de referentes reales. Por el contrario, el pensamiento postmoderno suele preferir teorías del lenguaje que nos recuerdan a Wittgenstein, o basadas en el uso (neopragmatismo). Se pone un especial énfasis en el significado como una parte indisociable del uso: las palabras deben su significado a la intención de las personas de coordinar sus actos con varias comunidades. En este sentido, el significado del lenguaje tiene su origen en las relaciones que se establecen entre las personas. La mente individual deja de ser el origen del significado para pasar a serlo las relaciones. Es más, nuestras capacidades lingüísticas (pensar, lograr que nos comprendan, contarnos como individuos agentes) nacen de las relaciones. Las relaciones son anteriores a la existencia individual, y no al contrario.

Si logramos demostrar la preeminencia de las relaciones en nuestro intento de fomentar la comprensión humana, tendremos que replantearnos los principios básicos de la tradición humanista. ¿Podemos, en concreto, revisar los conceptos humanistas en lo que se refiere a las relaciones humanas, modificándolos de tal forma que empiecen a basarse en las relaciones? Pero antes de revisarlos según una ontología relacional, analicemos sus implicaciones para el bienestar humano.

La experiencia y sus principios relacionales

Antes hemos cuestionado el binomio sujeto-objeto en el que se basa el concepto de experiencia subjetiva o personal. ¿Y si abandonásemos este binomio e intentásemos redefinir la experiencia a partir de las relaciones? La experiencia, en este caso, no consistiría en una especie de espejo interior que refleja la realidad exterior, sino en participar de una relación o de un sentido de unidad, un estar con. Este tipo de redefinición no es muy distinta de las desarrolladas por muchos fenomenólogos, desde Husserl hasta Merleau-Ponty (o de las de una gran proporción del pensamiento oriental). Sin embargo, desde un punto de vista relacional, debemos añadir una dimensión muy importante a estos intentos de romper con la dicotomía sujeto-objeto. Debemos definir, en particular, las características de la experiencia puntual de las relaciones en las que participamos en un momento dado.

En este caso, experimentar alegría o tristeza es manifestar distintas formas de relación. Mi más reciente concepción de la realidad depende de mi historia personal dentro de la cultura. En efecto, la experiencia de “felicidad” sólo puede existir a través de una serie concreta de prácticas coordinadas dentro de la cultura (por ejemplo, este es el caso de las relaciones en las que pensamos que hay felicidad y de las condiciones que hacen que experimentemos tal felicidad). De esta forma, la unidad fenomenal de la experiencia (a la que normalmente designamos como “percepción” o “experiencia del mundo”) sería una extensión de la relacionalidad. O lo que es lo mismo, en gran medida la “experiencia consciente” es relacionalidad vista a través de nuestros ojos. Relacionalidad constituye la preestructura de las condiciones de nuestra inmersión inmediata en la vida ajetreada.

La falta de espacio me impide seguir analizando este tema más detalladamente. Sin embargo, si conseguimos redefinir la “experiencia subjetiva” como un proceso relacional, tendremos que replantearnos el hecho de que nuestras subjetividades estén aisladas, separadas o alejadas de las de los demás, escapándose a la comprensión de los demás. Más bien nos percibimos a nosotros mismos como productores y producto de “lo otro”. De algún modo, somos los demás, nuestras consciencias nacen las unas de las otras. Que mi vida cobre sentido aquí y ahora depende esencialmente de que te imite, de que actúe como una réplica parcial tuya. Si fracaso al hacer mi réplica, también fracasaré en mi intento de encontrar un sentido para mi vida. Le debo todo lo que soy a mis relaciones y todo lo que me produce dolor puede cambiar sólo a través de las relaciones. La subjetividad individual, entonces, no es un carácter de diferenciación, sino de relacionalidad. Y el hecho de luchar por una mejor calidad no es un acto narcisista sino de grupo.

La agentividad y el compromiso relacional

En lugar de ver a los individuos como a la fuente de sus propios actos (una teoría que nos lleva hasta Dios), dejemos de lado de una vez por todas el binomio libre albedrío- determinismo. No tenemos porqué hablar de estos lenguajes simbióticos y tampoco estamos obligados a escoger una de las dos posturas opuestas. Es preferible considerar la acción individual como necesariamente circunscrita dentro del marco de las relaciones. Adquirimos el “ímpetu” (una motivación, la consciencia del valor o un deseo) según la manera en que nos involucramos en las relaciones. (Por ejemplo, ¿por qué nos esforzamos por tener una buena autoestima si no es a causa de nuestra particular situación en la cultura occidental en un determinado momento de la historia?)

Nuestra vida adquiere una dirección (o telos) determinada, no porque gocemos de una motivación, una vocación o una tendencia natural, sino a causa de las formas de relación en las que participamos. La agentividad, por lo tanto, tendría que ser definida como una forma de compromiso relacional (“querer” significa “querer con”, “escoger” significa reflejar la situación de la propia relacionalidad.

Si vemos el impulso hacia la acción como un producto del compromiso relacional, también deberíamos replantearnos los conceptos de culpa y responsabilidad. Porque si seguimos diciendo que los individuos son responsables de sus actos, nos volvemos a definir a nosotros mismos como una especie de dios -en este caso como el juez supremo que decide qué está bien y que está mal-. Y al divinizarlos en realidad negamos cualquier participación en la cultura, considerándonos a nosotros mismos como supervisores divinos, por encima de los actos de los demás mortales. Al contrario, si vemos la acción como un resultado de la relación, nuestras sensibilidades se ordenan de forma horizontal. Y queremos destacar que esto posibilita una postura de *responsabilidad relacional*, en la que se enfocan los actos más horribles y atroces desde la curiosidad por el contexto. Es decir, se amplía el alcance de la responsabilidad, al plantearnos cómo las relaciones en las que el individuo que yerra participa (personal, mediada y ambientalmente) le han conducido a esta situación. Y además de ampliar el contexto relacional para incluir a muchos más individuos, deberíamos analizar las relaciones y sus incidencias en los actos en cuestión. Y si nuestra visión es suficientemente amplia quizás llegaremos a la conclusión de que también nosotros somos, en parte, cómplices. La culpa y la responsabilidad se reparten entre los miembros de una comunidad, y, evidentemente, en relación a la cultura. Se nos estimula, pues, a implicarnos en acciones orientadas a propiciar un futuro más prometedor. (Llegados a este punto creo que deberíamos reflexionar sobre nuestra participación en, por ejemplo, problemas como drogas, violaciones, homicidios, desempleo).

La libertad como expresión polifónica

Bajo el punto de vista del humanismo tradicional, el concepto de libertad se entiende como una especie de individualidad que sigue un curso independiente, como la expresión de una agencia completamente independiente. El individuo puede *escoger* sin tener en cuenta, y evidentemente con algún recelo, el resto de la cultura. Si las condiciones en las que vivimos son opresivas, se las suele desvincular, como hemos visto, de uno mismo, atribuyendo a menudo las culpas a los demás. Si nos vemos obligados a soportar un matrimonio, una amistad, una comunidad, o incluso un sistema político que nos son desagradables, tendemos a acogernos al discurso humanista y decimos que queremos “romper cadenas”, liberarnos de la opresión, y volver a un estado de verdadera libertad o independencia. Como afirman Bellah *et al.* (1985), este tipo de pensamiento favorece la disolución de los matrimonios y el desinterés por la vida política y comunitaria. “Si la relación no me resulta beneficiosa, si coarta mi desarrollo, entonces prefiero la libertad”.

Al contrario, el punto de vista relacional afirma que no podemos olvidar las exigencias de las relaciones si queremos contextualizar la agencia. No podemos prescindir de las relaciones. Y evidentemente la propia sensación de ser un individuo agente, las sensaciones de placer y angustia provocadas por el intercam-

bio y la búsqueda de libertad están condicionadas por nuestra historia particular de relaciones. Proponemos, en primer lugar, una disminución de la tendencia de derivar las culpas sobre los demás o sobre las circunstancias, y un aumento del estudio de la forma en que influimos en las condiciones consideradas como opresivas. En segundo lugar, nos gustaría también que se tuvieran en cuenta factores más amplios que determinan o conforman nuestra situación. Finalmente, debemos considerar también las formas alternativas de relación que experimentaremos si logramos la “libertad”. Una situación de libertad y acción individual -desconectada de la vida social- deja a su protagonista anclado en los residuos de las relaciones anteriores, y a largo plazo esto puede incapacitarle para participar de lleno en la vida cultural. No nos movemos desde las presiones hacia la libertad, sino desde una serie de exigencias relacionales hacia otra.

La moral como conversación infinita

Antes nos hemos preguntado si unos cuantos siglos de reinado de los principios morales han contribuido a mejorar la situación del hombre. A pesar de que nos resultaría muy difícil responder afirmativamente, lo que sí que podemos decir es que la liberación moral es una forma más eficaz de humanidad que la fuerza de las armas. El uso del discurso moral para solucionar problemas complejos de conflictos y angustias es, en este sentido, positivo para la evolución cultural. Sin embargo, los principios morales siguen sirviendo como excusas para los actos más atroces y brutales, desde las cruzadas hasta la Inquisición y hasta el asesinato de un médico abortista por parte de “defensores de la vida”. Además, a medida que el mundo se convierte en un espacio de convivencia con sub-culturas o civilizaciones distintas a la nuestra, la deliberación moral adquiere una eficacia mayor. En la lucha entre opiniones irreconciliables (ej.: abortistas contra antiabortistas; fundamentalismo islámico contra cristianismo; gays contra tradicionalistas), el recurso de la justificación moral suele intensificar el conflicto. El mundo postmoderno necesita avanzar en una nueva dirección en lo que se refiere a recursos culturales.

Analicemos ahora más detalladamente la alternativa relacional. Como hemos visto, la importancia que muchos autores postmodernos otorgan a las relaciones intenta, en primer lugar, reducir la tendencia a desplazar el juicio moral hacia los demás (o hacia uno mismo). Estos autores nos invitan a ampliar esta responsabilidad al sistema de relaciones en las que se originan los conflictos o las malas acciones. Pero ¿cómo nos enfrentaremos a los conflictos entre tradiciones morales irreconciliables, si no nos sentimos identificados con las pautas preferidas de los demás?. En este caso, a causa de su énfasis en la construcción comunitaria de la verdad y del bien, el relacionalismo postmoderno abogaría por alterar las relaciones discursivas. La cuestión no sería “solucionar el problema” de la superioridad moral, o agrupar a las personas según sus creencias, sino encontrar la manera de mezclar los discursos, permitiendo a los significados circular libremente y formar combinacio-

nes nuevas, metáforas nuevas, y, en definitiva, formas nuevas de interdependencia.

Lo más importante es que la tendencia postmoderna no impide la debilidad moral y el interés por los principios morales. Si lo hiciera, acabaría con la tradición, y sin tradición no existiría la comprensión. Lo que se pretende es dar una respuesta alternativa a las situaciones tradicionales, en las que se favorece un determinado juicio moral, invitando a las personas a empezar una conversación, que es una forma de relación. Los principios morales tienen el efecto de acabar con la conversación. Al final uno debe buscar su racionalidad en declaraciones poco defendibles: “Esta es mi opinión”; “No voy a cambiar de opinión”, “Esto es cierto porque es cierto”. Lo que lleva a la pérdida de contacto. En cambio, el punto de vista relacional nos exige como científicos y profesionales humanos buscar maneras -múltiples maneras- de generar una conversación integradora. Porque si logramos crear este tipo de recursos culturales, haremos una gran contribución a la expresión y a la pacífica mezcla de múltiples opiniones -tanto en la cultura como en el mundo entero. En mi opinión, esta teoría coincide con los objetivos de la teoría humanista.

En este artículo se analiza el impacto del postmodernismo en la psicología humanista tradicional para llegar a la conclusión de que la consecuencia principal del razonamiento postmoderno es la destrucción de los principios básicos para cualquier sociedad moral, humana y creativa. Sin embargo, al revisar algunos conceptos como los de agentividad y experiencia en lo referente a la primacía de las relaciones, el postmodernismo nos obliga a inventar múltiples maneras de generar conversaciones integradoras, de un modo acorde a las esperanzas más profundas de la tradición humanista.

Palabras Clave: *postmodernismo, humanismo, agentividad*

Traductora: Núria Álvarez Puig

Nota Editorial.

Este artículo apareció con el título “Postmodernism as a Humanism” en *The Humanistic Psychologist*, 23, pp. 71-82, 1995. Agradecemos al autor y a los editores el permiso para su publicación.

Referencias bibliográficas:

- BELLAH, R. *et al.* (1985). *Habits of the heart*. Berkeley: University of California Press.
- BUTLER, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- DERRIDA, J. (1976). *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- FOUCAULT, M. (1979). *Discipline and punish. The birth of the prison*. New York: Random House.
- GERGEN, K.J. (1994). *Realities and relationships*. Cambridge: Harvard University Press.
- HARE-MUSTIN, R., & MARECEDK, J. (1988). The meaning of difference: gender theory, postmodernism, and psychology. *American psychologist*, 43, 455-464.
- MACINTYRE, A. (1981) *After virtue*. Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame Press.
- RORTY, R. (1989). *Contingency, irony, and solidarity*. New York: Cambridge University Press.
- SAMPSON, E.E. (1988). The debate on individualism, *American Psychologist*, 43, 15-22.
- SARBIN, T. (ed.) (1984). *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*. New York: Praeger.
- SARTRE, J.P. (1977). *Existencialism and Humanism*. (P.Mairet, Trans.) Brooklyn, NY: Haskell.
- SHOTTER, J. (1993). *Cultural politics of everyday life*. Toronto: University of Toronto Press.

¿UNA PSICOTERAPIA SIN FUNDAMENTOS? LA HERMENÉUTICA, EL DISCURSO Y EL FIN DE LA CERTIDUMBRE

John Stancombe

Hospital Cherry Tree Cherry. Tree Lane, Stockport, SK7 7PZ, UK

Susan White

Universidad de Manchester, Williamson Building, Oxford Road
Manchester M13 9PL, UK

Over the last decade the therapeutic industry has begun to question the foundations for its own knowledge claims. Unable to retreat into logic-empiricism and naïve realism because of its own internal critique of these philosophical positions, it has sought solace in hermeneutics and postfoundationalist epistemology. Through an examination of debates within psychotherapy process research, it is possible to chart the development of this linguistic turn. The end of the search for therapeutic certainties has certain repercussions which have, hitherto, been neglected by theorists and clinicians, whose desire to escape some of the constraints of scientism sits uneasily alongside an unshakeable commitment to therapeutic practices which are essentially normative.

Key words: contingency, narrative, postfoundationalism, research therapy.

INTRODUCCIÓN

La relevancia de la “psicoterapia” en las sociedades occidentales contemporáneas está ampliamente documentada, pero su auge ha sido descrito de maneras distintas, por ejemplo Giddens (1991, pág. 32) afirma que la terapia se ha convertido en “una versión secular del confesionario” y que es una muestra de la propuesta de autorreflexión de la época actual, mientras que Rose (1989) y Miller y Rose (1994) sugieren que se trata más bien de una nueva forma de autoridad mediante la cual la mayoría puede ser transformada por una minoría.

Sea lo que fuere, la actividad psicoterapéutica ha empezado a cuestionarse los fundamentos de sus propias afirmaciones, generando unas condiciones óptimas para el meta-análisis del estado de la “autoridad terapéutica” bajo las condiciones

de una modernidad avanzada. En este artículo se pretende ofrecer este análisis. Empezando por una revisión de la evolución del concepto de psicoterapia (investigación del proceso psicoterapéutico), se analizan algunas de las contradicciones de las nuevas terapias “postfundacionalistas”, y se argumenta que la actividad terapéutica puede que esté más cerca de la crisis de lo que se cree. Sin poderse refugiar en el empirismo lógico ni en el realismo ingenuo debido a la débil situación de estas posiciones filosóficas, la actividad terapéutica ha intentado buscar una respuesta en la hermenéutica y en el postfundacionalismo, y esto podría ser la causa de su propia extinción.

La “investigación del proceso psicoterapéutico” empezó como una búsqueda moderna de sofisticados mecanismos de medición que debían registrar las “variables del proceso” responsables de los “cambios” en los clientes y, por lo tanto, producir una mejora del proyecto terapéutico. Sin embargo, contradiciendo sus propios fundamentos lógico-empíricos, la investigación del proceso ha empezado a poner en duda sus propias afirmaciones. Basándose en la psicología social académica y otras disciplinas (sociología y filosofía de la ciencia en particular), los investigadores clínicos empiezan a hacer hincapié en la importancia del lenguaje y la conversación para conseguir el cambio terapéutico. Existe una fascinación por el postmodernismo y el postfundacionalismo (p. ej., Kaye, 1995) que ha influido también en los estilos terapéuticos (véase Epston y White, 1992; Schafer, 1980; Spence, 1982).

En este artículo, se hablará sobre las etapas de desarrollo de esta tendencia lingüística en la investigación del proceso y se proporcionará un resumen detallado de las principales afirmaciones sometidas a debate. También se examinarán algunas de las consecuencias potenciales para la práctica terapéutica del fin de la búsqueda de certidumbres en la terapia. En este artículo se sostiene que dichas consecuencias han sido por lo general ignoradas por los clínicos, cuya intención de huir de las restricciones del cientificismo resulta incompatible con el esfuerzo terapéutico, que está inexorablemente ligado a las cada vez más en alza metanarrativas de la modernidad y que es básico para la regulación y la producción de subjetividades en su seno. Y, como conclusión, se intentará abrir la posibilidad de la existencia de una post-terapia, actividad dialogal y práctico-moral que todavía está por definir.

La Ilustración: ¿una base segura para el conocimiento?

Con el fin de centrar nuestros argumentos, debemos hacer un breve recorrido por la historia de la filosofía de la ciencia. Nuestra explicación no pretende ser exhaustiva y está pensada solamente para contextualizar el tema a desarrollar en este artículo.

Se suele identificar el principio de la “época moderna” con los albores del Siglo de las Luces en la Europa Occidental y con la afirmación de Descartes de que el conocimiento debe ser una representación fiel de la realidad objetiva, afirmación

que permitió el avance de la civilización hacia la racionalidad y la liberación de la antigua esclavitud respecto a la naturaleza y a la superstición. La influencia de Hegel a principios del siglo XIX puso en duda la visión cartesiana del conocimiento como “espejo de la naturaleza” (Rorty, 1979) y, por lo tanto, como verdad universal. Hegel también subrayó el carácter cambiante del conocimiento, del cual decía que, con el tiempo, provocaría la emancipación de los sujetos. Pero también veía la “realidad” como una herencia histórica y sociológica. De esta forma, la búsqueda hegeliana del progreso y la liberación y la racionalidad cartesiana constituyeron la base de la “investigación científica” en la época moderna. La influencia de Nietzsche, a finales del siglo XIX, completa nuestra herencia filosófica tripartita (Rorty, 1989).

Para Nietzsche, el hecho de renunciar al diálogo resultante de la búsqueda de verdades eternas (consuelo metafísico) lleva a la fosilización de la cultura y de la humanidad. El legado de Nietzsche ha ejercido una profunda influencia sobre la filosofía postfundacionalista, especialmente en Foucault, Lyotard y Rorty. Los enfoques postfundacionalistas incorporan un escepticismo hacia el realismo ingenuo y la creencia de que la evolución del pensamiento puede que sea demasiado imprevisible como para permitir un progreso en el sentido dialéctico de Hegel. Las afirmaciones del conocimiento se vuelven, por lo tanto, contingentes, y las argumentaciones plurilaterales, sin una versión definitiva y sin una única manera de entender la realidad. Rorty afirma (de acuerdo con Wittgenstein) que los criterios para decidir el estado ontológico de los objetos son determinados previamente mediante un “juego lingüístico”. Los conceptos de “realidad” están determinados lingüísticamente y el cambio se obtiene por redefinición.

Rorty no reniega de la distinción entre ciencia y no-ciencia, sino que la redefine, de una forma deliberadamente imprecisa, acuñando las expresiones “discurso normal” y “discurso anormal”. Según Rorty, el mundo natural es más fácil de describir mediante el uso de términos relativamente estables como son los de la cultura y las relaciones humanas. Más adelante, en este artículo, se explica cómo las discusiones internas de la investigación del proceso terapéutico han llevado a que dicha disciplina negara de forma efectiva que la psicoterapia sea una “ciencia”. La psicoterapia se sitúa más bien en el terreno de la ambigüedad descrita por Rorty, viéndose afectada por las consecuencias (positivas y negativas) de la incertidumbre.

Lo que hemos dicho hasta ahora se relaciona con las argumentaciones posteriores de las dos maneras siguientes:

1) Sostenemos que es falso que los clínicos se hayan liberado definitivamente de las influencias del fundacionalismo (aunque es comprensible que éstos afirmen lo contrario, dados los problemas del modelo empírico). Quizás se han alejado de las certidumbres cartesianas, pero no pueden desprenderse de las influencias de Hegel. La psicoterapia, en más de una de sus tendencias, sigue basándose en la creencia de que los profesionales pueden trazar los límites del inconsciente dinámico al gozar de un acceso privilegiado al inconsciente, del que se aprovechan

para ayudar a sus pacientes. Y este *modus operandi* no acaba de encajar con el postfundacionalismo. Más que como un postfundacionalismo que nos conduzca hacia una valoración crítica de la “terapia”, el cambio epistemológico es visto, por lo general, como el medio para lograr una terapia “mejor”.

2) Como consecuencia, afirmamos que los defensores de este nuevo modelo no han investigado suficientemente las posibles consecuencias del postfundacionalismo con vistas a la supervivencia de la psicoterapia como una práctica éticamente defendible.

LA INVESTIGACIÓN DEL PROCESO PSICOTERAPEÚTICO Y EL LENGUAJE DEL POSTFUNDACIONALISMO

Antes de proseguir, creemos que deberíamos analizar los problemas que amenazan el modelo empírico tradicional, construyendo nuestro análisis a partir de la crítica desarrollada por Kaye (1995), quien se muestra claramente a favor de un modelo postfundacionalista.

Kaye sugiere que la psicoterapia objeto de investigación y las preguntas que se plantea la investigación no están en consonancia con la “realidad” de las terapias de “a pie”. Kaye afirma que los análisis científicos empíricos son perjudiciales para la naturaleza lingüística, interactiva y contextual del intercambio psicoterapéutico:

“... las cuestiones que se plantea la investigación científica dentro de sus propios parámetros no suelen guardar relación con la psicoterapia, es más, la transforman en algo distinto. Porque no sólo las cuestiones que nos planteamos sobre la terapia están cargadas de teoría, sino que nuestras teorías nos sirven para configurar el fenómeno que explican (...) las clasificaciones que hacemos basándonos en la teoría determinan las cuestiones que nos planteamos, la naturaleza de nuestras conclusiones y, por consiguiente las ideas que extraemos a partir de los resultados. (Kaye, 1995, pág. 38).

Como podemos ver, Kaye critica las “hipótesis asumidas” de la investigación tradicional. Sostiene que la investigación no ha logrado “ni establecer las variables que provocan el cambio psicoterapéutico ni proporcionar una base científica a la psicoterapia” (Kaye, 1995, pág. 38). Empezaremos analizando la segunda parte de lo expuesto en este apartado.

Los defectos de la investigación tradicional

En un libro destacado de Russell recientemente publicado (Russell 1994a), eminentes personalidades del campo de la investigación del proceso terapéutico revisan los conocimientos acumulados durante más de cuatro décadas de investigación. Con relación a la investigación de resultados, Shapiro *et al.* (1994) afirman que la investigación de procesos no ha sabido demostrar la superioridad de ningún tratamiento en particular, ni identificar los “componentes activos” de la psicoterapia.

pia. La crítica meta-analítica de estos autores se centra en el más alto exponente de la investigación de procesos: el optimista meta-análisis de 33 estudios realizado por Orlinsky y Howard (1986), quienes afirman haber identificado los procesos causantes de resultados favorables. Sin embargo, Shapiro *et al.* (1994) sostienen que las conclusiones de los autores no pasan un examen más detallado, sistemático y focalizado:

*“Nuestros esfuerzos por dar validez a elementos básicos como la interpretación, la focalización en las emociones y la exploración mediante la demostración de su relación con los resultados de los tratamientos fracasaron estrepitosamente (...) pero estas conclusiones nos dan también mucho que pensar, tanto si se interpretan como una muestra de las limitaciones de los modelos y métodos de investigación, como de **las limitaciones de las propias técnicas terapéuticas**”.* (pág. 30; la negrita es nuestra).

Shapiro *et al.* hacen un llamamiento a los científicos para que en el futuro adopten modelos conceptuales más complejos y para que reconozcan que estos modelos requieren más de un enfoque metodológico. Orlinsky y Russell (1994) dicen que el trabajo publicado por Shapiro y colaboradores es la crítica más profunda que se ha hecho hasta la fecha, y concluyen de forma categórica que “la investigación científica que se ocupa del estudio de las relaciones entre los procesos y los resultados parece estar pasando... una crisis” (pág. 203). También reivindican metodologías alternativas para la investigación del proceso psicoterapéutico. En este mismo sentido, Russell (1994b) dice que las metodologías empírica y experimental no aseguran una base suficiente para entender las prácticas y los resultados de la psicoterapia. También mantiene que los investigadores influyen decisivamente en los supuestos conceptuales y metodológicos en los que se sustenta su trabajo.

Después de haber demostrado el apoyo de varios autores pertenecientes al campo de la investigación del proceso psicoterapéutico hacia la postura de Kaye (1995) relativa a la aparente dificultad de la investigación del proceso psicoterapéutico para determinar los mecanismos que hacen posible el cambio psicoterapéutico, a continuación pasaremos a examinar más detalladamente los principios del modelo tradicional.

Los principios de la investigación psicoterapéutica tradicional

Al explicar los fundamentos teóricos de la investigación tradicional del proceso psicoterapéutico, Russell (1987) dice que existe un “consenso teórico general” según el cual la información fundamental (relativa a los procesos del cambio psicoterapéutico) está estrechamente relacionada con la comunicación verbal y no-verbal que tiene lugar durante la consulta; y la tarea del investigador es establecer un orden para los procesos que nos proporcione respuestas satisfactorias. Russell también afirma que desde los tiempos de Breuer y Freud la psicoterapia se

ha entendido, con distintas matizaciones, como la curación mediante la palabra, teoría formulada explícitamente por primera vez por Kiesler (1966). Stiles y Shapiro (1989) designan a este paradigma dominante con el nombre de “metáfora del medicamento” y lo definen como un principio que ve a los psicoterapeutas como poseedores y suministradores de “componentes activos”, y como poseedores de una gran variedad de “fórmulas de actuación” y de “sistemas de puesta en escena” para las distintas ocasiones. Los supuestos “componentes activos” forman parte del proceso, como por ejemplo: interpretaciones, confrontaciones, reflexiones, auto-revelaciones, o, más en abstracto: empatía, afecto y sinceridad. Es decir, si hay un componente “activo” y este se encuentra en abundancia en la terapia, es más probable que se obtenga un resultado positivo. En el caso contrario el “componente” se considera “inerte”.

Stiles, Shapiro y Harper (1994, pág. 45) consideran que la investigación que se deja deslumbrar por la “metáfora del medicamento” comete graves errores, “deja de ser útil”. Russell (1994b) es más contundente y nos dice que la metáfora del medicamento ha fomentado la visión de las técnicas terapéuticas como “substancias individualizadas y fútiles” que se pueden definir y alterar sin excesivos problemas, fuera e independientemente del contexto en el que se administran. Y concluye su trabajo diciendo que los estudios realizados según un patrón metacientífico empírico son “conceptualmente y metodológicamente deficientes” (Russell, 1986), mientras que Greenberg (1994) sugiere que este tipo de estudios se encuentran “oprimidos por limitaciones metodológicas”.

¿Hacia el interpretacionismo?

A pesar de estas críticas tan mordaces, el modelo empírico sigue gozando de muy buena salud a ambos lados del Atlántico. En efecto, la necesidad de explicaciones y de eficiencia ha fomentado el empirismo y el cientificismo en la investigación de procesos (algunos ejemplos son: Roth & Fonagy, 1995, en el Reino Unido; y Hollon, 1996; Sechrest, McKnight & McKnight, 1996; Seligman, 1996, y otros colaboradores de la revista *American Psychologist*, 51 (10) en Estados Unidos).

Sin embargo, como consecuencia directa de las crecientes dudas acerca de la validez de la “metáfora del medicamento”, algunos de los incondicionales del modelo tradicional están empezando a desarrollar nuevos enfoques teóricos. Ahora abogan por el uso de métodos cualitativos, ha aumentado su interés por los “microprocesos” (la conversación entre el terapeuta y el cliente) y prefieren los métodos interpretativos a los métodos analíticos empíricos.

Pero no hay que subestimar, según Russell (1994b), el peligro real de que nos dejemos llevar por la fuerza de atracción de la vieja tradición lingüística y conceptual. Así, Greenberg (1994), a pesar de hablar de “entender los procesos del cambio”, “microteoría” y “contexto”, sigue creyendo igualmente en la necesidad de

“encontrar” y “dar nombre” a las fases clave (aparentemente sin recurrir a ninguna preconcepción teórica), que deberán ser suficientemente “regulares” y servir para marcar las “pautas” para la creación de una teoría de la “ciencia de la psicoterapia”. De la misma manera, Elliott y Anderson (1994) subrayan, de forma intencionada, los términos “complejidad”, “contexto” y “impredictibilidad”, y la superioridad de los razonamientos prácticos de los terapeutas sobre la literatura generada por la investigación, pero a la vez rechazan este enfoque más radical por ser “demasiado caótico”, volviendo a caer en la misión moderna de buscar una base firme de “conocimientos generales” de terapia. Así mismo, Hill (1994) combina conceptos anti-fundacionalistas como el perspectivismo y la negación de la “verdad” absoluta con conceptos del empirismo tradicional como los “controles” y la “estructuración de los indicadores de procesos”. También en el mismo sentido, Stiles *et al.* (1994), a pesar de reivindicar la centralidad de los microprocesos en el discurso terapéutico, piensan que su modelo de asimilación del cambio terapéutico es aplicable universalmente y podría servir como patrón neutral a partir del cual medir la efectividad de las diferentes terapias. Este tipo de afirmaciones nos hacen dudar que su modelo “suponga una epistemología diferente” de la tradicional.

Coincidiendo con Siegfried (1995), nos atrevemos a afirmar que estos hipotéticos “nuevos enfoques” comparten una especie de compromiso adquirido de “reconstrucción” que se lleva a cabo a partir de la todavía dominante investigación tradicional del proceso psicoterapéutico. Los investigadores que trabajan siguiendo esta tendencia, se esfuerzan por captar el proceso psicoterapéutico a partir de unos cuantos componentes principales, para posteriormente reconstruirlo empíricamente. Pero esta tendencia tiene dos limitaciones: la primera es la “regresión *ad infinitum* de las explicaciones” y la segunda es que los razonamientos presentan la estructura de un círculo vicioso (Siegfried, 1994):

Incluso el más profundo estudio, si se elabora sobre una base del tipo de la auto-exploración, la empatía, la sinceridad, la alianza terapéutica, etc., sólo puede demostrar la incidencia y los cambios en tales variables del proceso tratándolas de forma que aumente la probabilidad de detección de las variables y sus cambios a partir de los datos empíricos. De esta forma, los reconstruccionistas sólo pueden probar lo que ya habían anticipado intuitivamente. (Siegfried, 1995, pág. 3).

El mismo autor, Siegfried (1994), afirma que este fenómeno sólo se puede evitar mediante la renuncia a cualquier tipo de metaconstrucciones en la investigación empírica.

EL GIRO LINGÜÍSTICO DE LA PSICOTERAPIA

Russell (1994b) sugiere que los terapeutas han caído en la trampa de la vorágine del metaconstruccionismo. Así mismo, Siegfried (1994, 1995) apuesta por acercar la teoría al lenguaje cotidiano (Harré, 1994; Shotter, 1994; Smedslund,

1988), subrayando la ausencia de una investigación psicológica que compare el lenguaje corriente con el terapéutico, y de una investigación que analice las diferencias entre el proceso psicoterapéutico y las tentativas cotidianas con relación a los cambios y a la evolución del comportamiento. Afirma que los psicólogos y los investigadores del proceso psicoterapéutico han tratado de manera superficial el tema de la construcción lingüística de los problemas psicológicos en la conversación y en el texto.

¿De la investigación de procesos a la práctica clínica?

Hasta ahora, hemos hablado sobre los avances de la investigación de procesos, pero antes de proseguir creemos que deberíamos prevenirnos contra los posibles críticos, que suelen tildar estos debates críticos de irrelevantes para la práctica terapéutica cotidiana. Nosotros opinamos que el fin de la búsqueda de certidumbres y la aceptación de la inutilidad de intentar descubrir mecanismos de evaluación neutrales son dos factores que tienen serias implicaciones para las sesiones terapéuticas. Kaye (1995) coincide con nosotros y, aceptando el reto de Russell (1994b) de reelaborar los “marcos de referencia” y los “sistemas de descripción”, insta a los terapeutas a acogerse al postfundacionalismo como nuevo modelo que sirva de marco tanto teórico como práctico.

Kaye define *toda* la psicoterapia como un “diálogo” entre el terapeuta y el cliente: un diálogo que comprende la “narración” del cliente, definida como el relato que el cliente produce desde el lenguaje de la experiencia, las acciones, los sentimientos y las relaciones, y también los significados asociados a este relato. Kaye añade que durante el diálogo estos significados son “explorados, desmontados, reconstruidos y reconnotados”.

Kaye niega que la terapia pueda tener acceso a una “verdad apodíctica”, y sugiere que las reconceptualizaciones de la terapia (como dialógicas y construidas) y el cuestionamiento de la existencia de un acceso epistemológico a la “verdad” han puesto a la psicoterapia y a la investigación del proceso psicoterapéutico en un aprieto, porque ambas se sustentan en la tradición filosófica fundacionalista. También dice que debemos entender el proceso psicoterapéutico desde el punto de vista de la hermenéutica, con el apoyo de métodos analíticos discursivos y narrativos, poniendo énfasis en la explicación y la elucidación, más que en las pruebas y la verificación. La investigación generativa, según Kaye, interpreta la investigación como “productiva, en vez de reproductiva” y “creativa, en vez de descriptiva” (Kaye, 1995, pág. 52). La investigación debería, por lo tanto, establecer “nuevos criterios de diferenciación” y generar “nuevos significados” (según Rorty, discurso anormal).

La opción discursiva que Kaye defiende hace imposible cualquier indagación o descubrimiento acerca de los mecanismos básicos del cambio en los microprocesos psicoterapéuticos, que es a lo que todavía aspiran los investigadores de la tradición

reconstruccionista. Podemos decir, por lo tanto, que Kaye presagia el fin del empirismo (y el realismo ingenuo) en psicoterapia. Sus argumentos refuerzan nuestra opinión de que los principios epistemológicos del modelo de investigación tradicional son deficientes, y de que no existe un camino de vuelta analíticamente justificable a la certidumbre. Tal y como dice Kaye, si este es el caso de la investigación del proceso psicoterapéutico, *también será el caso de las sesiones terapéuticas, ya que éstas se apoyan sobre los mismos procesos interpretativos y lingüístico-dependientes.*

A pesar de lo dicho, es fácil entender por qué los clínicos-investigadores se aferran con tanta tenacidad a las metodologías reconstruccionistas, ya que empiezan a investigar con la convicción de que la terapia es algo positivo y tienen la intención de demostrarlo (Stancombe y White, 1997). Evidentemente, si sugiriésemos que porque la investigación de procesos no ha sabido defender sus “componentes activos” la terapia es, *ipso facto*, ineficaz, redundante o negativa, estaríamos suscribiendo una especie de positivismo residual. Sin embargo, ante la ausencia de verdades apodícticas, y a falta de métodos algorítmicos de verificación, los *problemas de juicio* sobre los principios teóricos resultan apremiantes. Estos problemas han obsesionado a los investigadores de la tradición hermenéutica durante un cierto tiempo y, en el contexto de la actividad clínica, se consideran inseparables de la ética. Volveremos a tratar este punto en la conclusión, pero antes creemos conveniente seguir analizando el impacto del postfundacionalismo en la práctica terapéutica.

Las consecuencias del fin de la certidumbre ¿una psicoterapia sin fundamentos?

A la vista de cuanto dicho hasta ahora no nos debe extrañar que los clínicos hayan empezado a defender una psicoterapia sin restricciones fundacionalistas. Algunos especialistas afirman que hay que buscar los antecedentes del postfundacionalismo dentro de la psicoterapia, con su interés por lo irracional y su elucidación de lo simbólico (Frosh, 1991) y afirman también que la (supuesta) reflexividad y “neopragmatismo” de algunos terapeutas pone de manifiesto que fueron precisamente estos terapeutas quienes empezaron a alejarse de las limitaciones de la tradición científica moderna (Kvale, 1992; Polkinghorne, 1992). Sin embargo, aunque resulta evidente que la teoría psicoanalítica desempeñó un papel importante en esta evolución, en el contexto de la práctica clínica tales afirmaciones resultan engañosas y son insostenibles a causa de la centralidad de la noción de cambio personal en el ámbito de la relación terapéutica. Pero, prescindiendo de su orientación teórica, la cuestión fundamental sigue siendo: ¿Qué es lo que quieren transformar los profesionales? ¿En qué lo quieren transformar y por qué?. El objeto del cambio es, por su naturaleza, normativo. Por este motivo, la psicoterapia, cuando se ve obligada a reconocer la redundancia de la búsqueda de una “verdad apodíctica”, ya sea en encuentro terapéutico o en cualquier iniciativa evaluadora,

se vuelve incapaz de prescindir de la ambición de convertir a los demás a su particular noción de subjetividad.

La tendencia hacia el postfundacionalismo es más evidente en la terapia familiar (p. ej. Anderson y Goolishian, 1988, 1990; Epston y White, 1992; Hoffman, 1990). Esta tendencia se está convirtiendo en una nueva ortodoxia, y en uno de los protagonistas de los debates que se llevan a cabo en las revistas clínicas (*Journal of Family Therapy*, 17, 1995) y ha provocado la introducción del “construccionismo social” en los programas de numerosos cursos. También se la ha bautizado de forma entusiasta como “la Tercera Ola en psicoterapia” (O’Hanlon, 1994), empezando la “Primera Ola” con Freud (para culminar en los sistemas de clasificación de la psiquiatría biológica), y siendo la “Segunda Ola” el movimiento de los años 50 que intentó poner fin a la hegemonía de la patología con terapias “actuales”, con enfoques arquetípicamente cognitivos y con la terapia familiar.

Con este artículo queremos demostrar que hay una paradoja persistente en la psicoterapia postfundacionalista. Foucault (p. ej., 1973, 1976, 1980) nos explica cómo, en condiciones modernas, “una minoría” ejerce su control sobre “la mayoría” (Miller y Rose, 1994) mediante las nociones de subjetividad autónoma promovidas por las ciencias humanas. Las ciencias psicológicas han creado una serie de normas, de supuesta validez universal, a través de las cuales es posible juzgar el comportamiento de los sujetos, no sólo mediante una vigilancia directa, sino también mediante la auto-evaluación.

“La evaluación psicológica no es solamente una parte de un proyecto epistemológico o un capítulo de la historia del conocimiento, sino que al convertir la subjetividad en calculable hace que las personas se muestren dispuestas a dejarse llevar -y a hacer las cosas- en nombre de sus capacidades subjetivas”. (Rose, 1989, págs. 7-8)

De esta forma, las identidades y los deseos individuales se inscriben dentro de una fuerza productiva y difusa, más que en una monolítica y directa. Evidentemente, este micropoder puede ser positivo o negativo, y toda la cuestión consiste en saber distinguir lo bueno y favorable de lo malo (cf. Fraser, 1989).

La psicoterapia, mientras pudo adherirse a una ontología realista y afirmar que el inconsciente dinámico es una estructura universal de características predictibles o, dicho de otro modo, que algunas percepciones son “falsas” y algunas relaciones disfuncionales, no tuvo problemas para verificar las bases de su conocimiento. Cuando se empezó a cuestionar la utilidad de esta autocomplacencia, gracias, en parte, a los debates internos antes mencionados (y gracias al feminismo y al postestructuralismo), la psicoterapia se encontró de repente sin una base ética sólida.

Aunque no podemos hacerles justicia en este artículo, para ilustrar las paradojas existentes, merece la pena analizar brevemente algunas de las afirmaciones de los enfoques postfundacionalistas. En Epston y White (1992), donde se hace

mención especial de algunas obras de Foucault y Derrida, las concepciones que los sujetos tienen sobre sí mismos y los demás son tratados como historias fáciles de reescribir. Con ello se pretende eliminar la jerarquía que existe entre paciente y terapeuta y la superioridad del terapeuta como experto. Aunque, al mismo tiempo, para cualquier terapia se da por supuesto que el terapeuta es un experto en la materia. Además, el afán por transmitir nuevos “conocimientos” a los sujetos ha generado una gran variedad de técnicas complejas, que se alejan extrañamente de las pretensiones postfundacionalistas. La siguiente cita es un claro ejemplo:

“Durante los últimos cinco años, los terapeutas han empezado a sentir una gran curiosidad por los enfoques narrativos y afines, los cuales eliminan la tradicional jerarquía paciente/terapeuta y definen la identidad personal como una estructura social inestable. Por cierto, el interés de la normativa no se centra precisamente en el cliente (...) La popularidad de la narrativa y de los enfoques afines está relacionada más bien con los terapeutas: ellos amplían nuestra percepción de lo posible, nos hacen sentir optimistas e ilusionados de nuevo”. (O’Hanlon, 1994, pág.22)

Debido a su esfuerzo por ubicar al individuo en el ámbito de los discursos hegemónicos y por su reconocimiento de la naturaleza constitutiva del lenguaje, tenemos mucho que elogiar a la Tercera Ola de la psicoterapia, pero los terapeutas todavía tienen la oportunidad de defender el monopolio de la “verdad”. De ellos depende lo que se considerará como cierto y es precisamente en el ejercicio de este poder donde radica la fuerza de los enfoques narrativos (no estamos seguros de si Foucault estaría de acuerdo con nosotros).

Frosh (1995) señala esta contradicción y afirma que la interpretación de los terapeutas narrativos “no deriva directamente de las historias, sino que se basa en el juicio que se hace de ellas” (pág.186) y que un proceso que, según el dice, “quiere restaurar la jerarquía de la verdad y del insight sigue estando bajo la influencia del racionalismo” (pág. 186). Así, las llamadas “terapias postmodernas” permanecen inexorablemente unidas a las metanarrativas de la modernidad.

Pero esto no significa que no se critique la psicoterapia sin fundamentos entre la comunidad terapéutica. Sin embargo, en vez de afrontar las consecuencias del postfundacionalismo *per se*, estas críticas tienden a acogerse a “estructuras” profundas o memorias “reales”, argumentando que el estudio de la forma superficial de las terapias narrativas puede llegar a prescindir de procesos internos complejos y reales inexplorados (p. ej., Held, 1995; Sass, 1992; Speed, 1991; y, hasta cierto punto, Frosh, 1995). Por ejemplo, Sass (1992) subraya que la negación de la existencia de acontecimientos y recuerdos que son “algo más que narrativas” parece estar negando a la terapia su potencial de hacer que la gente se enfrente a las “verdades” poco agradables sobre ellos mismos:

“...detrás de sus reivindicaciones a favor de la apertura y el pluralismo, de la creatividad, la diversidad y el juego, el postmodernismo esconde

*características similares: un absolutismo encubierto que podría despro-
veer a la psicoterapia de su aspecto crítico y hasta a la vida de su densidad,
de su peso ontológico. Porque ¿cómo se puede ayudar a una persona a
aceptar verdades desagradables (...) si se parte del hecho de que no hay
ninguna diferencia entre la verdad y la ficción? (...) ¿Y cómo vamos a evitar
que la psicoterapia se convierta en un medio artificial de racionalización,
en un medio de elaboración de fantasías justificadoras y de alimentación
de complacencias narcisistas y de auto-satisfacción?” (pág.177).*

La crítica de Sass es elocuente y está bien argumentada, pero le sitúa entre aquellos que se aferran a la certidumbre terapéutica, como si por ella misma pudiera evitar el tipo de prácticas perjudiciales e inútiles que teme (pero, evidentemente, este no es el caso) Y los terapeutas (en cuanto a terapeutas) tampoco son las únicas personas capaces de hacer que nos enfrentemos a las verdades desagradables. Si el mito del acceso privilegiado a la “realidad” por parte del terapeuta fuera cierto, ya no tendríamos que resolver el problema del juicio. Sin embargo, como ya hemos dicho, nuestro análisis parte de un compromiso romántico con la certidumbre, e intenta tener en cuenta las dificultades provocadas por la inevitable incertidumbre (incluso cuando se disfraza de certidumbre). Es más, creemos que los críticos realistas, al afirmar que los nuevos enfoques de estudio del yo niegan la existencia de una angustia “real”, están sacando las cosas de quicio. Nadie ha dicho que la angustia y los recuerdos no sean reales, lo que se cuestiona es el acceso directo de los terapeutas a ellos.

Como hemos visto, el modelo empírico (que es el que propugna la existencia de verdades) no acaba de encontrar el método analítico adecuado para demostrar ni la eficacia de los aspectos del encuentro terapéutico considerados como “terapéuticos” por antonomasia (por oposición al resto de formas de interacción) ni la existencia de estructuras y mecanismos profundos (a parte de los neurológicos). De esta forma podemos afirmar que algunos terapeutas, a pesar de usar, por ejemplo, conceptos de Klein como “escisión”, “proyección” e “introyección”, no pueden demostrar de forma efectiva que son “reales”. Así, los modelos teóricos, aunque son poderosos y evocadores, se convierten en “historias” alternativas y no en el conocimiento neutral que pretenden ser. Desde este punto de vista, hay pocas diferencias entre las psicoterapias ortodoxas y las variedades de la “Tercera Ola”, excepto que en la “Tercera Ola” es frecuente encontrar una ontología relativista en los terapeutas, pero no necesariamente en sus pacientes. De este modo el “éxito” de una terapia puede depender tanto de la personalidad carismática de algunos terapeutas, como de la sabiduría popular, como de la verdad científica.

Pero nada más lejos de nuestra intención que clasificar los distintos enfoques postfundacionalistas dentro de una categoría homogénea. Una de las consecuencias positivas de la tendencia lingüística en la psicoterapia ha sido el reconocimiento de que la verdad y la normalidad no son estáticas, sino que están sujetas a cambios y

a redefiniciones. Por esta razón es perfectamente posible que una postura normativa local sea liberadora, y en consecuencia suponga un reto para los conceptos socialmente aceptados de normalidad (paradójicamente, los discursos normativos locales pueden ser, según Rorty, anormales y producir cambios positivos a través de la redefinición). Volveremos a tratar este punto en el apartado de conclusiones.

El problema del juicio, sin embargo, no desaparece por ello. Sin un acceso seguro a la realidad objetiva, o al pasado verdadero, los criterios de evaluación pierden validez. Y en estas condiciones existe una mayor posibilidad tanto de controlar los discursos para ejercer un dominio o control sobre los demás como de que la terapia pueda llegar a resultar progresista, reflexiva y liberadora para terapeutas y pacientes. El problema del juicio es un problema recurrente y desconcertante de la ciencia social postfundacionalista en general: porque (potencialmente) *“al no existir la verdad, tampoco existe el error, y todas las opiniones son iguales”* (Scholes, 1989, pág.56).

En el siguiente apartado intentaremos demostrar que no es imposible juzgar las opiniones y que no todas las opiniones son iguales, e intentaremos hacerlo sin caer en la trampa de una supuesta “realidad” a la que los terapeutas tendrían un acceso privilegiado.

El postfundacionalismo y el problema del juicio

Existe una gran controversia en las ciencias sociales acerca de las consecuencias del anti-fundacionalismo; por eso creemos que debemos analizar un poco esta controversia antes de pasar a estudiar las consecuencias para la psicoterapia en sí.

El abandono de la metanarrativa puede tanto liberar como socavar las exigencias del conocimiento. Las acusaciones de relativismo que se hacen a menudo a los anti-fundacionalistas sólo tienen sentido si se hacen contra las metanarrativas cartesianas de la Ilustración, a las que los anti-fundacionalistas ven como obsoletas, al reivindicar más libertad y pluralismo. Sin embargo, ¿cómo vamos a juzgar las distintas opciones sin un mínimo de racionalismo o, lo que es lo mismo, sin una narrativa (hegeliana) de emancipación humana?

Liotard (1984) considera que en la época postmoderna hay dos principios de legitimación que se oponen. Uno es el del rendimiento, según el cual hay que buscar “un rendimiento óptimo del sistema social “ (p. 48) a través de aquellas disciplinas que miden y evalúan el rendimiento y el aumento de la eficiencia. La investigación más tradicional del proceso psicoterapéutico es un ejemplo de este tipo de principio. Lyotard rechaza el rendimiento como principio de legitimación, arguyendo que la ciencia postfundacionalista debería justificarse de forma “local” a través de la “parología” o el diálogo y la argumentación. Esta justificación tiene su propia “lógica”, local y contingente, por eso decimos que no se trata de una práctica totalmente anti-racionalista, sino que se trata de una práctica que no confía en las certidumbres globalizadoras de la metanarrativa modernista. La búsqueda de

paradojas cobra más importancia con el fin de la certidumbre epistemológica, que limitó, durante mucho tiempo, la posibilidad de jugar con las ideas. En este mismo sentido, Rorty niega que la filosofía postfundacionalista lleve a la investigación social a un abismo:

“El ‘relativismo’ consiste en pensar que toda opinión sobre un tema en particular, o mejor dicho, sobre cualquier tema, es igual de válida que cualquier otra opinión. Nadie mantiene esta postura (...) Los filósofos llamados relativistas son aquellos que defienden que los criterios para escoger una opinión entre las demás son menos algorítmicos de lo que se pensaba (...) Así es que la divergencia principal (...) radica entre los que creen que nuestra cultura, metas, o instituciones, no pueden tener otro fundamento que la conversación y los que todavía están buscando otros tipos de soportes”. (Rorty, 1980, págs. 727-728)

Bernstein (1983), después de haber leído un gran número de obras maestras de la filosofía (Gadamer, Habermas, Rorty y Arendt), llegó a la conclusión de que el tema recurrente del diálogo y la comunidad era un recurso unificador que fusionaba a varias posturas bajo la tradición hermenéutica. Y era también...

“...una defensa de las virtudes socráticas, ‘la disposición a hablar, a escuchar a los demás, a calcular las consecuencias de nuestros actos sobre los demás’. Y esto significa acabar con la obsesión de ‘hacer las cosas bien’ y empezar a preocuparnos por entender las eventualidades de la vida. Una de las posibles consecuencias de este tipo de pragmatismo sería un ‘sentido renovado de comunidad’ ”. (pág.203)

Partiendo de aquí, Bernstein se inspira en Rorty para acabar de construir su teoría y afirmar que las comunidades no sólo se ven afectadas por las condiciones materiales, sino también por “las doctrinas epistemológicas falsas con las que nos llenan la cabeza”. Nos encontramos, pues, ante un imperativo moral según el cual los filósofos deben defender “la naturaleza abierta de la conversación de las tentaciones y los peligros que amenazan con limitarla o cerrarla” (págs. 204-205). Con este punto de vista se reconoce implícitamente que es inevitable que haya un conflicto de opiniones, y se resalta también el peligro de que haya ciertas posturas que monopolicen la verdad, lo que limitaría el debate y amenazaría el intercambio.

Pero, volviendo a la psicoterapia, nos vemos obligados a concluir que las doctrinas psicoterapéuticas, sean realistas o postfundacionalistas, suponen una amenaza potencial para este tipo de comunidad. Muchas de las nuevas terapias no han contribuido en absoluto a acabar con la idea del experto ni (al igual que los enfoques ortodoxos) ni han socavado particularmente los estilos de diálogo, debate e intercambio propias de las formas habituales de ayuda. Las personas, cuando necesitan ayuda psicológica, se niegan a confiar en “los lazos afectivos tácitos que unen a las personas” (Bernstein, 1983, pág. 226) por miedo a equivocarse. De ahí que las personas y las familias, seguramente privadas de sus capacidades habituales

y de sus sentimientos de solidaridad, busquen una respuesta en las certidumbres de los expertos a través de las verdades que les suministra la autoridad terapéutica.

La sostenibilidad de la terapia: la apertura del espacio a una post-terapéutica

Evidentemente, si se concede una gran importancia a la autoridad terapéutica, ésta se vuelve éticamente problemática cuando la actividad psicoterapéutica deja de ignorar la naturaleza eventual de sus prácticas y de sus axiomas. Sin embargo, no debemos olvidar que una postura analíticamente y éticamente deficiente puede ser sostenible a nivel pragmático; y a la actividad terapéutica todavía le queda vida para años. La idea del yo como proyección va tan ligada a nuestros tiempos que, seguramente, muchas personas seguirán queriendo visitar a su terapeuta y muchas más seguirán siendo mandadas a un terapeuta por la asistencia social y otros tipos de organismos sociales. Como dijo Smail (1996), el *modus operandi* propio de la mayoría de las terapias no permite el acceso del terapeuta a las realidades que éste pretende estar entendiendo, explicando y cambiando. A veces esto no supone ningún problema porque, para algunas personas, cuya actitud social y personal y cuyas circunstancias materiales son bastante sólidas, la terapia puede convertirse en una especie de juego. Se trataría, según las palabras de Giddens, de una parte de la reflexividad dinámica de alta modernidad y, como tal, puede ser liberadora y creativa. Como cualquier juego, a veces puede ser tomado en serio; tiene sus reglas, y aquellos que las conocen y aceptan pueden participar en el juego sin que esto les conlleve consecuencias éticas, consiguiendo, sin embargo, un considerable beneficio personal. Bajo estas circunstancias, la terapia puede, sin duda, abrir nuevas posibilidades a través del descubrimiento de “nuevas distinciones”.

Pero, como hemos dicho, prescindiendo de la convención y de la conversación, no hay una forma segura de distinguir lo positivo (o inofensivo) de lo negativo y destructivo. Es más, y esto es de una importancia crucial, *estos mecanismos de conversación pueden verse gravemente comprometidos por la propia autoridad terapéutica*. Por ejemplo, una comprobación habitual de una interpretación cualquiera del comportamiento de una persona puede ser su aceptación o rechazo por parte de la persona implicada. Es frecuente que se infrinja la presuposición de que “sabemos lo que pasa en nuestras propias mentes”, pero no son frecuentes los cuestionamientos directos y habitualmente no se producen sino ante una incongruencia evidente en la historia del individuo (cf. Garfinkel, 1967; Goffman, 1959). En las sesiones psicoterapéuticas, se prescinde de esta obligación, como si el terapeuta, gracias a su posición privilegiada, pudiera ver ciertas “verdades” que le proporciona su dogma teórico. Posiblemente, no es muy importante si las simples explicaciones se reinterpretan como una postura de defensa o resistencia (como en el psicoanálisis); como una distorsión causada por la experiencia de la opresión (terapia feminista); o como una prueba de la transcendencia de los discursos hegemónicos (terapia post-moderna), porque pueden igualmente verse invalidadas

y subordinadas. A menudo se usa la misma táctica para desacreditar las críticas académicas al pensamiento psicodinámico, tal y como nos explica Grunbaum (1996) de forma irónica:

“... mis argumentos a favor de la insostenibilidad de las tendencias hermenéuticas en el psicoanálisis me llevan a una conclusión importante y desagradable a la vez para el psicoanálisis clásico. La teoría freudiana fundamental de la transferencia en cuanto a hipótesis etiológica queda anulada. Y también tengo dudas acerca del biógrafo psicoanalítico Peter Gay, y esto quizás es el síntoma de una obsesión” (pág. 286).

Estos “intentos de “cerrar el círculo” significan que, sobretodo en el caso de los más trastornados (o de los más influenciables), existe la posibilidad de que la terapia individual sea más perjudicial que beneficiosa. Y lo que es peor, la psicoterapia va destinada únicamente a las personas sanas.

Volviendo al tema del control social, es sabido que algunas personas y algunas familias hacen daño a los miembros más vulnerables de la comunidad, y no es nuestra intención abogar por el fin de las actuaciones políticas y legales contra la violencia y los abusos. Tales intervenciones no se contradicen con nuestras afirmaciones sobre la importancia de las comunidades dialógicas en la justificación de hipótesis, ya que existe un rechazo general hacia la violencia y, por lo tanto, la intención de cambiar la situación no presenta ningún tipo de controversia. Sin embargo, el uso rutinario de las ideas de la psicoterapia que ponen en relieve la irreversibilidad del “daño” producido en las profundas y misteriosas estructuras de la psique, contribuye a disminuir la esperanza e inhibe el cambio que se pretende conseguir (White, 1996). Al mismo tiempo, introduce la intervención estatal y la superioridad de los expertos en el terreno de las relaciones y las emociones (Rose, 1989). En este sentido, los enfoques narrativos y feministas son un poco más positivos, al ofrecer la posibilidad de historias más esperanzadoras y más beneficiosas en lugar de más censura y control.

Finalmente, a pesar de que sabemos que la visión de Bernstein de las comunidades dialógicas parecerá utópica, esto no significa que debamos por ello apoyar aquel tipo de actividades que impidan la posibilidad de su existencia. Bernstein, después de Habermas, Gadamer, Rorty y Arendt, nos avisa de los peligros de acogernos a críticas destructivas que nieguen cualquier posibilidad de interacción y nos dice que:

“Lo que necesitamos desesperadamente (...) es aferrarnos a aquellas experiencias y luchas en las que todavía hay algún indicio de solidaridad. (...) Porque lo que caracteriza a la actualidad no es sólo la existencia de poderosas fuerzas que no podemos controlar, o la abundancia de técnicas disciplinarias que no podemos comprender, sino una situación paradójica en la que el poder genera contra-poder (resistencia), evidenciando la vulnerabilidad del poder, y en la que las fuerzas que inhiben y reducen la

vida comunitaria también son las que crean nuevas formas, a menudo impredecibles, de solidaridad". (Bernstein, 1983, pág. 228).

En las afirmaciones de Bernstein hay implícita una apología de la transgresión la resistencia. Resultaría irónico que la actividad terapéutica, estando tan preocupada por la reflexión y el cambio, debiera mostrarse inmune a las críticas. Parecería en este caso que sus reflexiones son más textuales que epistemológicas (Bourdieu, en Bourdieu y Wacquant, 1992). Demasiado a menudo, nos encontramos con una búsqueda de la diferenciación y de la rebeldía para acabar con los procedimientos técnico-rationales y con una misión normativa intrínseca. Si la psicoterapia se encuentra en este punto, deberíamos plantearnos la posibilidad de una post-terapéutica.

CONCLUSIONES

Las afirmaciones que hemos discutido en este artículo han puesto de manifiesto la existencia de una situación analíticamente precaria forjada por la propia actividad psicoterapéutica. El análisis ha sido complejo, con muchos detalles y matices. Pero esto ha sido de una importancia básica para movernos con seguridad por un terreno tan difícil. Antes de proseguir, creemos necesario resumir los puntos más importantes que hemos discutido hasta ahora:

1. Los avances en la investigación del proceso psicoterapéutico nos han permitido rechazar la afirmación de que la terapia pueda detectar y explicar los propios componentes activos. La psicoterapia es una disciplina relacional basada en el diálogo y la contingencia.

2. Sin embargo, es difícil afirmar que, como consecuencia de la tendencia lingüística, la psicoterapia se inscriba dentro del postfundacionalismo (a pesar de que algunas terapias son más postfundacionalistas que otras), porque el encuentro terapéutico, al menos teóricamente, debe intentar lograr el cambio (no de la situación material, sino de la situación personal), el cual *tiene que* estar dirigido por una normativa.

3. A pesar de que dicha normativa puede estar sujeta a cambios y redefiniciones, y puede ser local y contingente, la sesión terapéutica sigue basándose en las jerarquías. Por tanto, esta jerarquía, a la cual debe su fuerza la terapia, está sujeta a cuestionamiento. De este modo, la jerarquía se vuelve éticamente problemática cuando los principios en los que se basa la autoridad terapéutica se ven cuestionados y amenazados.

4. Algunas personas se han visto tentadas a ofrecer como remedio a esta situación la reafirmación de las certidumbres terapéuticas (recuperar la verdad). Nosotros mantenemos que ésta no es la solución adecuada, porque no existen métodos algorítmicos de verificación ni de las teorías ni de los métodos de la terapia.

5. Sostenemos, por lo tanto, que la única forma de mejorar las cosas a partir de

una postura postfundacionalista es mediante una post-terapéutica todavía por definir. Los enfoques narrativos y construccionistas son un paso más en este sentido, pero los defensores de estas posturas se arriesgan a que les salga el tiro por la culata si se empeñan en retener el concepto de “terapia”, con todos los significados asociados a este concepto.

Hasta ahora hemos evitado deliberadamente definir el concepto de “post-terapéutica”, ya que no es nuestra intención establecer un nuevo método prescriptivo, un nuevo y mejor orden. Foucault nos enseña que, a veces, técnicas que parecen benignas (ej.: la medicina centrada en el paciente- véase Silverman, 1987- o la clínica holística – May 1992a, 1992b) pueden estar exponiendo a los sujetos a nuevos sistemas de control no previstos por las academias de humanidades y los investigadores. Por lo tanto, estamos de acuerdo con Silverman (1989) quien, citando a Foucault, nos dice que:

“... lo que hay que hacer no tendría que estar determinado por los reformistas, ya sean proféticos o normativos, sino por una larga cadena de intercambios de conocimiento, de reflexiones, de ensayos, de diferentes análisis (...) El problema es de las personas implicadas”. (Foucault, 1981, págs. 12-13; citado en Silverman, 1989, pág.43)

Sin embargo, sería pecar de deshonestos si no reconociéramos que tenemos alguna idea sobre cómo podría ser la post-terapia de la que hemos hablado anteriormente. Nos gustaría que tuvieran más relevancia los enfoques terapéuticos más pluralistas, que reconocen la interactividad cotidiana de cualquier sesión terapéutica. Por ejemplo, incluiríamos algunos de los “recursos para el cambio” descritos por Parker, Georgaca, Harper, McLaughin y Stowall-Smith (1995, págs. 136-145), los cuales tienen una orientación particularmente post-terapéutica, sobre todo la Hearing Voices Network, que reivindica “las alucinaciones auditivas” para quienes viven con ellas. La Anti-Anorexia League, fundada por Epston y descrita como un sistema para “identificar, documentar y difundir las prácticas y los conocimientos que contrarrestan las opiniones y las prácticas en los que se basa la anorexia” (White, en Epston y White, 1992, pág. 147) funciona de forma parecida.

David Smail (1996), con las siguientes afirmaciones, también parece buscar una post-terapéutica:

“En lugar de preocuparnos por intentar cambiar el medio maligno que rodea a nuestros clientes y que según nuestros análisis es el causante de la angustia de los mismos, parece que estamos profesando una especie de ‘teologismo’ psicoterapéutico que se limita a afirmar la validez de la terapia y se basa en la mística de la formación y las acreditaciones para justificar procedimientos que a veces son más propios de la magia (...) Creo que deberíamos considerar muy seriamente la posibilidad de que las personas puede que no necesiten tanto un análisis de su ‘psique’ como un análisis de sus circunstancias, sus fuerzas y sus recursos que les sirva para

evitar las influencias malignas que se les vienen encima". (pág. 14-15)

La post-terapéutica, como hemos visto, da una gran importancia a la facilitación del discurso y a la reflexión, y exige que se reconozca no sólo la importancia real de la angustia, sino también de otros problemas cotidianos. Ayudar a las personas es una tarea práctico-moral en la que no puede enofcarse como si existieran respuestas técnicas y racionales- cada encuentro representa un problema para "la acción del sujeto". Una vez que los presupuestos tácitos e incuestionables en los que se basa la psicoterapia se ponen en entredicho y se consideran como contingentes (ésta es una consecuencia positiva de los cambios que se están produciendo en la investigación del proceso psicoterapéutico), entonces se transforman en algo distinto. Esta visión de las cosas no nos proporcionará un nuevo orden perfecto e infalible, ni tampoco acabará con las condiciones constrictivas reales en las que se desarrollan nuestras actividades de asistencia a la humanidad, pero por lo menos podremos ser y actuar de forma distinta.

Hasta ahora la psicoterapia ha aceptado el postfundacionalismo y ha sabido interpretarlo y adaptarlo a su manera: "la autoridad terapéutica" y sus encantamientos siguen gozando de muy buena salud. Pero el hecho de redefinir la terapia como generativa, co-construida, y dialógica, y el uso de los recursos analíticos propios del discurso cualitativo para el estudio de la terapia, han sido cambios positivos, porque han provocado el cuestionamiento de lo que se daba por hecho. Sin embargo, algunos de los principios de las terapias postfundacionalistas tienen el poder potencial de camuflar el poder (usamos el término de forma neutra) de las armas más modernas. Esperamos que nuestros argumentos contribuyan de alguna manera a abrir el espacio discursivo en psicoterapia.

En la última década, la actividad terapéutica ha empezado a cuestionarse los fundamentos de sus propias afirmaciones. Sin poder refugiarse en el empirismo lógico ni en el realismo ingenuo debido a su crítica intrínseca hacia estas posiciones filosóficas, ha intentado buscar una respuesta en las epistemologías hermenéutica y postfundacionalista. Mediante el análisis de los temas de debate de la investigación del proceso terapéutico, podremos trazar el desarrollo de las actuales tendencias lingüísticas. El fin de la era de la búsqueda de certidumbres en el ámbito de la terapia ha tenido ciertas consecuencias que, hasta la fecha, han sido ignoradas tanto por los clínicos como por los teóricos, cuya intención de huir de las restricciones del cientificismo resulta incompatible con un inquebrantable compromiso con las prácticas terapéuticas, que son esencialmente normativas.

Palabras clave: contingencia, narrativa, postfundacionalismo, investigación, terapia.

Notas de los autores:

(1) Título inspirado en C. Bryant (1989). Una sociología sin fundamentos. *Polish Sociological Bulletin*, 87-88, 61-69.

(2) Smail proviene del materialismo estructural, sin embargo, al poner en entredicho la validez del “*insight*” y al entender la relación terapéutica como una forma (ordinaria) de interacción, se acerca a nuestra idea de post-terapéutica.

Traducción: Núria Álvarez Puig

Nota Editorial: Este artículo apareció con el título “Psychotherapy without foundations: hermeneutics, discourse and the end of Certainty”, en *Theory and Psychology*, 8 (5), 579-599, 1998. Agradecemos el permiso de su publicación.

Referencias bibliográficas:

- ANDERSON, H. & GOOLISHIAN, H.A. (1988) Human systems as linguistic systems: Preliminary and evolving ideas about the implications for clinical theory. *Family Process*, 27 (4), 317-393.
- ANDERSON, H. & GOOLISHIAN, H.A. (1990). Beyond cybernetics: Comments on Atkinson and Heath's: “Further thoughts on second-order family therapy”. *Family Process*, 29 (2), 157-163.
- BERNSTEIN, R.J. (1983) *Beyond objectivism and relativism: Science, hermeneutics and praxis*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- BOURDIEU, P. & WACQUANT, L.J. (1992) Invitation to reflexive sociology. Cambridge: Polity.
- ELLIOTT, R. & ANDERSON, C. (1994). Simplicity and complexity in psychotherapy research. In R.L. Russell (Ed.), *Reassessing psychotherapy research* (pp. 65-113). New York: Guilford.
- EPSTON, D. & WHITE, M. (1992) *Experience, contradiction, narrative and imagination*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.
- FOUCAULT, M. (1973). *The birth of the clinic: An archaeology of medical perception*. New York: Vintage.
- FOUCAULT, M. (1976). *Mental illness and psychology*. New York: Harper Colophon.
- FOUCAULT, M. (1980). *Power/knowledge: Selected interviews and other writings 1972-1977*. Brighton: Harvester.
- FOUCAULT, M. (1981). Questions of method. *Ideology and Consciousness*, 8, 13-14.
- FRASER, N. (1989). Unruly practices: Power, discourse and gender in contemporary social theory. Cambridge: Polity.
- FROSH, S. (1991). *Identity crisis: Modernity, psychoanalysis and the self*. London: Macmillan.
- FROSH, S. (1995). Postmodernism versus psychotherapy. *Journal of Family Therapy*, 17, 175-190.
- GARFINKEL, H. (1967). *Studies in ethnomethodology*. Cambridge: Polity.
- GIDDENS, A. (1991). *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Cambridge: Polity
- GOFFMAN, I. (1959). *The presentation of self in everyday life*. London: Penguin
- GRUNBAUM, A. (1996). Is psychoanalysis viable? In W. O'Donahue & R. F. Kitchener (Eds.), *The philosophy of psychology* (pp. 281-290). London: Sage.
- GREENBERG, L.S. (1994). The investigation of change: Its measurement and explanation. In R.L. Russell (Ed.) *Reassessing psychotherapy research* (pp. 114-143). New York: Guilford.
- HARRÉ, R. (1994). *The discursive mind*. London: Sage
- HELD, B.S. (1995). *Back to reality: A critique of postmodern theory in psychotherapy*. New York: Norton.
- HILL, C.E. (1994). From an experimental to an exploratory naturalistic approach to studying psychotherapy process. In R. Russel (Ed.), *Reassessing psychotherapy research* (pp. 144-165). New York: Guilford.

- HOFFMAN, L. (1990) Constructing realities: An art of lenses. *Family process*, 29, 1-12.
- HOLLON, S.D. (1996) The efficacy and effectiveness of psychotherapy relative to medications. *American Psychologist*, 51 (10), 1025-1030.
- KAYE, J. (1995) Postfoundationalism and the language of psychotherapy research. In J. Siegfried (Ed.), *Therapeutic and everyday discourse as behaviour change: Towards a micro-analysis in psychotherapy process research*. Norwood, NJ: Ablex.
- KIESLER, D.J. (1966) Some myths of psychotherapy research and the search for a paradigm. *Psychological Bulletin*, 65, 110-136.
- KVALE, S. (1992). Postmodern psychology: A contradiction in terms? In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 31-57). London: Sage.
- LYOTARD, F. (1984). *The postmodern condition: A report on knowledge*. Manchester: Manchester University Press.
- MAY, C. (1992a). Individual care: Power and subjectivity in therapeutic relationships. *Sociology*, 26, 589-602.
- MAY, C. (1992b). Nursing work, nurses' knowledge and the subjectification of the patient. *Sociology of Health and Illness*, 14, 472-487.
- MILLER, P. & ROSE, N. (1994). On therapeutic authority: Psychoanalytic expertise under advanced liberalism. *History of the Human Sciences*, 7 (3), 29-64.
- O'HANLON, B. (1994) The Third Wave. *The Family Therapy Networker*, Nov-Dec., 18-26.
- ORLINSKY, D.E. & HOWARD, K.I. (1986). Process and outcome in psychotherapy. In S.L. Garfield & A.E. Bergin (Eds.), *Handbook of psychotherapy and behaviour change* (3rd ed., pp. 311-381). New York: Wiley.
- ORLINSKY, D.E. & RUSSELL, R.L. (1994). Tradition and change in psychotherapy research: Notes in the fourth generation. In R.L. Russell (Ed.), *Reassessing psychotherapy research* (pp. 185-214). New York: Guilford.
- PARKER, I., GEORGACA, E., HARPER, D., MCLAUGHLIN, T. & STOWALL-SMITH, M. (1995). *Deconstructing psychopathology*. London: Sage.
- POLKINGHORNE, D. (1992). Postmodern epistemology of practice. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 146-165). London: Sage.
- RORTY, R. (1979). *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- RORTY, R. (1980). Pragmatism, relativism and irrationalism. *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 53, 719-738.
- RORTY, R. (1989). Foucault and epistemology. In D.C. Hoy (Ed.), *Foucault: a critical reader* (pp.41-50). Oxford: Blackwell.
- ROSE, N. (1989). *Governing the soul: The shaping of the private self*. London: Routledge.
- ROTH, A. & FONAGY, P. (1995). *Research on the efficacy and effectiveness of the psychotherapies*. Draft of report to the United Kingdom Department of Health.
- RUSSELL, R.L. (1986). The inadvisability of admixing psychoanalysis with other forms of psychotherapy. *Journal of Contemporary Psychotherapy*, 16, 76-85.
- RUSSELL, R.L. (1987). Psychotherapeutic discourse: Future directions and the critical pluralist attitude. In R.L. Russell (Ed.), *Language in psychotherapy: Strategies of discovery* (pp. 341-351). New York: Guilford.
- RUSSELL, R.L. (Ed.) (1994a) Reassessing psychotherapy research. New York: Guilford.
- RUSSELL, R.L. (1994b) Critically reading psychotherapy process research: A brief enactment. In R.L. Russell (Ed.) Reassessing psychotherapy research. (pp. 166-184) New York: Guilford.
- SASS, L.A. (1992) The epic of disbelief: The postmodernist turn in contemporary psychoanalysis. In S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism* (pp. 167-182). London: Sage.
- SCHAFER, R. (1980). *Narrative actions in psychoanalysis*. Worcester, MA: Clark University Press.
- SCHOLES, R. (1989). *Protocols of reading*. New Haven, CT: Yale University Press.
- SECHREST, L., MCKNIGHT, P. & MCKNIGHT, K. (1996). Calibration of measures for psychotherapy outcome studies. *American Psychologist*, 51 (10), 1065-1071.
- SEIGMAN, M.E.P. (1996). Science as an ally of practice. *American Psychologist*, 51 (10), 1072-1079.
- SHAPIRO, D.A., HARPER, H., STARTUP, M., REYNOLDS, S., BIRD, D., & SUOKAS, A. (1994). The high water mark of the drug metaphor: A meta-analytic critique of process-outcome research. In R.L. Russell (Ed.) *Reassessing psychotherapy research* (pp. 1-35). New York: Guilford.
- SHOTTER, J. (1994). Is there a logic in common-sense? The scope and the limits of Jan Smedslund's "geometric" psycho-logic. In J. Siegfried (Ed.), *The status of common sense in psychology* (pp. 149-168). Norwood, NJ: Ablex.
- SIEGFRIED, J. (Ed.) (1994) *The status of common sense in psychology*. Norwood, NJ: Ablex.

- SIEGFRIED, J. (1995). *Therapeutic and everyday discourse as behaviour change: Towards a micro- analysis in psychotherapy process research*. Norwood, NJ: Ablex.
- SILVERMAN, D. (1987). *Communication and medical practice*. London: Sage.
- SILVERMAN, D. (1989). The impossible dreams of reformism and romanticism. In J.F. Gubrium & D. Silverman (Eds.), *The politics of field research: Sociology beyond the Enlightenment*. London: Sage.
- SMAIL, D. (1996). Environmental cause and therapeutic cure: The impotence of insight. *Psychotherapy Section Newsletter, British Psychological Society*, 6-16.
- SMEDSLUND, J. (1988). *Psycho-logic*. New York: Springer.
- SPEED, B. (1991). Reality exists OK? An argument against constructivism and social constructionism. *Journal of Family Therapy*, 13, 395-409.
- SPENCE, D. (1982). *Narrative truth and historical truth*. New York: Basic Books.
- STANCOMBE, J. & WHITE, S. (1997). Notes on the tenacity of therapeutic presuppositions in process research: Examining the artfulness of blamings in family therapy. *Journal of Family Therapy*, 19 (1), 21-41.
- STILES, W.B. & SHAPIRO, D.A. (1989). Abuse of the drug metaphor in psychotherapy process-outcome research. *Clinical Psychology Review*, 9, 521-543.
- STILES, W.B., SHAPIRO, D.A. & HARPER, H. (1994). Finding the ways from process to outcome: Blind alleys and unmarked trails. In R. L. Russell (Ed.) *Reassessing psychotherapy research* (pp. 36-64). New York: Guilford.
- WHITE, S. (1996). Regulating mental health and motherhood in contemporary welfare services: Anxious attachments or attachment anxiety? *Critical Social Policy*, 16 (1), 67-94.

¿NO HABRA LLEGADO LA HORA DE DE-CONSTRUIR EL CONSTRUCTIVISMO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA?

Maureen O'Hara

Center for the Studies of the Person.

1125 Torrey Pines Road, La Jolla, CA 92037, USA

I revisit the debates over absolutism versus relativism, freedom versus determination, objectivism versus subjectivism, representationalism versus nominalism, determinacy versus indeterminacy, and other manifestations of the realism versus constructivism debate in psychology. I consider the advantages and drawbacks of both extremes and suggest that although as a critique of mainstream scientific psychology the postmodern discourse has been fruitful for clinical theory and practice, as its extreme it undermines its own claims as a basis for healing because it denies the legitimacy of any authority. Referring to recent thinking in cross-cultural psychology and neuro-science. I suggest that there may be certain universal givens that form limiting constraints on how far a psychologist can take indeterminacy. I suggest that psychologists hold a double vision, using each end of the realist-constructivist spectrum of positions of a limiting frame for the other.

Key words: constructivism, constructionism, clinical psychology, freedom, determinism

INTRODUCCION

Permítaseme comenzar de una forma postmodernista, ubicándome yo misma en el contexto del debate psicológico postmodernista. Supongo que estaba destinada a acabar cayendo de lleno en medio del debate abierto sobre las relación entre contextos y significados. Más de veinte años de ejercer la psicología con psicoterapeutas que llevaban cientos de apellidos (centrados en la persona, gestálticos, feministas, emancipacionistas, etc.) dan como resultado miles de horas invertidas en profundas conversaciones, a menudo extremadamente intensas tanto a nivel emocional como intelectual, y además, con muy diversa gente. He participado en diálogos terapéuticos con los intelectuales de la Ivy League, con suburbanitas del sur de California, con trabajadores de fábricas inglesas, con ejecutivos japoneses,

con habitantes analfabetos de las favelas de América latina, con aristócratas rurales de Italia y Brasil, y con colegas investigadores de muy diversos países. He tenido el raro privilegio de poder acceder a los universos íntimos de heterosexuales, lesbianas, gays y bisexuales. Gente joven y personas mayores; miembros de las clases dominantes y miembros de las clases oprimidas. A través de los años, tal cantidad de historias vitales, presentadas bajo la forma de las voces, los idiomas y las narrativas de esa enorme variedad de personas, acompañado de esa posición rogeriana/freiriana que intenta profundizar lo máximo posible en el mundo fenomenológico de la vida del cliente, me ha llevado forzosamente a evaluar de forma crítica y a llegar a de-construir mi propio punto de vista, típico de la clase trabajadora europea modernista, y pasar a verlo como lo que en realidad es: una de entre tantas otras formas viables de comprender y dar significado al mundo. Y aunque estas experiencias tan numerosas y plurales me han llevado a asumir un punto de vista postmodernista, también han reafirmado mi creencia respecto a que la gente suele optar por llegar a significados compartidos y mutuos respecto a las cosas. Por esta razón, no puedo dejar de plantearme si no habrá llegado el momento de de-construir el constructivismo.

OTRA MIRADA A LAS PERENNES PARADOJAS

En el debate constructivista no hay novedades. Gran parte del mismo es el tema perenne de las discusiones sobre la realidad que se han dado a través de la historia. Lo ha hecho bajo muy diversos nombres: absolutismo frente a relativismo, libertad frente a determinismo, naturaleza frente a ambiente, objetivismo frente a subjetivismo, realismo frente a constructivismo, y representacionalismo frente a nominalismo, son sólo algunos de los nombres que ha recibido en Occidente. Se trata de una puesta en escena que ha movilizad desde eruditos filósofos a cínicos pseudo-artistas.

En nuestra generación, esta vieja discusión ha vuelto a intensificarse. Se ha reavivado bajo el enorme éxito cosechado por los intelectuales críticos –muchos de ellos provenientes de grupos y disciplinas culturalmente marginadas- al demostrar, tanto de una forma empírica como filosófica, los orígenes ideológicos de muchos de los principios aparentemente sólidos del conocimiento establecido. Partiendo de puntos de vista calificados como “diferentes” por los discursos dominantes, han obtenido un enorme éxito al haber identificado las propiedades hegemónicas de muchas de las llamadas disciplinas objetivistas. Este proceso, por el cual se ha intensificado la discusión entre realismo y constructivismo se hace especialmente visible (aunque es importante resaltar que no de forma única) en las esferas sociales y psicológicas. Historiadores de la ciencia (Gould, 1980; Keller, 1985; Laqueur, 1990; Showalter, 1985), psicólogos/as feministas (Belenky y otros, 1986; Chesler, 1972; Gilligan, 1982; Hare-Mustin y Marecek, 1990; Maccoby y Jacklin, 1975; Weedon, 1987; Weisstein, 1971), antipsiquiatras (Laing, 1967; Szasz, 1970), psicólogos (Gergen, 1991; Maslow, 1966; Rogers, 1961), sociólogos (Berger y

Luckmann, 1966; D.E. Smith, 1990) y tantos otros innumerables autores han reexaminado de forma crítica los presupuestos de la psicología clásica y han puesto de relieve a través de la ilustración de casos los sesgos y las ficciones sociales sobre los que se sustenta, así como los poderosos marcos de referencias selectivos, contruidos por grupos sociales determinados, algunos de los cuales se han mantenido en el tiempo a través del lenguaje y de prácticas tradicionales, durante largos periodos de nuestra historia intelectual y social.

La capacidad inferior para el razonamiento moral, atribuida a las mujeres, no es más que uno de los ejemplos conocidos, construida como tal a partir de los discursos míticos, eclesiásticos, políticos y científicos originados a partir de las narraciones bíblicas de Eva, pasando por San Agustín y Freud, hasta llegar a los estudios del desarrollo moral de Lawrence Kohlberg en los años sesenta. Una teoría que durante un tiempo fue considerada como un hecho sólido, y que iba acumulando evidencias confirmatorias en diversas y numerosas disciplinas, y que ha acabado por derrumbarse una vez que las mujeres han empezado a cuestionar en sus investigaciones las cosas y, lo que es más importante, una vez que han empezado a acceder a las publicaciones científicas (Gilligan, 1982).

PLURALISMO DENTRO DEL DIÁLOGO CONSTRUCTIVISTA

En el contexto de la psicología americana, el discurso constructivista no constituye en absoluto un movimiento monolítico. Se ha ido configurando a partir de toda una amalgama de perspectivas diferentes. En el plano filosófico deriva de Kant, a través de Hegel, Marx, Gramsci y Foucault, y se introduce en el mundo de la psicoterapia a través de los trabajos de Kelly, Bateson, Lacan, Laing, Maslow, el último Rogers, de los terapeutas radicales y feministas, etno-terapeutas, y, en los últimos tiempos, de los terapeutas familiares, con una no despreciable influencia del Budismo Zen y del Sufismo; los constructivistas han hecho del “rechazo al representacionalismo” (Gergen, 1984) su reivindicación más famosa. Defienden que aquello que los humanos refieren como realidad, incluyendo sus propias realidades psíquicas “internas” y privadas, no son más que ficciones. La experiencia humana consiste en las historias que los seres humanos construyen, y se cuentan unos a otros.

No creo que quede demasiada gente que dude todavía de que algunas de las ideas que la humanidad conservaba sobre sí misma no son más que construcciones sociales localizadas en la historia y en la cultura. Tampoco imagino que queden muchos que nieguen la importancia del contexto, especialmente de los contextos sociales que constituyen el lenguaje, el discurso y la tradición en el proceso de elaboración del significado. Se quiera o no, hemos entrado todos en un universo de indeterminismo.

¿Hasta dónde llegará el indeterminismo de los terapeutas?

El dilema para los psicólogos constructivistas –tanto los clínicos como los científicos– reside en la cuestión de hasta dónde deben llevar su indeterminismo. Incluso si el o la terapeuta admite, como Kelly (1969), que todo aquello que se puede construir también se puede de-construir, la cuestión seguirá siendo hasta qué punto la gente es libre (o necesita serlo) para reconstruir el mundo desligado de las presiones de cualquier supuesto o herencia natural.

Los constructivistas no son todos iguales. Entre los constructivistas de la esfera psicológica, pueden oírse en la actualidad dos voces diferentes. Un grupo – que podría denominarse el de los constructivistas radicales, de la línea dura-defiende, de acuerdo con los post-estructuralistas, que las realidades y significados psicológicos pueden de-construirse, reenfocarse y reconstruirse indefinidamente. Los constructivistas radicales son anti-realistas y se posicionan bajo la afirmación de que no existe realidad ni por debajo ni más allá de las construcciones lingüísticas (Held, 1995). La psicoterapia se concibe como una sucesión de conversaciones con el propósito de desmontar las construcciones lingüísticas disfuncionales, y también como el vehículo que permite enseñar a los clientes las habilidades dialógicas que necesitan para pasar de un contexto a otro, respondiendo de una manera flexible e improvisada a la situación emergente. Lo que la gente toma como experiencia no es más real que las construcciones que se producen durante el proceso (Efran y otros, 1990; Gergen, 1991; Hare-Munstin y Marececk, 1990; Hoffman, 1988; Kristeva, 1980).

Existe otro grupo constructivista, más moderado, que podría denominarse como el de los constructivistas de la línea débil. Afirman que la conciencia consiste en construcciones, pero conciben estas construcciones como indicios superficiales que remiten a un experiencia más profunda, más esencial y universal. La psicoterapia, como una forma de heurística, pretende bucear entre estos indicios para encontrar supuestos o significados potencialmente universales (Gadamer, 1975; Giddens, 1991; O'Hara, 1986; Polanyi, 1969; B.M. Smith, 1994; Taylor, 1990).

Para los constructivistas radicales, lo que la gente designa como “sí mismos” o “subjetividades”, no son más que el resultado de dar rienda suelta a improvisaciones emergentes, productos de contextos dialógicos específicos. Cambia de discurso y cambiarás de “self”. Los constructivistas moderados, en cambio, adoptan la postura de que, pese a que el “sí mismo” es mucho más flexible y variable de lo que el más respetuoso racionalista modernista estaría dispuesto a tolerar, existen las bases orgánicas, existenciales o espirituales, que configuran los límites dentro de los cuales se experimenta y luego conceptualiza el “sí mismo”.

En otros tiempos, y como defensora del feminismo-emancipador que soy, encontraba muy poderoso y liberador el concepto de indeterminismo radical y de potencialidad ilimitada para la auto-recreación que ofrecen los constructivistas radicales. Hoy, sin embargo, creo que, a pesar de lo productivo que haya llegado a

ser para las humanidades, el constructivismo radical constituye una base gravemente limitada para la práctica de la psicología clínica. Y todavía resulta más limitado, por no decir fatalmente deficitario, en la esfera de la política pública, pero dejo esta discusión para otra ocasión.

CONSTRUCTIVISMO COMO PSICOLOGÍA CLÍNICA

Génesis modernista de la práctica clínica

Las limitaciones del constructivismo en la práctica clínica se refieren tanto a un aspecto epistemológico como pragmático. Después de todo, la psicología clínica es la quintaesencia del proyecto modernista. Configura su autoridad, como discurso, a partir del modernismo autocomplaciente que tuvo sus orígenes en el siglo XIX. Existe un supuesto tácito, a veces hasta explícito, en la psicología clínica, que forma parte del contrato que establece los términos y marcos de referencia de la terapia entre el terapeuta y el cliente, acerca de que las conversaciones terapéuticas están cargadas de significado, de propósito, y constituyen una actividad válida que lleva a alguna parte, de alguna manera mejor y más real.

Para que la psicoterapia sea eficaz, es necesario que las personas que participan en ella, tanto el terapeuta como el cliente, consideren que no todo es aleatorio y arbitrario, y que, pese a que en este momento no pueda verse, existe una coherencia, y van a poder encontrarse unas causas, significados y remedios para el sufrimiento. Si este supuesto tácito, como cualquier otro, se deconstruye radicalmente y se explica únicamente como representante de las inversiones colectivas de las élites psicológicas establecidas, es justo afirmar que de esta forma desaparecerá la justificación para la práctica de la psicología clínica, dejándola únicamente, tal y como los críticos radicales se han encargado de apuntar, como cínico medio comercial o de control social coercitivo (Chesler, 1972; Foucault, 1965; Szaz, 1970; Weedon, 1987).

Algunos psicoterapeutas constructivistas radicales parecen conformarse con continuar con la práctica pese a haber llegado a la conclusión de que, en último término, no puede justificarse ninguna demanda terapéutica ¿Es realmente sostenible todo esto?

Supuestos de coherencia y significado

Como indicaba Polanyi (1969), el deseo de creer en una mayor coherencia es la condición *sine qua non* tanto para las empresas científicas como psicoterapéuticas. Recientes hallazgos en el campo de la evolución de la mente sugieren que la necesidad de encontrar coherencia constituye uno de los procesos psicológicos humanos más básicos. Allman (1994), por ejemplo, defiende que la psique humana no hubiera evolucionado como la ha hecho a no ser por la necesidad que tiene el hombre de conocer –de forma cierta- qué es lo que estaba pasando en las mentes de otros miembros de la comunidad. Si la gente se hubiera quedado al nivel de las

señales superficiales, se hubiera visto inundada por *inputs* sensoriales indescifrables, y se hubiera perdido en medio de una incoherencia superficial interminable, carente de significado y hasta enloquecedora. Sin esta “intencionalidad universal” –la creencia compartida entre las personas de que sus expresiones apuntan a algo que está más allá de sí mismos o, en otras palabras, que significan algo- la práctica de la psicoterapia deconstructivista, en lugar de conducir a mayores niveles de salud, tal y como promete, conduciría al cinismo y, en algunos casos a la locura.

Así pues, parece que existe una buena razón para creer que es algo más que una ficción lo que permite unir las psiques y las comunidades humanas. También parecen haber razones que permiten pensar que al menos ciertas realidades psicológicas internas se proyectan de forma fidedigna sobre el mundo real. Y parece haber también una buena razón para pensar que los lenguajes humanos (lenguajes matemáticos, los narrativos y otras construcciones sociales) son expresiones creativas de verdades más profundas y amplias que hablan (aunque de forma críptica) de ciertos universales compartidos sobre la vida entre los seres humanos del planeta.

SUPUESTOS Y UNIVERSALES EN LA VIDA PSICOLÓGICA

No es este el lugar apropiado para dar cuenta de toda la evidencia que confirma la existencia de universales que afectan y establecen límites a las realidades socialmente construidas. Pero sí voy a proporcionar unos pocos ejemplos seleccionados:

- La depresión -cogniciones negativas, desesperanza, preocupación por la muerte, afectividad inhibida, excesiva preocupación por el sufrimiento, y sensación de una total falta de sentido último- está considerada una enfermedad en nuestro Occidente optimista, mientras que en las culturas budistas, un estado tal se cultiva, y pasa a ser visto como señal de una mente superior (Obeyesekere, 1985). Sin embargo, en ambos casos pueden indicarse inhibidores de la recaptación de la serotonina (Epstein, 1993).

- Hasta un cierto punto, el significado de los colores es algo relativo en función de las culturas, pero todas ellas conocen al menos el negro y el blanco; en el caso de que la cultura en cuestión conozca tres colores, el tercero es el rojo; si hay un cuarto, sería el amarillo-verde. Las culturas con múltiples colores comparten alrededor de ocho colores básicos reconocidos (Lakoff, 1987).

- Estudios trans-culturales, así como otros que comparan las expresiones faciales de los niños ciegos con respecto a los videntes revelan que existen por lo menos seis emociones humanas básicas reconocibles o tal vez universales entre los humanos (Ekman y otros, 1982).

- Conceptos como los de vida y no vida, de bueno y malo, de aquí y allá, de esto y de aquello, de comestible y no comestible, de detenerse y continuar son universalmente conocidos.

La investigación reciente sobre el cerebro sugiere que al menos algunas de las categorías que la humanidad utiliza para describir la realidad, y que se manifiestan como “símbolos” o incluso como “conceptos” en la construcción social, existen en forma de información química y topológica dentro de la estructura cerebral humana. Situado casi en el extremo opuesto con respecto a los construccionistas sociales, Gazzaniga (1992) sugiere que lo que hay ahí fuera es real y que la propia evolución del organismo humano, incluida la conciencia, emerge y se explica en términos de materia real. Las construcciones sociales humanas, incluso las matemáticas, los productos “internos”, rastrear como lo hacen el mundo porque lo que está “ahí fuera” está también “ahí dentro”, ejerciendo de patrones tanto fijos como modificables de conexiones y excitaciones neuronales, y se seleccionan a partir de su experiencia con el mundo, a través de escalas temporales biográficas o evolucionistas. Un posicionamiento tal ya era visible en el trabajo del zoólogo de inicios de siglo, Thompson (1917), y se ha visto confirmado por estudios más recientes, como el de Melzack (1990), referente al fenómeno del miembro fantasma. Melzack subraya que la existencia de experiencias de miembros fantasma, incluso en personas que han nacido sin el miembro en cuestión, sugiere que en su camino hasta el ser humano, la evolución ha asignado a la mente importantes actividades y experiencias. Allman (1994) ha defendido recientemente que la psique humana existente – sus componentes intelectuales y emocionales; su comprensión del mundo natural e interpersonal; su capacidad para el arte, para el uso del lenguaje y para otorgar significados-, evolucionó en respuesta a la vida del ser humano como primate social, en la que los significados de los otros en el grupo social tenían relevancia en cuestiones, por ejemplo, como la vida y la muerte.

En el contexto de la realidad social, y a pesar de frecuentes malentendidos jocosos o trágicos, la gente se muestra más o menos capaz de comprender las construcciones de los demás. Yo afirmo que ello se debe a que las construcciones sociales, cualquiera que sea sus particularidades o matices, se producen en seres similares en respuesta a un mundo que presenta cuestiones biológicas, existenciales y espirituales parecidas. Todo eso debe llevar a los psicólogos clínicos a rechazar el indeterminismo radical propio de la línea dura del constructivismo. No estoy sugiriendo que los psicólogos clínicos abandonen el constructivismo y vuelvan al determinismo primitivo, sea científico o místico. Más bien, creo que deberían considerar la posibilidad de que pueda haber algo (¿me atreveré a decirlo?) universal en la misma cuestión a debate. ¿Podría ser que en la misma cuestión de, por ejemplo, absolutismo frente a relativismo, el debate tenga sentido porque ambas cualidades existen como propiedades intrínsecas tanto de la mente como de la materia?

Tensiones esenciales: Evitación de extremos

Cuando los constructivistas defienden que abandonar la certeza permitirá a los modernistas basados en la tradición entrar en el juego de la improvisación social original, y que ello puede constituir un rayo de esperanza ante un audaz mundo postmodernista, en el que las viejas estructuras de poder explotadoras se verán sustituidas por otras que permitan un acceso más amplio a los beneficios de la civilización, seguramente tienen razón. Pero también la tienen los neurólogos que atribuyen al menos algunos de los aspectos de la vida psicológica—estilos cognitivos, algunas diferencias de género, patrones de vida familiar, e imaginaria arquetípica, por ejemplo-, al legado neurológico heredado o tal vez compartido.

Pero es en el momento en que los terapeutas optan por el determinismo o por la posición constructivista en sus extremos cuando aparecen los problemas. Independientemente del extremo que se asuma, se evapora el terreno abonado para la vitalidad o la individualidad. Si se parte de una posición determinista absolutista, defendiendo que los seres humanos están determinados por los genes, encerrados entre patrones cognitivos, complejos edípicos o tendencias auto-actualizantes, se llega a una visión de un ser humano conducido por algo inerte, repetitivo, con compulsiones robóticas. El deseo, la aspiración humana, que es expresión de lo humano, desaparece. Y si se asume el punto de vista postmodernista/relativista extremo, en el que todos los contextos se convierten en contextos de otros contextos, vuelve a desaparecer el medio humano, y la existencia individual pierde sentido, excepto cuando se legitima en los otros o en la circunstancia. Desde la psicología, ambos extremos conducen al vacío y a la deserción.

Afortunadamente, no parece que este paisaje desolador vaya a convertirse en la norma. Los humanos constituyen un conjunto creativo, juguetón, relativamente estable, coherente y expresivo, que intenta disfrutar de la vida cada vez que puede y que no parece cansarse nunca de hacer preguntas impertinentes destinadas a derribar certezas e incertidumbres previas. No es descabellado especular que los viejos dilemas filosóficos no van a resolverse en el terreno de lo abstracto, sino que sólo van a tener solución en el concreto alboroto de la vida cotidiana, la cual, a pesar de lo que les gustaría creer a los filósofos, avanza con o sin claridad filosófica. Los clínicos que, según creo, también habitan en ese alboroto de la vida cotidiana, deben aprender a asumir la paradoja. Puede que resulte útil asumir posiciones más absolutistas en algunos aspectos de la realidad psicológica, como el papel central de la relación temprana entre padres y niños en el desarrollo de la conciencia, y en cambio, posiciones más relativas en otros aspectos, como el significado o sentido de la experiencia religiosa. Pero en general, creo que los psicólogos deben aspirar a moverse en más de uno de los discursos propios de la comunidad de referencia. En lugar de buscar en psicología el equivalente de una gran teoría física omnicompreensiva, los clínicos deberían aprender a asumir ambas o una doble postura y a intentar trazar un sendero entre Scila del absolutismo y Caribdis del

relativismo paralizante, evitando el forzarse a sí mismos a tener que elegir entre uno de los dos extremos, para dejar que la existencia de cada posición proporcione un reto interpretativo para el otro. Asumiendo esta doble postura dialógica, podrán, por ejemplo, interpretar el conocimiento biológico mediante el mundo de los significados y de contextos sociales, y viceversa, permitiendo a cada uno de ellos ejercer de límite del otro.

Pretensiones de universalidad

La emancipación humana sigue progresando, tal y como es de prever, y la mente y la conciencia están aún evolucionando. Parece razonable especular que la evolución del mundo que ha llevado a la gente de las tribus a las grandes ciudades va a crear nuevas exigencias respecto a las habilidades psicológicas y sociales de los seres humanos. El éxito conseguido por la humanidad al superar la paradoja del absolutismo/contextualismo ha permitido que la conciencia llegara a este punto, y por eso creo que merece mantenerse en esta doble posición. Sin embargo, y de acuerdo con Polanyi (1969) y Gadamer (1975), creo que pese a que la gente puede mantenerse en esta doble posición de una forma heurística, lo hacen desde una intención universal, con la creencia –sí, creyendo– que al ir más allá de las apariencias superficiales llegarán a universales compartidos. Defiendo, por lo menos, “la pretensión de universalidad en el acto de comprensión y expresión” (Gadamer, p.493), y partiendo del convencimiento de que el conocimiento no se detiene nunca, sino que siempre está en proceso de convertirse en algo nuevo, “no se puede desestimar la posibilidad de llegar a un acuerdo entre seres razonables” (Gadamer, p. 180). Incluso en un momento en que la humanidad toma conciencia de la posibilidad de deconstruir narrativas ancestrales, no se debe abandonar la búsqueda de vías no coercitivas para llegar a significados compartidos por todos, al mismo tiempo que se acepta que la propia experiencia de este viaje es mucho más importante que el punto de llegada.

En este artículo me he propuesto llevar a cabo una revisión de los debates abiertos en la actualidad entre el absolutismo frente al relativismo, la libertad frente a la determinación, el objetivismo frente al subjetivismo, el representacionalismo frente al nominalismo, el determinismo frente al indeterminismo, y otras manifestaciones de la polémica que enfrenta al realismo con el constructivismo en psicología. Para ello, tomo en cuenta las ventajas e inconvenientes de ambos extremos y sugiero que, aunque el discurso postmodernista haya dado muchos frutos tanto en la teoría como en la práctica clínica, erigiéndose en voz crítica de la corriente principal de la psicología científica, cuando se lleva al extremo atenta contra sus propias aspiraciones de convertirse en fuente de curación, ya que niega la legitimidad de cualquier autoridad. Considerando el pensamiento imperante actualmente en la psicología y la neurociencia transcultural, sugiero que los psicólogos utilicen ambas visiones, usando los extremos del espectro realismo-constructivismo como marco que limite la acción del otro.

Palabras clave: constructivismo, construccionismo, psicología clínica, determinismo, libertad.

Nota Editorial: Este artículo se basa en una conferencia presentada en la 102ª Convención Anual de la Asociación Americana de Psicología, celebrada en Los Angeles, California, en Agosto de 1994 y apareció publicado en el *Journal of Constructivist Psychology*, 8 (4), 293-303, 1995 con el título "Is it time for clinical psychology to deconstruct constructivism?". Agradecemos el permiso para su publicación

Traducción de: Isabel Custodio Novaro

Referencias bibliográficas:

- ALLMAN, W (1994): *The Stone Age present*. New York: Simon & Shuster.
- BELENKY, M.F., CLINCHY, B.M., GOLDBERGER, N.R., Y TARULE, J.L. (1986): *Women's ways of knowing: Development of self, voice and mind*. New York: Basic Books.
- BERGER, P.L. Y LUCKMANN, R. (1966): *The social construction of reality: A treatise in the sociology of knowledge*. Garden City, NY: Doubleday.
- CHESLER, P (1972): *Women and madness*. Garden City, NY: Doubleday.
- EFRAN, J.S., LUCKENS, M.D., Y LUCKENS, R.J. (1990): *Language, structure and change: Frameworks of meaning of psychotherapy*. New York: Norton.
- EKMAN, P., FRIESEN, W.V., Y ELLSWORTH, P (1982): What are the similarities and differences in facial behavior across cultures? En P. Ekman (Ed.): *Emotions in the human face*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- EPSTEIN, M. (1993, Fall): Awakening with Prozac: Pharmaceuticals and practice. *Tricycle: The Buddhist Review*.
- FOUCAULT, M. (1965): *Madness and civilization: A history of insanity in the Age of Reason*. New York: Random House.
- GADAMER, H-G. (1975): *Truth and Method*. New York: Crossroad.
- GAZZANIGA, M.S. (1992): *Nature's mind: The biological roots of thinking, emotions, sexuality, language and intelligence*. New York: Basic Books.
- GERGEN, K.J. (1991): *The saturated self: Dilemmas of identity in contemporary life*. New York: Basic Books.
- GERGEN, K.J. (1994): Exploring the postmodern: Perils or potentials? *American Psychologist*, 49, 412-414.

- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and identity: Self and society in the late modern age*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- GILLIGAN, C. (1982): *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- GOULD, S.J. (1980): Sociobiology and the theory of the natural selection. En G.W. Barlow y J. Silverberg (EDS.): *Sociobiology: Beyond nature/nurture? Reports, definitions, and debate*. AAAS Selected Symposium (pp. 257-269). Boulder, CO: Westview Press.
- HARE-MUSTIN, R.T. Y MARECEK, J. (EDS.) (1990): *Making a difference: Psychology and the construction of gender*. New Haven, CT: Yale University Press.
- HELD, B. S. (1995). The real meaning of Constructivism. *Journal of Constructivist Psychology*, 8 (4), 305-316.
- HOFFMAN, L. (1988): A constructivist position for family therapy. *Irish Journal of Psychology*, 9, 110-129.
- KELLER, E.F. (1985): *Reflections on gender and science*. New Haven, CT: Yale University Press.
- KELLY, G.A. (1969): *Clinical Psychology and Personality: The selected papers of George Kelly*. New York: Wiley.
- KRISTEVA, J. (1980): *Desire in language*. New York: Columbia University Press.
- LAINING, R.D. (1967): *The politics of experience*. New York: Ballantine Books.
- LAKOFF, G. (1987): *Women, fire and dangerous things: What categories reveal about the mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- LAQUEUR, T (1990): *Making sex: Body and gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- MACCOBY, E.E. & JACKLIN, C.N. (1975): *The psychology of sex differences*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- MASLOW, A. (1966): *The Psychology of science: A reconnaissance*. New York: Harper & Row.
- MELZACK, R. (1990): Phantom limbs. *Scientific American*, 266, 120-126.
- OBEYESEKERE, G. (1985): Depression, Buddhism, and the work of culture in Sri Lanka. En A. Kleinman & B. Good (Eds.): *Culture and Depression* (pp. 134-152). Berkeley, CA: University of California Press.
- O'HARA, M. (1986): Heuristic inquiry as psychotherapy: The client-centered approach. *Person-centered Review*, 1, 172-184.
- POLANYI, M. (1969): *Knowing and being*. Chicago: University of Chicago Press.
- ROGERS, C.R. (1961): *On becoming a person*. Boston: Houghton Mifflin.
- SHOWALTER, E. (1985): *The female malady*. New York: Pantheon.
- SMITH, B.M. (1994): Selfhood at risk: Postmodern perils and the perils of postmodernism. *American Psychologist*, 49, 404-411.
- SMITH, D.E. (1990): *The conceptual practices of power: A feminist sociology of knowledge*. Boston: Northeastern University Press.
- SZAZ, T. (1970): *The manufacture of madness*. New York: Harper & Row.
- TAYLOR, C. (1990): *The ethics of authenticity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- THOMPSON, D. (1917): *On growth and form*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- WEEDON, C. (1987): *Feminist practice and poststructural theory*. Oxford, U.K.: Basil Blackwell.
- WEISSTEIN, N. (1971): Psychology constructs the female. En V. Gornick & K.B. Moran (Eds.) *Women in sexist society* (pp. 133-146). New York: Basic Books.

REVISTA DE PSICOTERAPIA

La REVISTA DE PSICOTERAPIA es una revista internacional, escrita en castellano, con la colaboración de algunas de las plumas nacionales e internacionales de más reconocido prestigio en el mundo de la psicoterapia, que lleva publicados ya 32 números desde su aparición en el año 1990. Una revista abierta a los planteamientos más actuales de la psicoterapia y receptiva con los más tradicionales.

Una publicación de carácter monográfico y de aparición cuatrimestral, que edita cuatro números al año (dos sencillos y uno doble) con un total de 352 páginas de literatura psicoterapéutica. Una revista dirigida a todos los profesionales de la psicoterapia, la psiquiatría, la psicología y demás trabajadores en el ámbito de la salud mental.

CAMPAÑA DE PROMOCION AÑO 1999 OFERTAS PARA NUEVOS SUSCRIPTORES

MODALIDADES DE SUSCRIPCIÓN

A.- Suscripción para el año 1999 (números 37-40):
Precio de suscripción por 5.000 ptas. (IVA incluido).

B.- Suscripción a *toda la colección* desde principios de 1990 hasta finales de 1999. Oferta por 25.000 ptas. (IVA incluido).
Comprende 40 números, los 36 publicados y los cuatro que faltan por publicar en el momento de esta oferta, excepto números agotados según existencias en el momento de la suscripción.

Para información y suscripciones dirigirse a

REVISTA DE PSICOTERAPIA
GRAO (SERVEIS PEDAGOGICS, S.L.)
c./ Francesc Tàrraga, 32-34 - 08027 BARCELONA
Tel.: (93) 408 0464 - Fax: (93) 352 4337

PSICOTERAPIA: ASPECTOS METODOLÓGICOS, CUESTIONES CLÍNICAS Y PROBLEMAS ABIERTOS DESDE UNA PERSPECTIVA POSTRAZIONALISTA

Vittorio Guidano
Centro Terapia Posrazionalista
Via Marcoantonio Colonna, 60. 00192 Roma.
vguidano@mail.nexus.it.

INTRODUCCION

La finalidad de esta comunicación es considerar aquellos temas abiertos o controvertidos en el constructivismo actual, pero especialmente en relación a sus implicaciones psicoterapéuticas. El constructivismo actual es una área que, por una parte, se ha ido convirtiendo en algo cada vez más popular, pero que, por otra, en su interior no se halla suficientemente diferenciada, ni es suficientemente homogénea, razón por la cual existen aspectos controvertidos sobre algunas cuestiones básicas que influyen ampliamente sobre los distintos métodos terapéuticos en el seno del propio constructivismo. Me gustaría referirme en esta comunicación a tres temas principales con sus repercusiones sobre el campo terapéutico. El primero hace referencia al tema del self; el segundo al del significado y el tercero a la manera de entender las narrativas, dada la importancia y la popularidad que las narrativas están alcanzando en estos últimos años.

El self

Empecemos por el primer tema: el problema del self. Es éste un problema bastante evidente, como ha subrayado Bob Niemeyer (1995) en el libro editado por él y Mahoney. Si dirigimos una mirada al mundo constructivista actual existe la idea de que hay dos polaridades, dos modalidades principales relativas a la concepción del self: el verlo como un proceso unitario o centralizado y el de verlo como un proceso más fraccionado, como el resultado de una trama de conversaciones.

Creo que a propósito de este tema existe confusión respecto a concebir el self como un proceso o como una entidad. Me doy cuenta de que hoy ya casi nadie lo considera como entidad en el sentido tradicional, racionalista, cartesiano del

“*cogito ergo sum*”: es decir como un self sin contexto, un self impersonal, el self como un constructo o entidad central. Esta visión hoy día se puede decir ciertamente que ya no existe. Pero, a mi juicio, incluso en aquellos autores que sostienen una concepción del self fragmentado, como cruce de conversaciones, se puede ver esta tendencia de decontextualizar al self, de sacarlo de su contexto personal. Por ejemplo: me refiero a un autor, Mascolo, bien conocido por otra parte en el mundo constructivista que dice literalmente:

“*Si bien el self es inherentemente fragmentario, su desarrollo se produce en la dirección de una integración progresivamente creciente*”. (Mascolo y Fischer, 1998).

Me parece que, incluso en aquellos autores que plantean una concepción del self fragmentario, surge la exigencia de invocar de alguna manera una capacidad de integración que lo hace desarrollar de una manera unitaria, aunque parezca a veces que esta capacidad de integración salga de la nada o se dé por supuesta. Existe pues una tendencia a ver el self como correspondiente o equivalente a los “ingredientes” o estructuras de la mente: el self como memoria, como percepción o como razonamiento; las estructuras de la mente son subsistemas que, como todos los sistemas complejos, gozan de un control coaligado, que son ampliamente autónomos, pero coordinados en el interior de un proceso unitario. La tendencia a la unidad del self, no se puede considerar en el juego de sus ingredientes sino en la procesualidad: el self es esencialmente un proceso, no es una entidad, no es una estructura, no es un conjunto de estructuras, sino el proceso que da a todas estas estructuras una configuración u organización de conjunto, es un proceso cuyo desarrollo consiste en mantenerlas siempre de alguna manera unidas.

Pero quiero referirme también a otro aspecto en el que de nuevo se presenta un self de tipo acontextual, sin referencia al contexto. Me refiero a una concepción del self muy conocida: al llamado self vacío “*the empty self*” de Gergen (1991), quien dice en su libro muy famoso el “self saturado” que el self actual se halla disuelto, es una entidad ilusoria, y lo presenta como emblema de la situación postmoderna. Creo que este es un modo de aproximarse a un problema, el de las transformaciones de la conciencia contemporánea, separándolo del contexto evolutivo y del desarrollo. Sabemos que el self, la conciencia de sí mismo era distinta hace 50 años, o en el siglo pasado, sabemos que es diversa a la de la Edad Media o del Renacimiento. Hoy tenemos una gran cantidad de datos históricos que nos permiten reconstruir también la historia de la identidad personal. Por tanto se trata de un proceso evolutivo que lleva mucho tiempo. ¿Quién nos asegura que hemos llegado a la fase culminante y que el self que hoy vivimos como self vacío sea siempre el self que ha sido siempre, que ha sido siempre una ilusión. Pero no sólo es eso, sino que este self vacío no deja de ser en cualquier caso un self agente: “agentividad”. Una agentividad en persona, que vive, que evoluciona, que mantiene todas sus características de self como proceso activo y unitario.

Desde la óptica que intento desarrollar con otros colegas desde hace muchos años prefiero ver el self como un proceso evolutivo, que tiene una historia evolutiva y que tiene una historia ontológica. Lo digo precisamente para aclarar algunos aspectos que son hoy día controvertidos. Si lo vemos como un proceso evolutivo, es decir, como una capacidad de referirse a sí mismo y a los otros que aparece a partir de ciertos primates en el interior de un mundo intersubjetivo para satisfacer las necesidades evolutivas requeridas por él. En un mundo intersubjetivo en el que es necesario hallarse siempre consensuadamente coordinados, está claro que la capacidad de individualizarse, la capacidad de poder reconstruir las intenciones de los demás, sus emociones, y de reconocer las propias, mejorará muchísimo esta coordinación consensuada. Por lo tanto desde un punto de vista evolutivo la emergencia del self es simplemente la respuesta a las presiones selectivas, evolutivas, a que le ha conducido un ambiente intersubjetivo. Precisamente por que la estructura del self es ésta, y precisamente esto es lo que me gustaría subrayar, el self en su estructura inherente para usar las palabras de Mascolo es dialéctica, en el sentido que el self siempre implica al otro. Esto se ve en términos evolutivos: en los primates las primeras manifestaciones de capacidad de individuación se hallan siempre acompañadas, son simultáneas, van paralelas a una percepción, a una apreciación de las capacidades del otro. No solo diría que el self implica siempre un sentido del otro, implica, en general, un sentido no sólo de los demás, sino de todo aquello que no es uno mismo, del mundo. El propio hecho de desarrollar un sentido de mí mismo, implica desarrollar igualmente un sentido canónico, de lo que es normativo. El hecho de desarrollar un sentido de mí mismo implica contemporáneamente que yo me sienta de cierta manera respecto al mundo al que pertenezco, respecto a la canonicidad de este mundo al que pertenezco, a la normatividad del mundo al que pertenezco. Por tanto, las categorías “alteridad”, de “otro” distinto de uno mismo, en el sentido de otras vidas, de otras personas u otras cosas distintas de uno mismo como el mundo, se hallan incluidas en la aparición del concepto mismo de self. Ésta es la razón por la que no consigo entender estos modos de plantear los problemas que a menudo se leen en la literatura, como si cuando uno habla del self excluyera a los demás. Como si el hecho de admitir a los demás, tomar en consideración a los demás implicara tener que hablar de un self fragmentario. Pienso que ambos discursos, precisamente por que son dialécticos, se dan conjuntamente. Sólo si uno tiene un sentido fragmentario del sí mismo, ve fragmentados a los demás, si tiene un sentido unitario, ve unitarios a los demás.

Me gustaría añadir todavía algo más: el self no sólo es un proceso dialéctico, sino un proceso multinivel. Se produce a muchos niveles. Yo ahora no me voy a ocupar de los niveles más bajos. Se produce, si queréis, incluso a nivel físico, a nivel biológico; a nivel biológico en todos los animales, incluidos nosotros mismos, existe un sistema unitario que nos permite distinguir entre self y no self. Pero no es ésta la cuestión que nos interesa en este momento. Vayamos a los niveles que nos

interesan. Los niveles que nos interesan en el self no sólo son, como mínimo, dos niveles, sino muchos, multimodales. En cada momento se produce un flujo continuo de lo que podríamos llamar una experiencia inmediata de sí mismo. Y en cuanto a la capacidad de lenguaje que tenemos, cabe señalar el hecho constante de tener que reorganizar en secuencias, secuencializar, la inmediatez de nuestro sentirnos vivir. Es algo que no podemos ignorar. Es la característica más grande y exclusiva que tenemos como seres humanos. Ortega y Gasset, a principios del siglo XX, decía que los seres humanos eran los únicos entre los seres vivientes que para vivir tenían que darse continuamente explicación de su existencia. Esta es la raíz del significado. Es en esta dialéctica entre estos dos niveles del self, entre la experiencia inmediata que tengo de mí mismo y la imagen consciente de mí que la asimila, la organiza y la explica. Esa es la razón por la que el self es un proceso dialéctico, multinivel y multimodal. Pero hay todavía más. Se trata de un proceso que experimenta también una evolución, una procesualidad infinita, progresa durante todo el proceso de integración, de articulación, entre el sentido de nosotros mismos y nuestra imagen. Es un proceso que no cesa, aunque llegáramos a los 125 años. Avanza desde que empezamos a vivir hasta el fin de la vida.

Ahora bien, el problema de si el self es o no fragmentario implica, y llevo al segundo punto de mi exposición, un hecho análogo e interesante en lo que se refiere al significado; o mejor dicho, en relación a lo que técnicamente se llama "*the locus of meaning*", donde se actualiza, donde acaece, donde se produce el significado. Si el self está descentralizado el significado se produce fuera. El significado se produce sólo en la interacción conversacional que el individuo tiene con los demás. El significado se produce en la trama de conversaciones de que está compuesta la vida humana. Sólo si lo vemos como centralizado podemos decir que el significado es la manera cómo un self organiza su experiencia, constituye una manera de otorgarse coherencia y consistencia en el contexto que le pertenece. El hecho sin embargo, de ver el significado centralizado o descentralizado tiene consecuencias importantes en psicoterapia. Si imaginamos el significado descentralizado, donde el "*locus of meaning*" es externo, y por tanto reconducible a las redes conversacionales, el resultado es una externalización de los problemas; es decir: todos los problemas se externalizan y se ven como inscritos, pertenecientes a un sistema social y cultural más que al individuo. Me parece que este enfoque del tema puede resultar incluso peligroso en términos terapéuticos y médicos, porque significa aumentar la desresponsabilización que ya es muy potente en el mundo contemporáneo. Pero no es sólo eso; puesto que si el significado se halla puramente en la red conversacional entonces el procedimiento para resolver un problema, dado que un problema se identifica con un discurso problemático, consistirá simplemente en llevar a cabo la deconstrucción de aquel problema o discurso problemático durante la sesión. Es decir: me parece que éste es punto central, en el que se da una identificación entre la deconstrucción de un discurso problemático con la disolución de una experiencia

problemática. Me parece que se establece un isomorfismo entre palabras y experiencia, lo que querría decir que si cambiamos la manera en que la persona se cuenta las cosas, cambia la experiencia de aquella persona. Me parece que se trata de nuevo de una forma de reduccionismo como hemos visto otras veces en psicología, o incluso en el mundo cognitivo. Pero existen otros muchos aspectos. Si por el contrario, se reduce todo a una red conversacional una de las grandes consecuencias que podría darse es un enfoque no patologizante por parte de los terapeutas. Es lo que, por desgracia, vemos desde hace tiempo. Ya no hay categorías nosológicas, ni referencias psicopatológicas, todo se resuelve en una red conversacional; todo se resuelve en una especie de negociación o mejor convención o sintonización con las reglas sociales y culturales. Pero esto deja, a su vez, a la terapia carente de cualquier sistematicidad y al terapeuta de cualquier estrategia. La estrategia la propone prácticamente el paciente. Cada vez que el paciente viene y plantea un problema definido tendrá que ocuparse él del problema; por tanto la estrategia será la que propone el paciente momento por momento en base a las cosas que caracterizan su vida cotidiana y el terapeuta será simplemente un acompañante.

Yo creo que se abre un mundo distinto si consideramos el *locus of meaning* de una forma centralizada. Para empezar, si está centralizado, nos hallamos ante el proceso contrario: cualquier problema que traiga el paciente estará internalizado, la atención del paciente estará orientada hacia el interior. Conviene ver su forma de ordenar la experiencia. El problema viene reconducido a su modo de conseguir consistencia, coherencia en su manera de ordenar la experiencia que depende del tipo de íter de desarrollo que ha tenido. Pero también la forma de proceder creo que es distinta. En el sentido que cuando nos ocupamos en la visión más construccionista, la del self fraccionado, como un entrecruce de conversaciones, del *locus of meaning* externo, cuanto resume lo que se llama el enfoque construccionista, en el mundo del construccionismo social. Si desde la óptica psicosocial la cuestión se reduce básicamente a cambiar la conversación, hablaremos con el paciente principalmente de sus opiniones, convicciones; es decir, nos dedicaremos a trabajar simplemente a un nivel, a uno de los niveles, el de la imagen consciente de sí mismo. Si él nos da una opinión nosotros le damos otra. Esto no se diferencia prácticamente de la conversación ordinaria, de la conversación que tenemos habitualmente en cualquier parte del mundo, con mayor o menor profundidad. En la óptica centralizada no sólo todo el discurso está internalizado como problema, precisamente referido al interior, sino que la conducción del dialogo terapéutico, dado que siempre hablamos de diálogo, se hace de un modo distinto; se hace de un modo en que cada vez las explicaciones, los conceptos, las convicciones y las valoraciones del paciente se reconducen a las experiencias inmediatas que han suscitado estas explicaciones y a las que se refieren dichas explicaciones. En otras palabras: el modo de pensar y de verse el paciente se reconduce constantemente a la forma de sentirse. Y esto según mi opinión, como han puesto brillantemente de relieve en su trabajo Lenzi y

Bercelli (1999) es lo que se llama una conversación de segundo orden, distinta de la conversación ordinaria. Pero no es sólo eso, sino que el foco de este planteamiento más centralizado, en este trabajo de relacionar el nivel de explicación al nivel de experiencia inmediata, el foco recae siempre sobre las emociones perturbadoras y sobre los episodios emotivos activantes. Y sobre ello tenemos varios datos experimentales que validan y reconfortan nuestra posición.

Por ejemplo, dos autores belgas, Phillipot y Rimé (1998), han puesto de relieve en una investigación muy interesante que después de un acontecimiento emocional activante, las personas muestran tendencia a hablar de ello con los amigos. Una experiencia que nos sucede también a nosotros: hemos tenido una discusión terrible con el jefe de la oficina, y al salir tenemos necesidad de hablar de ello con la mujer, con el amigo, el portero, etc. Esta condivisión social es importante en el recuperar y hacer disminuir el estrés de la activación perturbadora. Estos dos autores han puesto de relieve que la entidad de la recuperación emocional depende de la cualidad de la condivisión social. Cuanto más se comparten las activaciones emocionales en la condivisión social, lo que las ha producido, el efecto que ha tenido sobre la persona, tanto más el efecto de permanencia de la perturbación, de la rumiación interna tiende a limitarse en el tiempo.

Igualmente, los estudios de Pennebaker (1995) ponen de manifiesto que la focalización sobre las activaciones emocionales desencadenadas por el trauma constituye la variable crucial en posibilitar la recuperabilidad de las personas que han sufrido un trauma. Es decir, cuanto más se elaboran las emociones perturbadoras que aparecen, tanto más se abrevian los tiempos de recuperación del trauma. No es una cuestión de hablar por hablar, como si conversando las cosas cambiaran, haciéndolas ver de otra manera. La cuestión que me parece fundamental es llegar a conseguir que la persona sea capaz de articular la cualidad de las emociones perturbadoras que se han activado. A esto a es a lo que llamamos conversaciones de segundo orden en nuestro método.

NARRATIVAS

El tercer argumento hace referencia a la manera de entender las narrativas. Las narrativas se han vuelto tan populares que prácticamente todo el mundo hoy se ha vuelto narrativista, al igual que todo el mundo se ha vuelto constructivista. También aquí se da una confusión que es constante en la historia de la ciencia. O tomamos las narrativas de manera descriptiva o de manera explicativa. Si la enfocamos de manera descriptiva terminaremos por identificarla con los aspectos fenoménicos. Será como identificar la narrativa con la conversación o con el relato. Pero, reducir la narrativa a conversar o a relatar es como reducir el lenguaje a las palabras, al habla, a los aspectos semánticos. El aspecto conversacional es un punto de llegada. Nuestro modo de conversar no es el punto de partida, donde empieza todo, sino de llegada. La manera de conversar de una persona depende del tipo de coherencias

emocionales, de continuidad de vida que aquella persona experimenta en su contexto de pertenencia. Es aquella forma de coherencia y continuidad que determina los temas y el modo cómo la persona desarrolla su argumento. Es una especie de producto final. Existe además otra confusión que considero importante, que consiste en establecer una identificación entre identidad e historia de vida, con la que no estoy de acuerdo. Y éste me parece un hecho extremadamente reductivo, igual que reducir el lenguaje a las palabras; donde por historia de vida se entiende siempre historia relatada. Nos hallamos siempre en el ámbito conversacional del relatar. La historia narrada es distinta de la historia experimentada, de la historia vivida. En cada uno de nosotros existen elementos de su historia vivida que no han entrado nunca en su narración, simplemente porque no los conoce; sucedieron cuando era muy pequeño o que se han producido fuera de su atención selectiva; pero que en cualquier caso han sucedido. En el sentido que han impresionado sus órganos sensoriales, su memoria implícita, sus procesos emocionales. Existe una distancia entre historia experimentada e historia narrada. Si nos interesamos solamente por la historia narrada, nuevamente continuamos ocupándonos únicamente de las imágenes conscientes que tiene cada uno de nosotros, sin tener en cuenta que las imágenes conscientes dependen en larga medida de la experiencia inmediata de sí mismo; que aquellas imágenes conscientes deben otorgar consistencia y coherencia a la experiencia inmediata de sí mismo y que, por eso, dependerá en gran medida de la cualidad de la experiencia inmediata que cada uno tiene de sí mismo y que no aparece en la historia narrada.

Pero hay todavía más. Yo no acepto la identificación entre historia e identidad ni desde el punto de vista epistemológico. Desde el punto de vista epistemológico me parece bastante claro, así como desde un punto de vista lógico. La organización de la experiencia es distinta del sujeto que la organiza; no son la misma cosa. Pero se podría considerar también en términos evolutivos y de desarrollo. El hecho de que puedan emerger memorias autobiográficas exige como prerrequisito la existencia de un sentido de sí. Por ejemplo los simios no tienen memoria episódica; para recordar un acontecimiento, en efecto, es preciso estar en condiciones de distinguir entre acontecimientos del presente y acontecimientos del pasado. Pero para poder hacer esto un simio debería gozar de un especie de acceso a sus contenidos mentales, se debería haber individualizado antes y poseer un grado mínimo de autorreflexividad. Se observa, por lo demás, en el desarrollo ontológico. El sentido básico de sí mismo el niño lo tiene ya a los nueve meses de nacer, cuando puede prestar una atención conjunta con sus padres y los primeros recuerdos de la vida se sitúan entre los dos años y medio o tres años. La aparición del sentido del self precede, por tanto, en gran medida, incluso, a la de la memoria autobiográfica.

Otro punto que me gustaría subrayar sobre el que no estoy de acuerdo tal como se concibe la narrativa, en particular en el ámbito construccionista, es el de entender la organización de la experiencia como un narrarse a sí mismo; todo reducido a

narración. Puedo estar de acuerdo con ello, pero pongámonos entonces de acuerdo en qué significa relatarse a sí mismo. Relatarse es no sólo proceso conversacional, sino que implica mucho niveles y muchos modos. Quiero decir que significa antes que nada una larga experiencia emocional. Volviendo a los autores belgas, que he citado anteriormente, Phillipot y Rimé (1998), los cuales han desarrollado un trabajo muy interesante, me gustaría señalar que los psicólogos tenemos generalmente la sensación o la idea de que los estados emocionales son estados o experiencias transitorias, huidizas, rápidas, que duran muy poco; lo cual es verdad en parte. Pero la cosa cambia si consideramos las consecuencias de un acontecimiento emocional. La cosa interesante que han subrayado estos autores es que un acontecimiento cotidiano discrepante, como por ejemplo el disgusto con el vigilante del parking, en realidad perdura largo tiempo en el individuo en términos de rumiación mental, el individuo le da vueltas y más vueltas y de condisión social: lo cuenta una y mil veces a los demás: “aquel vigilante maleducado, ¡las cosas que me ha dicho!”. Esta actividad no es pasiva, inerte, ecoica. Cada vez que una persona le da vueltas a una escena o rumia sobre ella provoca una nueva activación emocional actual, que a su vez produce feedback, con la recuperación de otros recuerdos, de otras escenas, de otras situaciones conexas, que a su vez, desencadenan nuevas reacciones emocionales. En consecuencia un simple acontecimiento emocional puede transformarse en una experiencia emocional que dura mucho en el tiempo. Imaginemos lo que puede suceder en la experiencia de narrarse a sí mismo, donde no se evoca simplemente un acontecimiento banal como el de haberse sentido mal por la discusión con el vigilante del parking. Hablamos de acontecimientos vitales que adquieren a nuestro ojos un significado diverso. Estos producen una activación emocional actual, que, a su vez, producen un sentido de mí mismo ahora, que a su vez va a reclutar, a seleccionar otros pasajes de la memoria que hasta ahora habíamos desconsiderado y que sólo al recordarlas me producen nuevas reacciones emocionales, otra sensación de mí mismo. Es, por tanto, un proceso complejo multinivel y multimodal en el que el relatarse, en el sentido del habla es sólo una de las modalidades de autorreferencialidad.

Pero hay todavía más; porque todo este estudio de las narrativas con énfasis en los aspectos conversacionales o dialógicos ha puesto en primer plano los estudios sobre la memoria, hasta el punto que, además del florecimiento de los estudios sobre la memoria, se produce la tendencia a equiparar el self a la memoria. Hay un libro de Neisser y Fivush (1994) en relación a este hecho de relatarse como elemento básico de la vida que se titula “*The Remembering Self*”. Pero yo creo que incluso en el relatarse, más que un “*remembering self*” está en cuestión como dice Brunner (1994) un “*reflexive self*”, ¿en qué sentido?. Me gustaría aquí hacer un inciso para explicar porqué llamamos a nuestro enfoque postracionalista; no porque intente negar la existencia del razonamiento; al contrario, lo consideramos de máxima importancia; pero es un punto de llegada. Cuando hago un balance de mi vida y me

conmuevo por los recuerdos evocados, estoy recorriendo el proceso que decía antes. En último término, quien cierra el discurso es el “*reflexive self*”, es el que ve las invariantes, que encuentra otras explicaciones, otros cambios de historia. No es puramente una actividad ecoica imaginativa. Por lo tanto, incluso, este hecho de relatarse es un proceso multimodal, ya en el momento en que se produce, en el que los resultados, el cierre final lo pone la actividad autorreflexiva en sentido pleno, más que el simple actividad de revocación mnemónica.

Hay todavía otras dos cosas que me gustaría señalar. La distinción entre la coherencia que hay entre una historia de vida y la coherencia de una historia literaria. Durante demasiado tiempo se ha sostenido la analogía de la historia de vida como si se tratara de una novela, de la historia de vida como análoga a un guión, a la trama de una novela; no es cierto; no es cierto que sea análoga desde ningún punto de vista, en ningún sentido, sobre todo, en relación a la coherencia; puesto que en la historia literaria la coherencia viene determinada por la trama. El autor tiene que mantener las potencialidades de la trama; la historia la desarrolla para mantener la trama. En la historia de vida no interesa la trama; en la historia de vida uno quiere mantener su continuidad y unicidad como personaje y con tal de mantenerlas es capaz de alterar la trama, hasta disolverla totalmente, hasta convertirla en una narración condivisible con los demás en el contexto al que pertenece. El foco de un autor se orienta a mantener la coherencia con la trama; el de un individuo se dirige a mantener la propia coherencia. Son dos tareas totalmente diversas. Con tal de mantener la propia coherencia un individuo puede tergiversar totalmente la historia de vida que se ha contado hasta el presente, importándole poco si destruye las potencialidades de una trama que hubieran podido haberse desarrollado.

Creo que, en conclusión, la reorganización -prefiero este término al de relatarse- la reorganización de la propia experiencia de vida, y utilizo el término experiencia para subrayar esta multimodalidad, es, en primer lugar, un proceso abierto que se desarrolla durante toda la vida, que por parte del sujeto consiste no tanto en la búsqueda constante de una verdad histórica, sino narrativa. Cuando revisamos nuestra historia de vida o nos la relatamos, no estamos motivados por la búsqueda de una verdad histórica, por saber lo que sucedió realmente; estamos únicamente motivados por la búsqueda de una verdad narrativa, una verdad que nos permita reorganizar la historia, produciendo un sentimiento de continuidad, de coherencia que posibilite continuar desarrollando esta historia; no importa que esta verdad narrativa tenga poco que ver con lo que “realmente sucedió”. En esta dialéctica entre experiencia inmediata de mí e imagen consciente de mí, en esta dialéctica entre self protagonista y self narrador, el self que actúa, que es protagonista y que puede narrarse para mantener una continuidad, esta búsqueda de coherencia entre self protagonista y narrador se lleva acabo, precisamente, a través de la búsqueda de una verdad narrativa, de una posibilidad de desarrollo de nuestro iter, con independencia de cómo se haya efectivamente desarrollado. Las modali-

dades de llevar a cabo una búsqueda de la verdad narrativa depende de dos importantes variables que quiero sólo indicar y de las que depende la capacidad de secuenciación de la experiencia, típica de los seres humanos. Es decir dependen de la capacidad de integración, es decir de cambiar una configuración de acontecimientos, priva de articulación abstracta, en una sucesión cronológica, causal y temática, así como de las capacidades de concreción y abstracción que esta trama cronológica, causal y temática puede adquirir. Son estas dos variables que determinarán no sólo la manera cómo la persona busca una verdad narrativa, sino también la cualidad, la estructura y la eficacia en términos de coherencia que esta verdad narrativa conseguida de este modo podrá tener respecto al mantenimiento del sentido de sí mismo, y respecto a su continuidad. Desde esta perspectiva, las categorías de normalidad, de neurosis y psicosis podrían considerarse, en este sentido, como diversas modalidades de coherencia en la búsqueda de una verdad narrativa, determinada por el tipo de integración, abstracción y concreción.

En síntesis y para concluir con este tema de las narrativas: Yo no estoy ni muy interesado ni muy de acuerdo con los aspectos hoy día tan largamente enfatizados de tipo conversacional, dialógico, del relatarse, de la remembranza y cosas por el estilo. Lo que veo como fundamental en la narrativa es lo que he intentado decir en relación al tema del lenguaje, de la oralidad y la escritura; la narrativa puede explicarnos cómo aparece este aspecto básico de la experiencia humana, cómo surge el hecho de que nuestro modo de ordenar la experiencia es secuenciarlo siempre, como una modalidad compleja no sólo en el sentido cronológico o causal, sino también con una distinción entre interno y externo. Si profundizamos en los estudios sobre las modalidades con las que secuenciamos la experiencia creo que podremos encontrar tal vez otras modalidades de tratamiento tanto para los trastornos neuróticos, como para los psicóticos e, incluso, ¿porqué no? para aquellos que pueden denominarse existenciales. Problemas existenciales, donde, a pesar de que exista una trama narrativa bien articulada, puede existir la necesidad de una mayor integración, como una forma en que la persona tiene, igualmente, necesidad de ser ayudada a producir más re combinaciones en el interior de su trama, para poder generar nuevas soluciones, nuevos aspectos productivos para su historia de vida.

¡Muchas gracias por su atención!

Nota Editorial: Este texto es la transcripción de la conferencia presentada por Vittorio Guidano en el VI Congreso Internacional de Constructivismo en Psicoterapia, celebrado en Siena en septiembre de 1998. Se han omitido

únicamente algunas referencias circunstanciales al propio Congreso que resultarían incomprensibles para el lector y se han evitado algunas reiteraciones, redundancias o falsos inicios característicos del estilo oral, que dificultarían su lectura. Agradecemos al autor el permiso para su publicación.

Transcripción y traducción: Manuel Villegas

Referencias bibliográficas:

- BRUNER, J. (1994). The remembered self. In U. Neisser & R. Fivush (Eds.). *The remembering self*. New York: Cambridge University Press.
- GERGEN, K. J. (1991). *The saturated self*. New York: basic Books.
- LENZI S. & BERCELLI, F. (1999). Riascoltando una seduta. *Quaderni di Psicoterapia*, 4, 42-60.
- MASCOLO, M. F. & FISCHER, K. W. (1998). The development of the self through the coordination of component systems. In M. Ferrari & R.J. Stenberg (Ed.). *Self awareness: its nature and development*. New York. Guilford.
- NEIMEYER, R. A. & MAHONEY, M.J. (Eds.). (1995). *Constructivism and Psychotherapy*. Washington: APA.
- NEISSER, U. & FIVUSH, R. (Eds.) (1994). *The remembering self*. New York: Cambridge University Press
- PHILLIPOT, P. & RIMÉ B. (1998). Social and cognitive processing in emotion: a heuristic for psychopathology. In W.F. Flack & J.D. Laird. *Emotions in Psychopathology*. New York: Oxford University Press.
- PENNEBAKER, J. W. (1995). *Emotion, disclosure and health*. Washington, D.C.: APA

NORMAS PARA LA PUBLICACION DE ARTICULOS

1. Los trabajos para publicación en la REVISTA DE PSICOTERAPIA se enviarán en un diskette flexible de 3.5 o 5.25 escritos con un procesador de textos Word Perfect o compatible y tres copias en papel. Su extensión no debe sobrepasar los 30 folios a 1 espacio. Se ruega no sangrar los textos, ni utilizar para nada el subrayado. En el texto sólo deben usarse **negritas** y *cursivas*. Los gráficos irán en hoja aparte con las indicaciones muy claras sobre su lugar de inclusión. Si se envía material fotográfico éste deberá ir acompañado de un pie indicativo de las personas o espacios que se reproducen.

2. Se valorará que los artículos enviados para su publicación sean originales. Cuando sea preciso se incluirán copias de todos los permisos necesarios para reproducir el material ya publicado.

3. Se adjuntará un abstract de no más de 150 palabras, en castellano y en inglés, acompañado de tres a diez palabras clave para índices.

4. En el artículo sólo figurará el título del mismo. En sobre aparte se indicará, haciendo referencia al título, el nombre y apellidos del autor, su dirección y un breve currículum (a no ser que se haya enviado anteriormente y no requiera ampliación). Asimismo, se indicará, cuando proceda, el Departamento, Servicio, Centro o Universidad donde se haya realizado el trabajo.

5. Los trabajos deberán ir acompañados de la lista de **Referencias bibliográficas** correspondientes que se ajustarán a las normas de la American Psychological Association (A.P.A.). Todas las referencias citadas en el texto deberán aparecer en el listado y viceversa. En el **texto** se indicará el autor, el año de publicación y la página donde se encuentra el texto citado cuando proceda. En las **Referencias bibliográficas** los nombres de los autores que encabezan la entrada se escribirán en mayúsculas y los títulos de libros o nombres de Revistas se escribirán en cursiva.

6. Deberán evitarse absolutamente las notas de pie de página.

7. El Comité Editorial revisa todos los artículos que se envían para su publicación y se reserva el derecho de no aceptar artículos cuya orientación no sea la propia de la Revista, o bien aquellos cuya originalidad o calidad no se considere suficiente; o también cuando no puedan relacionarse con los textos monográficos previstos. La decisión se hará en todo caso mediante votación de todos los miembros del Comité Editorial, una vez conocido el informe de, al menos, dos lectores cualificados (que permanecen siempre anónimos). La aceptación de un artículo no supone su publicación inmediata. Al recibir el trabajo, la Revista acusará recibo del mismo. En su día se informará al autor si el artículo ha sido seleccionado o no.

8. Cada autor puede solicitar 1 ejemplar y diez separatas del número donde haya salido publicado su artículo. En el caso de que el autor precisara una cantidad mayor de ejemplares, el costo de los mismos corre de su cargo.

COMENTARIO DE LIBROS

KVALE, S. (ED.) (1992).
PSYCHOLOGY AND POSTMODERNISM.
LONDON: SAGE, 230 PÁGS.

Por Jaume Sebastián Capó
Port de Pollença (Mallorca)

En su introducción como coordinador de esta reciente e interesante recopilación de trece “ensayos postmodernistas”, Steinar Kvale llama la atención sobre la ruptura con el pasado en cuanto al objeto de la psicología. Existe más bien un decentramiento del *self*; una desviación desde el interior de la psique hacia el texto del mundo, con un énfasis especial en el conocimiento práctico y localizado. Se conceptualiza al postmodernismo como muerte del sujeto y consiguiente desaparición del agente autónomo e intencional como fundamento de la psicología y la educación. La investigación psicológica al uso no sirve a los psicoterapeutas contemporáneos y éstos se ven obligados a construir un segundo cuerpo de conocimientos. Se caracteriza al postmodernismo como ideología del capitalismo consumista, lo cual fomenta una actitud de resignación. Se abandona el empeño de cambiar el mundo real y se reemplaza éste por un juego de significaciones y simulacros. Se llega a ridiculizar a la psicología como auxiliar de la policía, con el agravante de que las orientaciones dinámicas y humanistas constituyen la rama secreta de un complot policial (Richer). La investigación deja de estar centrada en el método para limitarse a una especie de práctica discursiva. Semejante proceso indagatorio está incrustado en una situación concreta y local, lo cual convierte la investigación psicológica postmodernista en una práctica negociada. El *self* existe merced a su relación con otros como parte del texto del mundo. Sólo queda un individuo anónimo sometido al juego de la estructura y al poder de la narrativa.

En el primer ensayo propiamente dicho, K.J. Gergen (“Hacia una Psicología Postmoderna”) destaca el hecho de que los constructivistas cuestionen la existencia de un mundo desligado del sujeto observador y concreten su atención sobre la base social de lo que se concibe como conocimiento. Los analistas del discurso contemplan el lenguaje como un sistema de interdependencia social. Se critica el

romance de la perspectiva modernista con los fundamentos y la esencia. En cambio, para la corriente postmodernista la verdad consiste principalmente en un asunto de perspectiva y ésta, a fin de cuentas, no es sino un subproducto del intercambio social. El conocimiento factual está saturado de perspectivas y los científicos transforman las cuestiones de valor o ideología, sistemáticamente, en cuestiones técnicas (Habermas). Para el postmodernista la comprensión del mundo se convierte en una aprehensión de la historia textual. Se recurre a la idea de Foucault de que los temas descriptivos resultan inseparables de los asuntos de poder. Surge así un renacimiento del estudio de la retórica, ya que la comprensión del carácter retórico de los informes científicos se traduce en una aprehensión de las bases de su poder. Los procesos sociales conforman un discurso sobre el mundo y de este discurso emanan las consiguientes reglas retóricas. Se critica a la gran narrativa del progreso modernista, rechazándose tanto el concepto de verdad absoluta como toda investigación que pretenda alcanzarla. Más que la tecnología, se menosprecia la interpretación que se hace de ella, defendiendo un estudio crítico del “dar por sentado” y sus efectos restrictivos. Hay que participar activamente en la construcción de la cultura a través del mismo discurso y de la transformación de éste. El desafío del psicólogo postmoderno sería “expresar lo que puede ser” antes que describir “el que es”.

Según S. Kvale (“Psicología Postmoderna: ¿Una contradicción lógica?”), el pensamiento postmoderno se caracteriza por una pérdida de fe en un mundo objetivo y por una incredulidad hacia las meta-narrativas de legitimización. En una especie de giro neo-pragmático, el conocimiento se convierte en una habilidad para llevar a cabo acciones eficaces. El foco se dirige hacia la construcción social y lingüística de una realidad perspectival. Se accede a un relativismo contextual donde la legitimización de la acción es el resultado de la práctica lingüística y de la acción comunicativa. El mundo postmoderno se caracteriza por un cambio incesante de perspectivas, sin ningún encuadre de referencia subyacente y con una proliferación de horizontes en perpetuo cambio. Lejos de reflejar la realidad, el lenguaje y el conocimiento *crean* la misma realidad. Ya no utilizamos el lenguaje; el lenguaje es nuestro dueño. El lenguaje habla a través de la persona. El individuo queda así reducido a un mero transmisor de la cultura a través del lenguaje de ésta. La apariencia se convierte en esencia. El sujeto individual queda disuelto en estructuras lingüísticas y en conjuntos relacionales (el yo como red-de-relaciones). Ya no existe correspondencia con una supuesta realidad objetiva sino sólo negociación de significados. Tal vez la psicología postmoderna sólo refleja un puro y simple consumismo.

Para J. Shotter (“Entrar en contacto: La meta-metodología de una ciencia postmoderna de la vida mental”) el lenguaje cesa en su supuesta función de representar la realidad pasando a coordinar la diversificada acción social. Dicha función representacional opera desde el interior de un conjunto de relaciones sociales lingüísticas constituidas. Se defiende una ciencia capaz de ironizar sobre

sus propios enunciados. Aunque podamos aducir razones para optar por un modo concreto de existencia sobre otros, ninguna forma de existencia es en sí misma la mejor.

Michael (“Sujetos postmodernos: Hacia una psicología social transgresora”) sostiene que una vez adoptada “la posición postmoderna, sea como lector de textos o como profesional de la psicología social, se dispone de múltiples lecturas/interpretaciones, incluyendo las modernistas modificadas. Si, desde la postmodernidad podemos transgredir la dicotomía postmodernista/modernista, entonces se hace también posible trascender la priorización de lo social. Desde una teoría actor-red (“*actor-network theory*”), este autor defiende que una psicología social postmoderna transgresora debe ocuparse también de rol de lo “real” y de lo “natural” en vez de limitarse al estudio de la “construcción social”. La perspectiva actor-red descansa sobre tres supuestos: agnosticismo generalizado (imparcialidad analítica acerca de los actores implicados en la controversia), simetría generalizada (utilización de un vocabulario para comprender y explicar los puntos de vista contradictorios de los actores), y asociación libre (repudio de distinciones aprioristas entre lo social y lo natural). La identidad debería contemplarse como producto de una red heterogénea de actores, tanto “sociales” como “naturales”. Ello representaría algo así como el giro postmoderno vuelto sobre sí mismo.

P. Lather (“Postmodernismo y ciencias humanas”) presenta a la ciencia como uno entre muchos juegos de la verdad. Las cuestiones que planteamos a los sucesos no nos dan hechos sino construcciones de hechos. La ciencia no sólo nos llega cargada de valores sino que, además, los van constituyendo. Debemos reflexionar sobre la forma en que construimos lo que estamos investigando. Además, ningún discurso está libre de una voluntad de dominio nietzscheana ni de poder del lenguaje para organizar nuestro pensamiento y nuestra experiencia. No podemos evitar vernos engullidos por las categorías de nuestro tiempo, y la auto-reflexividad nos enseña que nuestro discurso es el significado de nuestros anhelos. El truco consiste en detectar la voluntad de poder en nuestro trabajo tan claramente como percibimos la voluntad de certeza.

Para P. Richer (“Introducción a la psicología deconstruccionista”) todo debe considerarse como efecto de las relaciones de poder y el análisis debe contemplar dicho poder en su carácter circulatorio. Los individuos y las clases son los vehículos del poder y no su fuente (Foucault). El deconstruccionismo apunta más hacia la destrucción que hacia la construcción. Se propone debilitar sistemas que, en su auto-complacencia y seriedad, producirían efectos cada vez más totalizantes y totalitarios. No hay que conceder ningún privilegio a ningún centro. La interpretación se utiliza desde el modernismo para decir a las personas lo que éstas deben desear.

Siguiendo a Baudrillard, L. Lovlie (“Postmodernismo y subjetividad”) califica la cultura como una ilimitada proliferación de signos. La razón no viene determinada por la lógica sino por los vericuetos del lenguaje metafórico. Un lenguaje como

estructura de signos y repositorio a la vez de significados, sin referencia a los “hechos” del mundo y a las intenciones del sujeto. El significado debe encontrarse ahora en las relaciones entre los signos. Todo lo más obtenemos fragmentos (*fractals*) de razón y un individuo anónimo sujeto al juego de la estructura y al poder de la narrativa. El hombre racional esencial se transforma en un hombre postmoderno relativo, en una subjetividad como estructura de signos. El sujeto substancial se pierde en el contexto y en la creación de sus propias metáforas. Se impondría demoler la postura ideológica cosntruída sobre la idea de un sujeto epistémico situado en el centro del universo.

Young (“La psicología del *self* postmoderna reflejada en la ciencia y las artes”) proporciona una nueva visión postmoderna del hombre como sujeto relacional. Ello permitiría una recuperación de la estabilidad perdida en el proceso de radical descentración del hombre en la psicología contemporánea o postmoderna. El cultivo por este *self* relacional de los valores clásicos de la lealtad, la esperanza y el amor le ofrecerían el necesario anclaje, santuario y cordura. Young entiende así que se puede integrar lo antiguo con lo contemporáneo si se saben cultivar los valores clásicos como sendas infalibles de apertura radical hacia las relaciones estables.

La tesis de D.E. Polkinghorne (“Epistemología postmoderna de la práctica”) es que la psicología de la praxis, contrariamente a la psicología académica, se configura como una ciencia postmoderna. La realidad no es un sistema estático que subyace al flujo de la experiencia sino que constituye en sí misma un proceso de cambio continuo. La interpretación pragmática del constructivismo enfatiza el éxito práctico de los patrones cognitivos. Este neopragmatismo reconoce además la funcionalidad de los procesos cognitivos en la comprensión de las regularidades responsivas del mundo. Polkinghorne defiende también la noción de equifinalidad: el mismo fin puede conseguirse de múltiples formas. La ciencia postmoderna no busca leyes universales sino que recoge, organiza y distribuye aquellas prácticas que han producido los resultados buscados. El ámbito humano muestra fragmentación y disparidad y el conocimiento de dicho ámbito es siempre una construcción humana sin ningún fundamento seguro. Resumiendo, la terminología crítica de la epistemología de la práctica se centra sobre las metáforas de utilidad más que sobre las de corrección.

Desde una óptica analítica, L.A. Sass (“La épica de la incredulidad: El giro postmodernista en el psicoanálisis contemporáneo”) vuelve a insistir en la idea de que, para el postmodernismo, la realidad no es ningún hallazgo sino una creación. Sin embargo, Sass critica a aquellos psicoanalistas que, desde perspectivas postmodernistas, formulan interpretaciones terapéuticas de sus pacientes en función de la belleza de la coherencia interna o de la eficacia de la máxima fuerza retórica, antes que como correspondencia con la realidad externa u objetiva. No se debe pues remplazar el material por la simple secuencia psicológica, ni substituir

la búsqueda del pasado por la mera narración de historias. Basándose en la consideración feminista/postmodernista, Mary Gergen presenta una dramatización de difícil lectura, cuya finalidad estriba en desenmascarar la pretensión que se esconde tras cualquier proposición. Parafrasea a Gertrude Stein en aquello de “un texto es un texto es un texto”; la realidad está en otra parte, muda, indecible. Esta autora defiende una forma de postmodernismo más positiva, generativa antes que de-generativa. Ello sería factible mediante la proposición de posturas y prioridades feministas y el consiguiente des-enmascaramiento de actitudes post-machistas; éstas traslucen superfluidez fálica negadora de posibles conexiones, relaciones y potencialidades amoratorias.

El ensayo de S. Chaiklin (“Desde la teoría a la práctica y vuelta a empezar: contribución de la filosofía postmoderna a la ciencia psicológica”) nos recuerda que la ciencia sirve para recoger, organizar y distribuir aquellas prácticas que han producido los resultados apetecidos. Aunque los puntos de vista teóricos pueden usarse a modo de fuentes de ideas, el desarrollo teórico no parece desempeñar una función importante en la epistemología de la praxis. El postmodernismo socava así los cimientos de la psicología modernista: las características de ambas epistemologías se convierten de este modo en antitéticas. Sin embargo, ello conduce a la afirmación de que el concepto de psicología postmoderna es una contradicción en sus propios términos. Según este autor, las tradiciones culturales e históricas proporcionarían una base filosófica más firme para el desarrollo del trabajo científico que el enfoque postmodernista defendido en la obra que analizamos.

Finalmente, P. Madsen (“Postmodernismo y Capitalismo Reciente. Conceptos y realidades”). Defiende la tesis de que el postmodernismo puede considerarse como una ideología adecuada a la sociedad consumista. Sin embargo, la alegría provocada por el rechazo de la autonomía individual no puede durar siempre. De hecho representa una versión extrema de liberalismo consumista.

Podemos comprobar que este polémico volumen de última hornada postmodernista alberga en sí mismo el germen de la contradicción. No podría ser de otro modo. Son textos sin pretensiones de *gran narrativa* y que, por eso mismo, no pueden liberarse de semejante predicamento. El simple y para mí ingenuo enunciado de que el lenguaje *crea* al sujeto constituye ya por derecho propio una gran narrativa idea matriz ideológica. Ciertamente que aplicar determinados métodos de la crítica literaria al discurso social genera nuevas perspectivas para la hermenéutica humana. Verdad también que ya se hacía necesario de-construir ciertos dogmas modernistas y desmitificar prácticas enraizadas en terrenos excesivamente fertilizados. Pero pretender desde una neo-sofística la des-centración del sujeto y su conversión en un simple juego de metáforas se me antoja tan absurdo como permitir que el bebé se cuele por el desagüe de la bañera.

Más que la muerte del agente y la desaparición del sujeto autónomo cabría referirse a desgaste de viejos planteamientos, rígidos y globalizadores. Diríase que

la fiebre comunista y operativa a todos los niveles nos impide distinguir entre la superación y el olvido, o entre la asimilación y la indigestión. Como si “el dulce veneno postmodernista” -estimulante y positivo en muchos aspectos- fomentase una nueva amnesia social: un injustificado olvido de viejas pero válidas prácticas e ideas modernistas y la subsiguiente sustitución de éstas por el omnisciente carácter perspectivo de todo empeño hermenéutico. Se trata, según parece, de entronizar al Dios Discurso y de otorgar carta de naturaleza a la Diosa Retórica para poder acceder así un Olimpo Metafórico de nuevo cuño.

Nos referimos a un lenguaje que engendra sujetos pero no puede librarme de una duda angustiada. ¿Será el postmodernismo sólo un texto, precisamente porque des-confirma lo *real* y lo *natural*? ¿Por qué podemos acceder a otros ámbitos interhumanos que superan a la mera negociación de significados?

Seguramente ya no podremos alardear de sujetos epistémicos situados en el ombligo del universo, pero tampoco podemos prescindir de nuestro carácter fundamentalmente racional. Una cosa es aceptar el principio de *equifinalidad* como objetivo accesible desde múltiples procedencias. Otra cosa, muy distinta, es concienciarnos de una vez por todas que la *realidad* siempre estará en otra parte; muda e indecible. Porque las otras realidades, las nuestras, tal vez las únicas accesibles, son aquellas que creamos en cada acto dialógico.

REVISTA DE PSICOTERAPIA

EDITA:

REVISTA DE PSIQUIATRIA Y PSICOLOGIA HUMANISTA, S.L.

Dirección y Redacción:

**REVISTA DE PSICOTERAPIA
APARTADO DE CORREOS 90.097
08080 BARCELONA
Tel.: (93) 321 7532**

Gestión y Administración:

**REVISTA DE PSICOTERAPIA
GRAO (SERVEIS PEDAGOGICS, S.L.)
c./ Francesc Tàrrrega, 32-34
08027 BARCELONA
Tel.: (93) 408 0464
Fax: (93) 352 4337**